

PUNTO DE VISTA

AÑO XIII
NUMERO 39
DICIEMBRE DE 1990
A 30.000

REVISTA DE CULTURA

MENEM, CINISMO Y EXCESO
NOVELA ARGENTINA:
GENEALOGIA DE LO NUEVO
REQUIEM PARA EL PUERTO
DE BUENOS AIRES
LA REVOLUCION DEL 90
TRADUCCIONES DE FREUD

ESCRIBEN: ROGER CHARTIER ● VEZZETTI ● SABATO ● GRAMUGLIO ●
SARLO ● GORELIK ● SILVESTRI ● KOROL ● CHEJFEC



PUNTO DE VISTA

REVISTA DE CULTURA

Consejo de dirección:

Carlos Altamirano, José Aricó, María Teresa Gramuglio, Juan Carlos Portantiero, Hilda Sabato, Beatriz Sarlo, Hugo Vezzetti

Directora: Beatriz Sarlo

Diagramación: Pablo Pérez Rivas

Ilustran este número los grabados de Félix Eleazar Rodríguez

Suscripciones

En Argentina: **A** 90.000 (tres números)

En el exterior: vía superficie **US\$ 25**
(seis números)

vía aérea **US\$ 30**
(seis números)

Punto de Vista recibe toda su correspondencia, giros y cheques a nombre de Beatriz Sarlo, Casilla de Correo 39, Sucursal 49, Buenos Aires, Argentina.

Teléfono: 953-1581

Composición, armado e impresión:
Talleres Gráficos Litodar, Viel 1444,
Buenos Aires



Menem



Beatriz Sarlo

Un enigma para políticos

Casi un año y medio ha pasado desde que Menem asumió la presidencia y la Argentina asiste a la vertiginosa clausura del ciclo inaugurado el 17 de octubre de 1945. Sólo un peronista podía lograrlo, alguien que conserva, del viejo movimiento, el estilo personalista, el gusto por la concentración de poder, el desprecio por las modalidades formales de la democracia y un fraseo autoritario en el discurso. De la otra cara del peronismo, la de la justicia social y el distribucionismo, nada queda en el gobierno nacional; sólo persiste acorralada, a la defensiva, retrocediendo, en algunas situaciones provinciales o en fragmentos del partido justicialista. Menem es el enterrador del peronismo que lo hizo posible primero como candidato y luego como presidente, al clausurar de manera original el movimiento que, casi desde el día siguiente al 16 de setiembre de 1955, no entregaba el enigma de su resistencia a la disolución.

Lo que queda después del primer año y medio de Menem es, precisamente, una Nueva Argentina pero no sólo en el sentido de un estancamiento económico que está por cumplir una década, ni un estado débil para los fuertes e inaccesible a los débiles, ni un deterioro inédito en las condiciones de vida de los asalariados, sino también en el de un interrogante sobre cómo será hacer política, de ahora en más, en el país donde vivi-

mos. Acostumbrados en este siglo a ciclos de incorporación a los derechos sociales y políticos de masas cada vez más amplias, también ese ciclo ha terminado y el recorte de derechos y servicios no dejará intacta la trama socio-cultural de la nación.

Para algunos sectores del peronismo, la tarea es relativamente sencilla: recoger las banderas abandonadas por el menemismo, que rescatadas del polvo donde están olvidadas, podrían proporcionar una vez más la materia ideológica y el programa de una política popular. Si esta solución mágica por lo sencilla no puede reunir demasiado crédito, ello se debe no sólo a su perspectiva ciega frente a lo nuevo, sino también a eso nuevo que se ha producido en los últimos años. Interpretar en qué país se hace hoy política quizás sea la condición previa para hacer política de ahora en más. La nostalgia que anima un revival actualizado de algo que tampoco puede decirse peronismo histórico es un sentimiento que se convierte en obstáculo para una política a la orden del día. Como bien lo supo el peronismo y lo codificó en su versión de las fallas de los partidos frente a los sucesos de 1943-45, lo primero es reconocer el cambio.

Del lado radical, Angeloz diseña una estrategia que, superficialmente considerada, se parece a la que le dio buenos resultados a Menem durante los primeros años del gobierno de Alfonsín: frente al propio partido que se coloca en la oposi-

ción, el gobernador de Córdoba juega a ser el mejor interlocutor del gobierno. Esta modalidad de la táctica que es, precisamente, un híbrido (ni oposición ni gobierno) tiene cierta lógica en la que sustentarse si quien la ejerce se piensa como el miembro más distinguido de una liga de gobernadores y, en consecuencia, elige las formas más ventajosas para reclamar ante el estado nacional. Pero si aspira a ser dirigente de la siguiente alternativa, la posición del angelocismo no puede sino ser juzgada en su mimesis cortoplacista. Sobrepasándolo por poco o siguiéndolo de cerca, Angeloz describe en las encuestas de popularidad curvas parecidas a las de Menem; lo que esto significa en la evaluación de una táctica está por verse, sobre todo si no se confunde, por el impulso de un deseo mezclado con respeto fetichista ante el totem de la tecnología sociológica, seguidismo de la "opinión pública" construida en la encuesta con imaginación política; o popularidad con intención de voto para unas elecciones que los políticos saben próximas pero que la mayoría de los votantes no tiene hoy incorporadas al horizonte de sus preocupaciones.

De los miembros del radicalismo que están efectivamente en la oposición, la sociedad todavía espera una rendición de cuentas sobre el pasado más inmediato y no sólo crítica del presente e imprecisas alternativas de futuro. Como sea, las intervenciones de sus principales dirigentes, comenzando por las del doctor Alfonsín, no dejan pasar en silencio los aspectos más escandalosos de la gestión presidencial. Que ello no sea suficiente para presentarse como alternativa política también tiene que ver con el *enigma social* que la Nueva Argentina propone a quienes aspiran a gobernarla.

La política como obstáculo

Pero, ¿qué es en sentido cultural esa Nueva Argentina? Se impone considerar algunos hechos significativos. En primer término, no sólo el indulto a los militares que dirigieron la represión, sino el discurso presidencial sobre el tema. O mejor dicho, la ausencia de discurso: Menem no ha puesto a consideración de la sociedad la medida, sino que, por el contrario, tomada la resolución, no la comunica para convencer sino para afirmar el imperio de una decisión irreversible. Apoyado en las facultades constitucionales de indultar, afirma en modo abogadil y a la vez pragmático, que está en su derecho. Aunque esto mismo es debatible, ya que habría que pensar cómo se ejerce el derecho de un presidente, y si ese derecho está fundado sólo en lo que la ley le permite hacer o si, en una democracia, supone otros fundamentos que no son únicamente institucionales sino valorativos y políticos. Pero la fuerza de su posición, para los partidarios del indulto, proviene de algo que Menem ejerce a conciencia: declara reservados a su único juicio prácticamente todos los temas de gobierno fundamentales y presenta, a partir de ese círculo hermético, las soluciones como únicas posibles. Esta es la manera más sencilla para retirar de la esfera pública cualquier cuestión y, de antemano, declarar inútil el cotejo de las diferencias sobre algo que se instituye, justamente, como sustraído al debate en su naturaleza inmovible de hecho consumado.

La antipatía profunda (en el límite: temperamental) que Menem siente por la diferencia de opiniones está en la base de

su estilo: la voluntad presidencial enfrenta la política como obstáculo. Al presidente no le parecen útiles las formas del debate institucional o en la esfera pública y el cotejo conflictivo o dialógico de posiciones debe, en la opinión que sustenta su práctica, clausurarse antes de que éstas se desplieguen. De allí el poco gusto que tiene por los tiempos parlamentarios, adhiriéndose, de un modo impúdico para quien es político, a los cuestionamientos que desde el sentido común trivial se hacen al funcionamiento de la institución legislativa. Esta distancia y desgano frente a la pluralidad de voces tuvo también su traducción en la conformación de la Suprema Corte, ampliada e integrada para asegurar no el control de las instituciones sino el control de aquellos que, precisamente, señalen su funcionamiento defectuoso. El ejecutivo ha avanzado de un modo voraz sobre los otros poderes y la cultura democrática, que es cultura deliberativa y fundada en un sistema (cualquiera que sea) de equilibrio y controles, está en consiguiente retroceso.

Decir que es imposible deliberar en tiempos de crisis, es afirmar que la política sólo puede ser un ejercicio de la bonanza. Y esto es lo que Menem dice, aunque bien podría suponerse que su disgusto por las formas abiertas e institucionales de la política persistiría en tiempos menos críticos. Hay que tomar en serio el pensamiento presidencial, porque tiene una matriz doctrinaria que no puede pasar disimulada entre las ocurrencias provincianas y las escapadas a un jet-set de segundo orden. Pero sobre todo, hay que tomarlo en serio porque en la Argentina, país fuertemente presidencialista, el estilo del jefe del ejecutivo se transfiere a todas las formas de hacer política. Un presidente que siente el gusto por la discusión, que, aunque no sea un intelectual, pueda entusiasmarse con las ideas generales, que se perciba a sí mismo fuertemente arraigado en las modalidades discursivas de un partido democrático, de manera casi inevitable comunica este estilo a la esfera pública. La experiencia de haberse constituido como dirigente en un campo móvil como el radicalismo de los años cuarenta y cincuenta donde el debate de ideas fue importante, quizás de primer orden en las fracturas que atravesaron al partido, hizo de Alfonsín y del período alfonsinista un espacio propicio al debate ideológico. Se podría decir que el gusto alfonsinista por el debate introducía esos tiempos extendidos en que otras opiniones podían escucharse aunque no siempre prevalecer. Incluso cierta tendencia a la ensoñación intelectual, que podía evocar inconsistencia, o la costumbre de que el doctor Alfonsín se presentara (sin tregua en los cuatro primeros años de su gobierno) como gran enunciador de proyectos que no siempre fueron razonables (como el traslado de la Capital) reforzaron el espíritu público desde el final de la dictadura. El acto de poner espectacularmente en una escena judicial a los comandantes (acto simétrico y opuesto a la decisión del indulto) trazó líneas de restauración del debate en los primeros años de gobierno radical. Incluso los retrocesos decisivos de las leyes de punto final y obediencia debida, que más que salvar a la democracia la hirieron profundamente en su capacidad de fortalecerse en el imperio de la justicia, fueron episodios que no lograron sustraerse al congreso y a la movilización de opiniones.

El estilo de gobierno durante los primeros años de la transición difirió en sus principios del argumento cínico o por

autoridad que hoy utiliza el doctor Menem, resumible en dos enunciados: estoy decidido a hacerlo y la ley me autoriza. Esto significa, en verdad, que no son debatibles los fundamentos de la decisión cuando, precisamente, una democracia se distingue porque, en ella, pueden discutirse los fundamentos de las decisiones. Esos fundamentos son los que dan sentido moral a una decisión donde se consideren los valores y no sólo los derechos que tienen los actores a tomarla o la convicción que los anima de que es la mejor que puede adoptarse.

La dura banalidad

Es casi un lugar común señalar la banalidad del presidente Menem. Pero hay que agregar que otro rasgo suyo combina extrañamente con su antitelectualismo: la dureza. Esa banalidad blindada es un rasgo moral (casi simplemente podría decirse: psicológico) pero se articula bien con el armado de sus equipos y el perfil de sus "operadores", con los lineamientos que éstos ponen de manifiesto en sus relaciones institucionales, con la entrega del mismo Menem no sólo a las ideas de sus asesores económicos sino a su forma de pasar por alto la política y la ajenidad indistinguible del repudio que muestra respecto de las tradiciones justicialistas. Esta mezcla, de rasgos y de tradiciones, ha impuesto una idea instrumental de la política, que se resume en la toma de decisiones no como desenlace de la deliberación, sino como único punto visible de una trama de datos secretos para la sociedad, que es informada sobre la decisión y no sobre el problema abierto a las alternativas anteriores a la decisión; la política se concibe como productora de hechos concluidos (y mejor si son irreversibles), nunca como proceso de construcción.

Por eso Menem considera ineficiente, cuando no innecesario, al congreso, que se caracteriza por poner a la deliberación y a la construcción de las decisiones en el centro de la escena (en verdad: el congreso funciona como una prolongada y amplia puesta en escena del aspecto deliberativo de la polí-

tica). Esta idea de que la política consiste únicamente en la toma de decisiones y no en la construcción de las alternativas dentro de cuyos límites se elige, parece crudamente antidemocrática y desemboca en un gobierno que opera como si siempre debiera enfrentar estados de excepción. No otra cosa ha sucedido con el envío de tropas al golfo.

La desconstrucción del mito

El otro rasgo que caracteriza a Menem es su fuerte convicción sobre la importancia de lo simbólico en lo político. Esta fue también una cualidad histórica del peronismo que inventó buena parte de las figuras discursivas de la política argentina de las últimas décadas. Asistido de una felicidad particular para la creación de fuertes imágenes de identificación colectiva, el peronismo conoció lo que pesan los símbolos y Menem aprendió este saber a fondo. Pero ha decidido invertir el sentido ideológico de la construcción simbólica peronista: es más, se ha consagrado a su desconstrucción. Y eligió la fecha del 17 de octubre para ejercitar esta voluntad destructiva: el día anterior asistió a la inauguración de un shopping center, probablemente el más lujoso de Buenos Aires, el día siguiente firmó el decreto del poder ejecutivo por el que se reglamenta el derecho de huelga. Poco más es necesario para indicar la libertad (el desapego) respecto de los hitos culturales del movimiento al que perteneció el presidente. La épica fundadora de 1945, que tuvo un peso fundamental en la cultura política argentina, desaparece tras los muros posmodernos de un shopping o es tragada por la desmesura de reglamentar por decreto un derecho constitucional. Durante décadas, los militantes del peronismo se encolumnaron por un nuevo 17 de octubre, que, en la lógica de Menem, ha pasado a ser un dato de la historia perfectamente prescindible y no una promesa de futuro contenida en el pasado, algo que es necesario alcanzar de nuevo: con fusil y con machete, por otro diecisiete, eso, por lo menos, ha terminado y ha sido Menem quien le puso fin.

Darwinismo social y ciudadanía fiscal

¿Cuáles son las consecuencias culturales de lo que se viene describiendo? Una batalla de ideas y de políticas ha sido ganada y, aunque no puede afirmarse que Menem haya sido el único responsable de esa victoria, el estilo que imprime a su gestión tiene mucho que ver con ella. La *máscara neutra de las decisiones* expresa, al mismo tiempo, que las políticas de racionalización son las únicas posibles y que no son producto de ideologías: precisamente, la más grande campaña de consignas que se ha desarrollado en los últimos tiempos, se argumenta como si emanara de la naturaleza misma de la crisis y, en ningún punto, se hicieran presentes ni los intereses encontrados, ni otras opciones estratégicas o valorativas. El ocultamiento de los aspectos valorativos y de las fuerzas que se identifican a través de ellos es una operación que tiene un aspecto paradójico: por un lado se desvaloriza lo "ideológico" como rasgo anti-objetivo y anti-natural; por el otro la operación desideologizadora tiene consecuencias inmediatas en el plano de los valores: esta racionalización privatista es, en primer lugar, antisolidaria. No es ésta la única forma de racionalizar el



estado o la administración pública; es, desdichadamente, la forma que se ha elegido en Argentina. La indiferencia frente a las consecuencias de los actos políticos y de las disposiciones económicas comunica un modelo de atomización a las decisiones individuales: el darwinismo social que forma parte de un discurso "salvaje", se combina bien con el pensamiento mágico de que una única fórmula puede dar con la clave de la crisis.

En segundo lugar, Menem, con su desprecio por las formas deliberativas de la democracia refuerza un sentido común, inculcado también a través de los grandes medios de comunicación audiovisual, acerca de la ineficiencia de los políticos, sobre todo bajo la figura del parlamentario. ¿Qué hacen los políticos con su dinero, es decir con el dinero de los impuestos que usted está pagando? La *idea fiscalista de ciudadano*, por la que es ciudadano quien paga impuestos, ha impactado fuertemente el imaginario colectivo (aunque no ha aumentado la disposición para pagarlos). En este tipo de discurso, la condición de ciudadano, en el límite, va unida a la posibilidad de pagar impuestos, y por lo tanto a los consumos y los ingresos. Esta idea antigualitaria es sumamente persuasiva sobre todo cuando en los sectores medios se difunde el sentimiento de que están dando más de lo que reciben y que su relación con lo público y lo estatal es injusta.

Culturalmente, esta representación fiscalista de la ciudadanía es profundamente privatizadora y, de nuevo, antisolidaria, ya que hace descansar el nexo político en un intercambio que, para lograr su equilibrio, debería ser de magnitudes equivalentes: doy para recibir. La pertenencia a una sociedad basada en esta relación simbólica de intercambio concebido desde la imagen del mercado, inculca tolerancia frente a la injusticia material y social de los intercambios. La sociedad concebida como mercado, fuera de los marcos ideológicos y valorativos que la fundan, fuera de los ideales que permitirían cambiarla en un sentido igualitario, es la consecuencia discursiva (pero eficazmente práctica) de esta ideología.

La decisión y la deliberación

Desde esta perspectiva, si no hay razón para compensar las desigualdades económicas y sociales, menos todavía podría encontrársela para financiar a trabajadores ineficientes como los diputados y concejales: se puede gobernar sin ellos. En efecto, el presidente declara que puede prescindir de servidores dudosos que tienen el doble inconveniente de ser caros, díscolos, y de rendir muy poco. Esta posición fue condensada en la frase (enigmática si no quiere juzgársela autoritaria) por la cual Menem pidió al congreso que se dedicara a sus funciones y dejara de "hacer política". ¿Querría decir que dejara de hacer leyes o que las leyes y su construcción, de aquí en más, no formarían parte de la política? Nuevamente, los procesos en que se toman acuerdos son los que parecen superfluos: Menem no está criticando lo que ahora se acostumbra a llamar "acuerdos de cúpula", sino la naturaleza misma de la operación en la que se compatibilizan posiciones diferentes sobre algunos rasgos comunes. Una cultura democrática depende de que se piense que esta operación no sólo es posible sino fundamen-

tal a la contrastación de posiciones. En una cultura democrática, el encuentro de lo diferente, en el debate parlamentario o en el interior de los partidos políticos, no sólo no puede ser anulado sino que la decisión debe de algún modo resumirlo, aun cuando se desechen posiciones. La decisión es el punto de arribo de este proceso, y no, como en el mejor de los casos está sucediendo, su punto de partida. Cuando esto no sucede el diálogo político se convierte en mercadeo que (aunque aparezca habitando lo político deliberativo) no pertenece al horizonte filosófico dentro del que se inscribe la deliberación. Menem pasa por alto todo esto, acostumbrado a un movimiento donde se llamó a todas las formas deliberativas de la democracia fetichismo demoliberal, tradición cultural del peronismo de la que Menem es gran heredero al mismo tiempo que liquidador de su testamento sobre la justicia social.

Cinismo y exceso: una estética

Desde un punto de vista moral, la cultura política del presidente se caracteriza por el cinismo. Si la hipocresía (se ha afirmado) es el tributo que se rinde a la virtud, el cinismo es el desprecio por virtudes que se consideran sin fundamento. En el caso de una cultura política basada sobre el cinismo, que tampoco carece de antecedentes en el fundador del movimiento justicialista, las virtudes que el cinismo desprecia son todas aquellas que parecen esenciales a la democracia.

Estilísticamente, las prácticas y discursos menemistas se inscriben dentro de una estética del exceso y la acumulación, donde la hipérbole (que no fue ajena al discurso político argentino) es un procedimiento retórico central. Las comparaciones son hipérbolas (perestroika/mememtroika), la adjetivación se suelta sin cauciones referenciales o descriptivas, las imágenes no escapan a los recursos de la magnificación; el lenguaje figurado es una buena estrategia discursiva en ausencia del hábito en el uso de otros procedimientos de la argumentación. Pero esta estética del exceso tiene sus peligros: si ofrece una abundancia figurativa, el elenco de las figuras es extremadamente reducido y, cada vez más, tiende a organizarse sobre el modelo de la invectiva en ausencia de materiales ideológico-políticos densos, por una parte, y de perspectiva dialógica, indispensable para la polémica, por la otra. En un límite al que se aproxima cada vez más, el discurso de Menem se independiza de la construcción referencial: dice cualquier cosa que pueda servir a las necesidades puntuales de una intervención, sin preocupaciones evidentes por la concatenación y contradicción de las diferentes intervenciones en un discurso global.

En este sentido, parece un enunciador poco confiable, porque no existe responsabilidad ni formal ni moral sobre los discursos anteriores (para empezar, Menem se ha liberado de su discurso electoral y no considera que las promesas de la campaña tengan un poder de control sobre las políticas de gobierno). El peligro de este tipo de intervenciones es el vaciamiento simbólico: deconstruidos, como se dijo, la narrativa y los mitos del peronismo histórico, no se los reemplazó sino por la novela burguesa de la racionalización mercadocrática, materia bien pobre para reemplazar la identidad política que el menemismo se propone disolver.

Genealogía de lo nuevo



María Teresa Gramuglio

Hablar de una genealogía de lo nuevo (o de una tradición de lo nuevo) parece encerrar una de esas paradojas a las que hoy nos hemos aficionado tanto. También, un desconocimiento de todo aquello que Adorno nos enseñó a reconocer en lo nuevo: su negatividad radical, su hermandad con la muerte, su impulso homicida, su negación no sólo de una tradición anterior sino de la tradición misma como categoría y como construcción. Sin embargo, si se coloca la cuestión en su recorrido histórico, tal como el mismo Adorno lo prescribe cuando sitúa una nueva consideración de lo nuevo a partir de la mitad del siglo XIX, habría que admitir que tal consideración ya ha durado un tiempo más que suficiente como para generar tanto sus espejismos como su propia tradición, y en esto último, sus modos de operar y la construcción de sus genealogías. Algo de eso se insinúa en esas cinco inagotables páginas sobre "Filosofía de lo nuevo" en la *Teoría estética*: cuando Adorno señala que Brückner no hubiera alcanzado sus logros más significativos si no hubiera trabajado con la materia musical más progresista de su época, esto es, la armonía wagneriana, a la cual modificó, ¿no está reconociendo un modo de operar de lo nuevo en que el gesto homicida radical se convierte en selección y transformación de lo preexistente que, sometido a la irresistible de lo nuevo, queda absorbido en ello?¹ No se trata, entonces, cuando se habla de lo nuevo, de carreras de postas, ni de relevos ni de fantasías pro-

gresistas; se trata de que lo nuevo moldea su materia en el sentido de una diferencia que no es fácilmente discernible y que hay que aprender a percibir, mientras son, en cambio, más perceptibles, las deudas angustiosas que contrae con lo nuevo que lo antecedió o de que dispone. Si, por otra parte, lo nuevo es anhelo de lo nuevo, lo nuevo existente reclama y hace posible lo nuevo que le sigue. Y todo nuevo actual se revelará como tal (diría: como acabadamente nuevo, como nuevo auténtico) no tanto en la incertidumbre ciega del presente, sino en su potencialidad para convertirse en materia de otro nuevo que libera para el futuro. Tal vez lo nuevo hoy, en el arte, para demostrarse efectivamente como tal, requiera, paradójicamente, más que la celebración inmediata, la sanción del tiempo bajo la forma de aquello nuevo que por su fuerza es capaz de generar. Y ésta sería, quizá, una manera de concebirlo como durable, como resistente a la lógica de la mercancía, que absolutiza lo nuevo como valor en sí mismo (que todo lo iguala, consume y clausura en el gesto del consumo); de hacer que, como reclama Bürger, ofrezca criterios para distinguir entre las "novedades caprichosas" y lo "históricamente necesario". Pero a veces, debido a esa aceleración que es propia del ímpetu de lo nuevo en la modernidad, se trata de un tiempo muy breve, ca-

¹ Debo agradecer a Federico Monjeau la ayuda que me brindó para comprender los contenidos musicales de este pasaje.

si contemporáneo; y así lo nuevo coexiste con lo nuevo, y podría definirse, no sólo como pasado, sino también como "presente utilizable".

Estas conjeturas acerca de lo nuevo me fueron suscitadas por la aparición, en los últimos meses, de algunas novelas cuyos autores pueden ser vistos como integrantes de una de esas formaciones laxas, con frecuencia de breve duración, que prácticamente nadie, y por lo común ni sus mismos integrantes, halla razones de peso para reconocer como tales: los grupos culturales, artísticos, literarios. Son las novelas de Matilde Sánchez, de Sergio Chejfec, de Alan Pauls y de Daniel Guebel.² Creo que son un indicio de lo nuevo que hoy está emergiendo en la narrativa argentina. Apenas dicho esto, puedo imaginar el coro de protestas que esta proposición desatará. Para justificarla plenamente, sería necesario trazar un recorrido por la narrativa que, partiendo de Borges, registrara los puntos de articulación y las flexiones más significativas, en muchos casos ligadas al eje de la historia, que se inscriben en la genealogía de lo nuevo. Este recorrido mostraría seguramente que narrar hoy en la Argentina no es sólo narrar desde Borges (aunque su figura siga presidiendo la novela familiar de más de un novelista), sino que se ha ido configurando una trama densa de textos en el interior de la cual se diseña un árbol genealógico (no muy frondoso) cuyas ramas principales y aún ciertos retoños e injertos se leen en los libros de hoy (y no sólo en los libros). Desde ellos, y también contra ellos, escriben, hoy, los nuevos; están en su horizonte de referencias. Menos exhaustiva, más parcial, (aunque, espero, no del todo arbitraria) esta justificación se limitará a considerar cada uno de esos cuatro libros, para volver luego sobre la cuestión central y alguna otra.

En *La ingratitud*, la distancia es el acontecimiento que dispara la escritura: se ha viajado, dice el texto, para iniciar una correspondencia cuyo destinatario es el padre. La narradora está en Berlín, la patria del padre, y el padre, alemán, ha quedado en la ciudad que la narradora ha dejado (un Buenos Aires que no se nombra, que sólo se reconoce por algunos indicios). El extrañamiento que supone esta elección es la marca distintiva del relato y opera en todos y cada uno de sus aspectos y niveles. La separación del lugar de origen hace posible la construcción de una mirada que capta lo diferente, en las ciudades, en las personas, en sus lenguas y en sus exilios. También, la postulación de una utopía, la de una escritura que corte sus raíces y se funde a sí misma: "Precisamente la posibilidad del viaje elimina los errores de quienes nos preceden. Cambiar de país para deberse todo a uno mismo, en un sistema de culpables únicos" (p. 38).

La percepción de la ciudad se sostiene sobre un vaivén entre recorridos e inmovilidad. Los recorridos registran un Berlín espectral, de calles silenciosas bajo la nieve, hecho de vidrieras, ruinas, cabinas telefónicas, cines y bares solitarios. Los encuentros gozosos del *flâneur* ralean. Sólo un lugar, la

plaza "que hace cuarenta años fue célebre" hace posible una ampliación de la experiencia que horada esa superficie lisa con el espesor de la historia. Allí, la protagonista compra un libro de fotografías de guerra (objeto privilegiado de reconexiones que reaparece en un sueño), y después de esa compra siente que la ciudad le resulta de inmediato "familiar y conmovedora, al punto de confundir a dos extraños que me daban la espalda con dos viejos amigos". Esta sensación pasajera prefigura la abolición final de la distancia que se intuye, como una promesa, después de la visita a un lugar también atravesado por la historia: la tumba de Nietzsche. Allí se produce una suerte de revelación cósmica que invierte el punto de partida: el mundo en que vivimos, "un planeta, uno de tantos, nada especial, con sus rotaciones, su atmósfera, sus mareas" (p. 154), es todo un mismo y único lugar.

La percepción desde la inmovilidad remite al espacio interno de la casa. Permite fijar centros que proyectan una topología simbólica de los espacios cerrados, uno "espacial", en la sala, otro "imaginario", en el Zoo que se divisa desde la ventana; ambos comparten la cualidad laberíntica de la madriguera: refugios de tradición kafkiana, refieren a lugares del ensimismamiento y de las relaciones dificultosas con los otros.

Para la mirada que recorre la ciudad, Berlín es el lugar de las vidrieras que ofrecen el espectáculo de los objetos revestidos de detalles que ocultan su vulgaridad; el lugar donde los objetos ya no son tales, sino "fantasmas de objetos" sobre los cuales resbala una mirada que no puede penetrarlos; el lugar donde todo ha sido hecho película y objeto de exhibición; donde los hechos ocurren para ser mirados y convertirse en información periodística. Desde ese lugar, es muy difícil contar historias: las noticias de los periódicos, al ser narradas, se tornan irreales, y hasta el cine pierde su capacidad de alimentar la narración. Extrañamiento y distancia empiezan a revelar sus lados letales, y de ahí las dificultades y los yerros de las cartas, que sólo reciben del padre respuestas apresuradas y críticas a su retórica, nunca aprobación. Se ensayan y proyectan formas para las cartas: la crónica minuciosa de los hechos cotidianos; la salida del tono lírico hacia una narración organizada como un relato de aventuras; la utilización de "ocurrencias"; la apelación a las noticias. Se abandonan las cartas y se las reemplaza por comunicaciones telefónicas, también frustrantes. Se proyecta, finalmente, una larga carta última. Pero ninguna de estas cartas al padre está incluida en la novela, y ella consiste en el relato de su ausencia y el programa de una ascesis de mudez.

En la ciudad extranjera sólo se entablan relaciones con otros extranjeros: una pareja de mexicanos, Georgia y Ramón; los otros ni siquiera tienen nombres: son la Polaca, el Turco. La única y frágil comunidad posible es con otros exiliados, que tienen otras historias y otras lenguas. No me cabe duda de que la relación con el padre, su autoridad como juez (de la escritura), su autoridad como modelo (de la letra) será objeto privilegiado de lecturas entusiastas. Por mi parte, encuentro que sobre estas otras materias, es decir historias y categorías de viajes y exilios, relación de la lengua propia con otras lenguas, relaciones con otros exiliados, reposa una de las zonas de significación más intensas de *La ingratitud*, la que trabajando con todas las desterritorializaciones culmina en el descubrimien-

² Matilde Sánchez, *La ingratitud*, Ada Korn Editora, Bs. As., 1990. Sergio Chejfec, *Lenta biografía*, Punto Sur, Bs. As., 1990. Alan Pauls, *El coloquio*, Emecé, Bs. As., 1990. Daniel Guebel, *La perla del emperador*, Emecé, Buenos Aires, 1990.

to de la propia extranjería radical: ser otra turca, ser como los más extranjeros y oprimidos de Alemania. ("En realidad, yo soy otra turca. La última persona en este lugar, envuelto en el silencio, el terror, sin documentos probatorios, sin papeles, sin un número siquiera, en la madriguera lógica de sus ideas" p. 60).

La ingratitud es una novela de composición por fragmentos. Esa elección formal se vincula con una idea de ritmos y contrapuntos entre el todo y las partes que entra en tensión con la forma canónica de la novela. Como género heredado, el fragmento ha sido caracterizado por el relativo inacabamiento de cada una de sus piezas; por la variedad y mezclas de cuestiones que puede tratar; por la postulación de una unidad que, de algún modo, se cumple fuera de la obra, en otro lugar, quizá en el del sujeto. Todas estas modalidades pueden encontrarse en *La ingratitud*. Con la segunda, la composición fragmentaria brinda una cómoda solución formal para la incrustación de enunciados reflexivos sobre la otra lengua (la lengua alemana), sobre los géneros literarios, sobre la distinción entre la escritura y la carta, sobre las mujeres y la escritura de las mujeres, sobre el salirse de sí y ser otro en la escritura. Pero sería parcial no percibir que todo este núcleo autorreflexivo no se agota en sí mismo sin poner en juego cuestiones que lo trascienden. He consignado algunas. Agrego otras: la pregunta por el hogar; las diferencias entre la ciudad extranjera y la propia; la muerte del padre y la herencia como imposición... Justamente en la conjugación particular de esa alta exigencia reflexiva con la densidad de la materia narrativa se aloja lo que me parece la apuesta más riesgosa de *La ingratitud*.

El coloquio, en cambio, elige comenzar con una frase que alude al mundo del policial y que adopta la enunciación lacónica del informe: "El asalto a la casa de Dora D. llevado a cabo por Pablo Daniel F. debió producirse entre las últimas horas del día sábado y las primeras del domingo". Tal comienzo constituye toda una orientación, sostenida a lo largo del relato. Pero allí mismo se desliza una insidia: "debió". Y esa insidia se desencadena al instante. Basta avanzar unos pocos renglones en la lectura para internarse, a la vez, en otro orden, donde cada palabra será indicio de una inestabilidad, y la reconstrucción de los hechos una pugna por la autoridad que se dirime en el lenguaje. Los jirones de versiones que van armando la versión son algo que el texto nombra: "nomenclaturas alternativas", entablan una confrontación de discursos y códigos que señalan espacios de las instituciones y jerarquías del poder: la policía, la familia, el médico, el hombre común. Por esta primera torsión, *el* policial (el género con sus leyes y su sistema de convenciones) es desplazado por *lo* policial: vigilancia y control absolutos ejercidos sobre la ciudad, sobre los ciudadanos, sus palabras y sus costumbres. Tal desplazamiento implica una crítica que procede por demolición e irrisión: la trama se adelgaza, retrocede y se pierde, aniquilada por el exceso de esta confrontación; se discuten con minuciosidad a la vez violenta y encarnizada las cuestiones más desopilantes, ajenas, en apariencia, a toda significación funcional. La cualidad devoradora de las voces en pugna se vincula con la ausencia de las rupturas y cortes en la composición (del relato, de la superficie de la página) que definen la habitual espa-



cialización de la narrativa (capítulos, escenas, diálogos, descripciones). El ojo se ve enfrentado a un continuum donde no puede seleccionar ni saltar, y la lectura queda sometida a una presión uniforme, reforzada por un tono también uniforme que sólo admite las irrupciones de algunos signos (de interrogación, de admiración, paréntesis).

Esta disposición espacial y tonal uniforme implica otra torsión, en tanto se impone a una materia abigarrada que se emparenta con lo más "alto" de la tradición literaria moderna, cuyos signos se exhiben descaradamente sin que se requiera ninguna pesquisa sutil para reconocerlos: lo centroeuropo (Kafka, Gombrowicz, Bernhard, etc.) y lo argentino (Arlt, Borges, Lamborghini, Piglia, también etc.). Lo menor y lo mayor, el policial y la literatura "alta", lo nacional y lo extranjero: es la tradición de la mezcla, proclamada y asumida como constitutiva de la literatura nacional. Encuentro allí una política de la escritura en la cual, como ocurría con las traducciones entre martinfierristas y boedistas, lo que está en disputa es *qué se mezcla* (disputa interminable, como esta misma novela), y también *cómo*. En este caso, rehusando ascéticamente a las seducciones propias de la materia verbal y de los prodigios del relato. Hay, en cambio, otras seducciones: la de ese ascetismo; la de lo delirante; la del humor.

El coloquio atrae el recuerdo de la distinción benjaminiana entre los dos prototipos arcaicos de narrador, el viajero y el sedentario. Benjamin señalaba que ambos tipos se fundían en el espacio del trabajo artesanal, y que ello redundaba en el perfeccionamiento del arte de narrar. *El coloquio* es, sin duda, la novela de un viajero, en el sentido metafórico de alguien que, como diría Steiner, se pasea con la facilidad de un gato por varias literaturas; y muestra, por otro lado (y aquí corrijo levemente la proposición de Benjamin) que el viajero resulta el más sedentario de los narradores. Quiero decir con esto que esta novela me suena muy argentina. Y para explicar algo tan dudoso acudo a Borges, cuando, en "El escritor argentino y la tradición", decía que en "La muerte y la brújula" prescindiendo de tapias y cuchilleros, escribiendo Triste-le-Roy en lugar de Adrogué, sus amigos habían encontrado "el sabor de las afueras de Buenos Aires". En esta calle Praga, en estos dos que escriben (Werfel y Longhi), en estos barrios del Sur y del Este que *El coloquio* menciona, encuentro los tonos y los registros de un país muy próximo.

Las seducciones que rehusa Pauls parecen ser el dominio propio de Guebel. Todos los lujos verbales se despliegan para mostrar joyas, fauna marina, estados del paisaje y hasta la disposición de un plato de comida. Todos los prodigios de la narración, para acumular fabulosas historias de búsquedas, huidas, catástrofes, trabajos, capturas. Los escenarios lejanos de los mares del Sur y del Norte multiplican el asombro. Como Guebel ha proclamado su admiración y su deuda con Salgari, podríamos limitarnos a adjudicar sus propios prodigios a la inagotable capacidad encantatoria del relato y a consignar, en su caso, la presencia de otro género menor: la novela de aventuras. Pero este género, en realidad, es bien incómodo de clasificar, ya que desde *La Odisea* a Conrad, la aventura, ligada con el viaje, traza un camino real en la narración. El mundo narra-

tivo de Guebel tiene que ver, seguramente, con Salgari; ¿por qué no habríamos de creerle? También, si quisiéramos seguir en esa dirección, con el de Hugo Pratt: la Perla de Labuán escuchando la historia de Li Chi sobre la perla del emperador encontrada por Tepe Sarab, cabe en una secuencia de *Corto Maltese*: podemos imaginar los cuadros, con la mujer imperturbable y enigmática, el humo de la pipa en la penumbra, los sillones de palma, y, afuera, el mundo pululante de los puertos de Malasia. Pero detrás de Corto Maltese está Marlow, y por lo tanto de nuevo Conrad, y así, quién podría precisar los innumerables pasajes, préstamos e intercambios que ocurren para alimentar esas narrativas. En esa fluencia indecible, que es muy nueva y muy antigua, se instala *La perla del emperador*.

Un largo debate sobre el retorno a la narración está dando vueltas hace unos años por el mundo literario occidental. Sus líneas se han formulado en los términos más variados. Desde la sospecha de que la experimentación y la autorreflexividad han llevado a la novela a un estado de agotamiento, hasta la comprobación de que el lector busca la narración en otros lugares, el deseo de recuperar lo narrativo en sus formas casi primordiales (fábula, peripecias, personajes, vinculados en función de una historia que alcanza una resolución feliz) pareció imponerse como un imperativo de la hora. Tanto los modelos de la gran tradición occidental como el artificio codificado de los subgéneros proveen nobles argumentos para sustentar la legitimación estética, moral y hasta política de esa recuperación. Pero habrá que admitir que los resultados más notorios, además de revelarse estéticamente conservadores, tienen un indudable sello mercantil. Aun la apelación a los géneros menores, cuya caución teórica parece inexpugnable, puede muy bien desembocar en la complacencia, el estereotipo y la repetición.

Dado que este debate no está ausente entre nosotros, no sería improbable que la fruición del relato que hierve en *La perla del emperador* incitara a emparentarla con este programa de restauración. Sería un error. Para demostrarlo, conviene regresar al omnipresente Borges. Borges escribió sus novelas de aventuras en *Historia universal* de la infamia. En esos libros no faltan tierras y mares lejanos, piratas chinos, bandidos norteamericanos, guerreros japoneses (y cuchilleros locales). Por esos años, Borges sostenía que el más fuerte antídoto a la proliferación informe de la malvada novela realista era el rigor de la trama, algo que sólo podía hallarse en el policial, el fantástico, la novela de aventuras y cierto cine de Hollywood. Extremizó esa prescripción concentrando el dilatado mundo de la aventura (que para él era una acumulación intolerable de ripio) en los pocos hechos que importan. Guebel realiza el movimiento inverso al de Borges: su método no es el de la concentración, sino el de la expansión. Al practicarla, pone en crisis la idea de trama (inherente al relato de aventuras) de un modo particular: la reemplaza por un sistema de transformaciones y desplazamientos, de historias que no cierran, que se deslizan hacia otra historia. Lo que queda es una deriva que traslada la voz narrativa a otra voz, el objeto del relato a otro objeto: de la perla del emperador a la embestida de la ballena, al iceberg de los ragnarekinos, a la historia del cocinero, a la prisión de Tepe Sarab, a la historia del medallón, a la de Hakim, a la de Housai... Y así como la ballena incrustada en el barco puede

ser nuevamente encontrada en el interior del iceberg, nada impediría que, en una continuación hipotética, reapareciera, después del viaje final por el desierto, en otros mares.

Habría que añadir que esta reformulación de la lección borgueña admite otras disoluciones: el recurso a la estetización y a los enunciados abstractos, como si esa materia expandida hubiera pasado por el filtro de otras lecciones. Así, el ímpetu de la aventura, que se aquieta en la descarga casi física de la tensión que se produce cuando, por ejemplo, el objeto buscado es hallado, o los amantes se encuentran, o los culpables son castigados o, con menos felicidad, sobreviene la muerte, en *La perla del emperador* se erosiona y rarifica hasta la extinción. En ese trabajo paradójico del relato con el modelo y contra el modelo, encuentro la refutación de aquel error y uno de los rumbos que abre la narrativa de Guebel.

En un registro totalmente opuesto, *Lenta biografía* es la novela de una educación ardua y doble: la del narrador y la del lector. El narrador, que había decidido escribir su propia vida, descubre que esa decisión le exige un desvío: deberá escribir la historia de su padre. Más que de una imposición casual (el padre le ha dicho que quería escribir la historia de su vida) se trata de una necesidad inherente a la índole misma de su empresa: "Yo no encuentro forma de hablar de mí si no hablo de él", escribe. Es que la historia del padre, del pasado europeo del padre, es el hueco insalvable en torno del cual ha girado la infancia del narrador. El padre es un judío polaco que (se supone) ha emigrado a la Argentina huyendo del espanto europeo. Toda su familia, padres y hermanos, ha sido exterminada. El pueblo en que nació ya no existe, y todo, familiares y pueblos, "habían desaparecido —literalmente— del mapa".

Como el padre oculta su pasado y no habla de él, reconstruir su historia requiere trabajar desde la carencia, con restos y fragmentos dispersos. Para "ataviar a los muertos", a los tíos y abuelos desaparecidos, el niño acude a la figura y el rostro del padre; para capturar los gestos menudos que pudieron haber conformado la materialidad de los actos de aquellas vidas, a los gestos del padre, ya que ellos "eran una de las tantas acciones que él seguía reproduciendo y que no pertenecían solamente a su persona sino a todos sus parientes que ya estaban definitivamente muertos" (p. 60); para asomarse al pasado europeo del padre, a las historias de otros pasados europeos que se cuentan en las reuniones dominicales de su casa, entre copitas de anís o de vodka y vasos de té. Pero esas historias que el niño persigue "agazapados en los bordes de la mesa" (y aquí sería necesario detenerse en la oscilación entre "yo" y "nosotros" que indetermina al sujeto de la narración) son también fragmentarias y, sobre todo, contradictorias, como lo muestran las dos versiones de la historia del perseguido que se incluyen en el relato. Son, por otra parte, historias exclusivamente orales, contadas en otra lengua, el idisch, "ese idioma parecido a la masticación". Tiempo después (¿pero cuándo?) el narrador descubre que en realidad tampoco su padre posee un conocimiento adecuado de su pasado europeo: desconoce detalles (lugares, fechas, nombres) y desconoce, también, la significación de ese desconocimiento, que el narrador vincula con la "tontería o equivocación moral" que supone el error

de juicio de los judíos europeos acerca de la exacta naturaleza de la política nazi hacia ellos. Sobre estos relatos dudosos, que habrá que empezar por traducir, sobre estos fragmentos y errores, huecos y faltas, a partir de los cuales parece imposible fundar un lugar o un linaje para la escritura, trabajará el narrador con su pensamiento y palabra. ¿Cómo no habría de ser lenta, entonces, esta biografía?

¿Con qué cuenta el narrador para escribir su relato? Cuenta con la lengua que al padre le falta. Pero cuenta, además, si no con un saber que pueda fundarse en detalles, nombres, fechas, documentos o historias precisas, sí con un método que deriva de la pedagogía del padre. El padre le ha enseñado a recordar, y el hijo, privado por el silencio del padre de la materia de los recuerdos, se acostumbra a imaginar como si recordara recuerdos: "Los rasgos (...) imaginados por mí regresaban formando parte de las tierras de mi memoria". Así, el pasado ocluido del padre delinea la conducta futura del hijo, bajo la forma del régimen de "imaginación forzosa" (p. 88) del narrador, aunque el narrador, finalmente, no escribirá la biografía de su padre, sino sus propios imaginados recuerdos, pensamientos y palabras: las escenas familiares, las historias oídas en las veladas dominicales, las reflexiones intrincadas sobre esas escenas e historias. Aprenderá, en ese segundo desvío, la verdad de la ficción, la que lo lleva a pasar de una pregunta ("¿hay algo menos irreal que lo que nos imaginamos?") a una aseveración: "No hay nada más real que lo que nos imaginamos" (p. 62). De este modo, con la historia no escrita del padre, *Lenta biografía* escribe, como "sutil y tímido consuetio", las historias de una carencia, de una educación que desde la carencia hace posible la escritura, y de la construcción de un yo de escritor que (¿acaso podía ser de otra manera?) apenas encarna un frágil punto de reunión de "toda esa cantidad excesiva e incompleta de episodios truncos, volátiles, ambiguos o virtuales" (p. 110).

Por su parte, el lector de *Lenta biografía* será educado en una lectura también lenta, que no admite la impaciencia y que impide el consumo devorador que constituye, desde tiempos inmemoriales, el atractivo de tantos relatos. Esta condición no es nueva ni única, pero sí lo son los modos singulares con que *Lenta biografía* la reinstaura. Si acepta ese pacto de lectura lenta, el lector deberá plegar sus ritmos al contrapunto entre los recuerdos del narrador y las versiones de la historia del perseguido, a las repeticiones e insistencias de un pensar complejo, y a la también compleja sintaxis de las frases extensas, cribadas de guiones y paréntesis. Si acepta ese pacto, el lector asistirá a algo más que a una nueva versión de la novela de formación del escritor argentino, con sus mitos y tópicos criticados y desmentidos (algo que sin duda también está en *Lenta biografía*). Encontrará quizá que la interrogación por la forma que se formula la novela entraña el preguntarse por las historias de cada uno (¿cómo llegamos a ser lo que somos?), por las violencias de la historia (el dolor, el miedo, las persecuciones, los desarraigos, las muertes), por la función del contar historias en un país, una época, un mundo, amenazados por el empobrecimiento de los sentidos de la historia.

¿Qué es lo que autorizaría a reunir estos libros tan distintos bajo el rótulo, que seguramente muchos encontrarán odio-

so, de lo nuevo? ¿Nuevos en qué, para quiénes? ¿Se trata de una novedad exigida por lo que David Viñas llamó una vez el paladar omnívoro e infatigable del mercado? (Y aquí intercambiaría otra pregunta: ¿de qué hablamos cuando hablamos en la Argentina, hoy, de mercado editorial?) ¿Implica mandar al archivo lo anterior y postular valores excluyentes? Las preguntas podrían multiplicarse, pero creo que algunas de ellas quedan contestadas en lo que antecede, y espero que otras en lo que sigue.

Usado en un sentido cronológico simple, nuevo designa lo más reciente, y no implica postular un valor en sí de aquello que se señala como tal. Pero esta mínima delimitación ya encierra una primera dificultad: la de que se lee desde un presente compartido, desde un mismo horizonte de problemas y expectativas, lo cual introduce el riesgo de que la lectura quede atrapada en una perspectiva que simplemente favorece lo reciente frente a lo anterior, que se consideraría superado. En segundo lugar, está la dificultad de la elección: en un espacio literario (o cultural) complejo, inevitablemente se recortará lo nuevo sobre un sector de una producción numerosa y estratificada. De modo que aquella función pragmática inicial, meramente descriptiva, se torna ambivalente al no poder evitar, en la práctica, la incorporación de aspectos conceptuales y valorativos. Sin ilusión de superar estas dificultades, pero sí de mayor claridad, agregó: doy, en este caso, a lo nuevo, una función descriptiva (se trata de lo más reciente) que no pretendo asignarle otro valor que el de suponer que se inscribe con fuerza en el impulso del cambio, esto es, que puede, virtualmente, generar otro nuevo y alcanzar así una duración. He tratado de mostrar que estos cuatro libros participan de ese impulso por la manera singular con que cada uno de ellos interroga los problemas no sólo formales que plantea la forma, y por la intensidad con que realizan esa interrogación. Creo necesario añadir ahora, para terminar, que su fuerza resulta potenciada y gana en visibilidad por la estrategia grupal con que se presentan. Podemos conocer los azares editoriales que motivaron su aparición casi simultánea³, pero eso no nos obliga a desconocer los factores objetivos que corroboran la anterior afirmación.

Los cuatro autores de estos libros forman parte de un grupo cultural cuyos miembros —aunque no sería imposible que negaran la existencia del grupo o su pertenencia a él, o que cada uno tuviera su propia lista, y aún que distinguieran entre “acólitos y allegados”— se hallan vinculados por lazos generacionales y amistosos. Es posible conjeturar las formas internas de sociabilidad: conversados y leídos encuentros y libaciones hasta el amanecer, acuerdos tácitos, desacuerdos y desencuentros, inclusiones y exclusiones, alianzas, complicidades, traiciones. Menos conjeturales, la formación universitaria de algunos y la trama de relaciones externas hablan a las claras de la abundancia de capital cultural y simbólico que acumulan, de su contacto fluido con diversos espacios de la cultura, y aún (por más que uno tiende naturalmente a pensar que en el caso de los artistas e intelectuales esto es meramente ilusorio) de cierto poder para manejarse en el interior del ámbito literario con algo más que la prepotencia de trabajo. Me detengo en estos pequeños detalles para tratar de exorcizar un

³ *Lenta biografía* y *La ingratitude* están fechados en 1986. Una versión al menos, de *El coloquio*, ya estaba escrita en 1988.

fantasma venerable que hoy recorre el mundo literario porteño y que parece acechar a propios y a extraños: la general desconfianza ante la presencia de un grupo. Desconfianza que alcanza a sus propios miembros, muchas veces los más apresurados a ponerlo en duda y también a negarlo. La frecuencia con que formaciones de esta índole insisten en que no se trata más que de un grupo de amigos o, a lo sumo, de una coincidencia generacional, local o cronológica, es ya bien conocida, desde los relatos de los asistentes al granero de los Goncourt hasta Bloomsbury, pasando por los comensales del Procope y los visitantes de Médan. Pero se sabe que del granero salió la Fundación Goncourt, y que la *pétite bande de présomptueux* (como los llamó un crítico de la época) que visitaban a Zola en su casa de campo no se limitaban a remar en canoas para inspirar a Renoir, sino que finalmente produjeron *Les soirées de Médan*, belicoso manifiesto antirromántico en defensa de Zola y del naturalismo, cuyo prefacio muestra bien a las claras la doble mirada con que estos grupos se ven a sí mismos: “Nuestra única preocupación ha sido la de afirmar públicamente nuestras verdaderas amistades, y al mismo tiempo, nuestras tendencias literarias”. Me pregunto entonces por qué, contra toda evidencia, los grupos culturales se resisten a reconocerse como tales. Por qué son tan frecuentes las declaraciones individuales de que sólo se trata de encuentros de amigos, aún en casos que, a diferencia de éste, han constituido movimientos fuertemente oposicionales, como los cenáculos románticos y hasta algunos movimientos de vanguardia. Quizá esto se explique por el carácter aleatorio y fugaz que suelen tener esas asociaciones, quizá por cierto sano escepticismo acerca de la eficacia de las empresas culturales, quizá por un deseo de exaltar la amistad. Pero creo que hay algo más. Creo que en esa resistencia anida, en primer lugar, el temor a un encasillamiento que es sentido como amenaza para la propia originalidad (y eso, aún en los casos en que nociones como las de originalidad, propiedad, autor, etc., son denunciadas como parte de una ideología burguesa de la literatura que se trata de superar). Y también: que la formación grupal genera unánime desconfianza porque no se puede dejar de sospechar en ella su función objetiva como plataforma de lanzamiento de las obras ante la opinión pública, y por ende, su pretensión de influir en el mercado. Esto último, que es menos válido para las vanguardias históricas y para ciertos grupos alternativos, no deja de operar como un fondo de malestar. Sea como fuere, el carácter grupal, en este caso, quizá forme parte tanto de la novedad como de su instrumentación; reconocerlo no requiere demonizarlo, pero tampoco significa que se haya de ceder a una imposición.

Releo lo escrito, y me asalta el recuerdo del final de un ensayo de Barthes acerca del *nouveau roman*: “Quizá en vez de dedicarse... a hacer esquemas arbitrarios de la joven novela, valdría más interrogarse acerca de la discontinuidad radical de las búsquedas actuales, acerca de las causas de ese fraccionamiento intenso que reina tanto en nuestras letras en concreto, como en nuestra intelectualidad en general, en el momento mismo en el que todo parece imponer la exigencia de un combate común”. Esto no es nuevo. Fue escrito en 1958. Tal vez alguno de sus términos hoy nos incomode. La tarea de lo nuevo sería, en tal caso, modificarlos en el sentido del cambio históricamente necesario.

El aire



Sergio Chejfec

Un roce breve, semejante a los que representan las películas, distrajo a Barroso de sus pensamientos. Escuchó deslizarse el sobre y después —una vez dirigida la mirada hacia la puerta— observaba cómo con lentitud se introducía en su departamento. Una mano sigilosa y anónima terminó de empujarlo, premeditada, en momentos cuando sólo la casualidad permitía que Barroso asistiera a ese ejercicio tan familiar e inusual al mismo tiempo. Cantidad de series y largometrajes —“cintas”, tradujo recordando el vocabulario de la infancia— recurrían al expediente —en cierto modo mecánico, pero también natural— de adelantar algún sobre con el objeto de suscitar misterio; sin embargo jamás había sido testigo real de semejante operación. Apenas opaco, un rectángulo se recortaba sobre la superficie del parquet marrón, oblicuo, torcido, como olvidado de sí, todavía ocultando debajo de la puerta un vértice minúsculo; no había terminado de aparecer. La casualidad: un contratiempo inesperado permitió que Barroso asistiera a la aparición de ese sobre. Un retraso involuntario, una dificultad casual, un accidente fortuito y menor.

La luz, a esa hora en la que él solía estar ausente, parecía diferente y su respiración, en esos momentos en los que sabía estar en otro lugar, no era la misma. Tan simple como eso, pensaba Barroso mientras caminaba hasta la puerta. Una vez abierta comprobó desde el vano el palier desierto y —cosa extraña— aún el ascensor detenido en su piso. Olores a guisos, a churrascos cocidos —“Hechos”— a la plancha y a repollo hervido que seguramente ascendían de los departamentos inferiores, distrajeron por un momento a Barroso de su nuevo pensamiento, el enigma del sobre, del cual sólo se acordó al re-

troceder para cerrar la puerta, mientras lo estaba pisando. Se había impreso, como si fuera un sello, parte de la suela de goma de su zapato, cuyas marcas cubrían también la única inscripción que llevaba escrita: en el centro decía “Barroso” con una letra ni pequeña ni grande, manuscrita cursiva. Sacudió la superficie pero de todos modos quedaron estampadas las líneas exteriores de las marcas: rectángulos redondeados, otros más largos y curvos que parecían larvas, algunos círculos pequeños; una geografía elemental aunque humana al mismo tiempo. Comprobó que el sobre estaba abierto, con la solapa introducida en su interior, y antes de abrirlo —casi víctima involuntaria de la redundancia, sospeché—, intuyendo quién lo había dejado al reconocer la letra, se lanzó presuroso hacia el balcón para corroborar la sospecha.

Asomado a la baranda Barroso distinguió una cabellera rubia que parecía provenir de su edificio aproximándose al cordón de la vereda. A punto de cruzar, con la desorientación fugaz de quienes se lanzan repentinamente a la calle, miró sucesivamente dos veces a derecha e izquierda —como evaluando, urgida, qué rumbo resultaba conveniente tomar—, levantó la vista hacia los edificios de la vereda de enfrente, y después, como si se hubiera sentido observada, dio media vuelta y dirigió los ojos hacia el departamento de Barroso. El llegó a esconderse a tiempo; desde abajo el balcón se veía desierto mientras que en la realidad Barroso estaba, inmóvil, tranquilamente parado a medio metro de la baranda, desde donde divisaba la vereda opuesta. No estaba seguro de no haber sido sorprendido, por lo tanto prefirió esperar un momento antes de volver a asomarse. En el interior de un departamento que estaba exacta-

mente frente al suyo —del otro lado de la calle— observó a una joven limpiando sobre una silla el ventanal del living; cuando alzaba el brazo derecho —en cuya mano aferraba un bollo de papel de diario— su delantal se levantaba y permitía ver el comienzo de los muslos. La mujer vio a Barroso mirándola y detuvo su labor con la mano en alto, alerta, ante lo cual él, sintiéndose inexplicablemente en falta, volvió a asomarse por la baranda. Miró hacia la izquierda sin observar nada que le llamara la atención; sin embargo a la derecha, por la vereda de enfrente, estaba llegando a la esquina, con paso rápido, la cabellera rubia y el pequeño cuerpo de Benavente. Dobló; se perdió para la vista de Barroso. Comprendió que entonces ahora correspondía abrir el sobre y leer su contenido. Antes de salir del balcón observó de nuevo a la joven de la limpieza: se había desprendido los botones delanteros del uniforme hasta más arriba de la cintura, frotaba el vidrio con movimientos más acentuados y miraba a Barroso, quien podía contemplar su entrepierna cubierta apenas por unas bragas —“Bombacha” se hubiera dicho, pensó— blancas. Las contorsiones eran sexuales. Una mirada provocadora como la de esa joven, aunque al mismo tiempo impune merced al vacío de la calle que se interponía entre ellos, desconcertó a Barroso y le hizo suponer que estaba siendo víctima de una broma inocente. Sonrió, entonces, y volvió al interior de su departamento.

El sobre, que creía haber dejado sobre el bahiut de la sala, ya no estaba allí. Recorrió los muebles y el suelo del living con la vista, en vano; volvió al balcón, donde había sólo unas pocas hojas caídas desde los pisos superiores. Desconcertado, regresó a la sala, observó las cosas con más detenimiento, y de todas maneras el sobre no aparecía. Fue hasta la cocina. Después abrió de nuevo la puerta de entrada: el ascensor seguía allí, y no había nada; la cerró y se quedó inmóvil, intrigado, creyendo por un momento que la nota no existía. Pero sus impresiones —su recuerdo y la presencia fugaz de Benavente en la calle— estaban demasiado relacionadas para ser una mera ilusión. Así fue como Barroso comenzó a buscar debajo de los muebles. Agachado, en cuatro patas, con el costado de su cara pegado al piso marrón, descubrió al fondo, debajo del diván, la mancha blanca representada por el sobre. Alargó el brazo pero no lo alcanzó. Por lo tanto se acostó sobre el parquet, boca abajo, y tuvo que introducir incluso el hombro mientras tentaba con la mano. Por fin tocó el sobre, lo apretó contra el piso, y comenzó a atraerlo muy lentamente mientras se levantaba con dificultad. Estaba agitado por el esfuerzo, sentía la cabeza hinchada, llena de sangre, pensaba que una ráfaga de corriente lo habría empujado. Entonces observó de nuevo las marcas de su zapato, y del otro lado, por haberlo arrastrado contra el piso, vio también cómo unas estrías de suciedad más oscuras que otras denunciaban los dedos propios en el esfuerzo de rescatarlo.

Adentro había un pedazo de papel, doblado, con un mensaje escueto escrito con esa misma letra que antes o después había puesto “Barroso”. La nota decía: “Me voy a Carmelo. No me sigas. Más adelante voy a escribirte”. No había firma, cosa que para Barroso era innecesaria; había reconocido la letra de Benavente. Así fue como continuó la soledad de Barroso y la ausencia de Benavente, continuidad de la cual pudo ser testigo de manera casual. Sin duda ella fue a dejar el sobre por

que sabía que Barroso a esa hora estaba siempre en su trabajo; sin embargo esa mañana cierta casualidad —y en cierto modo una desgracia— adelantó su regreso: la oficina comenzaba a incendiarse justo cuando él llegó.

Fue misteriosamente simultáneo; como si hubiera estado aguardando su aparición, el humo comenzó a salir por debajo de la puerta en el exacto momento en el que Barroso —a su vez— salía del ascensor. En el palier —tal como sucedería rato después en su casa, cuando abriera las dos veces la puerta intrigado por el sobre— no había nadie; un pasillo —“Corredor”— extenso, frío y desierto. El silencio era total en todo el edificio, excepción hecha del rumor que producían los otros ascensores en funcionamiento. El humo. Una vez que aparecía, exaltado por una fuerza que lo empujaba de debajo de la puerta, se elevaba, revuelto, después de viborear aproximadamente medio metro. Barroso quiso calcular con exactitud la distancia a lo largo de la cual ese humo se mantenía adherido al piso, pero lo distrajo la impresión de que el empuje que recibía era mayor a cada instante: la turbulencia se hacía más violenta y el trecho recorrido se hacía más extenso. Barroso observó el humo, ya olvidado del cálculo, percibió el olor a quemado —“Olor a humo; o sea, humo”, pensó—, y se introdujo nuevamente en el ascensor. Fue hasta la portería a notificar el incendio y regresó a su casa a esperar noticias. “Los bomberos deben dominar el incendio”, decidió —sin darse cuenta de las palabras que utilizaba—, queriendo imaginar el tiempo exacto que tardarían en llegar. Al rato asistiría a la sigilosa entrada de la carta.

Parado en la sala, sin saber muy bien qué hacer con el papel en una mano y ese sobre ensuciado de los dos lados en la otra, Barroso fue hasta la cocina a sentarse. Allí, indolentemente apoyadas la espalda y la cabeza contra la pared de azulejos, se puso a mirar el techo, la heladera y más tarde la pileta y la denominada mesa, donde platos y cubiertos de varios días se apilaban irregularmente, en frágil equilibrio debido a los restos de comida que los separaban.

Intentó calcular cuánto pesaría la pileta vacía, cuánto la pileta llena de agua, cuánto con platos y agua, y por fin cuánto únicamente con platos. Hacía una semana nada más que Benavente no estaba, sin embargo ya —y más ahora, con la llegada del sobre— toda la casa parecía estar impregnada de una naturaleza que ignoraba su ausencia. La misma luz que unos momentos antes le había parecido diferente a la que estaba acostumbrado a percibir, su misma respiración de la que había pensado que se desplegaba con un compás distinto, inusual, también aparentaban haber incorporado la ausencia de Benavente como condición para mantener su serenidad.

Días atrás, una mañana ordenó y guardó las numerosas prendas que ella había dejado dispersas por la casa: dobló las polleras, camisas y pantalones de Benavente; separó la ropa interior sucia de la limpia; ordenó los pares de zapatos, las zapatillas, las chinelas para colocarlos en hilera, paralelos a la pared del dormitorio; hizo un bollo con las toallas que había estado usando su mujer y lo apoyó en la cama; después guardó todo donde consideraba que correspondía. Así, de un momento otro, imprevistamente activo aunque agobiado por la simplicidad de sus acciones, defraudado por la rutina elemental que, dócil, se mostraba dispuesto a encarar, aturcido por el si-

lencio en el que su garganta se había visto obligada a permanecer; así, como nimbado por la soledad, Barroso percibió que el recuerdo de Benavente adquiría otra categoría: menos inmediato pero más estrictamente material, menos melancólico aunque en cierto modo metafísico. En la cama, el costado de Benavente era un sector que mañana a mañana amanecía sin cambios ni desorden; en el baño, la repisa enlozada de donde se cuelgan los cepillos de dientes exhibía vacío el agujero correspondiente al de su mujer, ausencia que desde su partida nunca —cada vez que entraba— había dejado de sorprender a Barroso. Las comidas consistían en experiencias solitarias, como así también mirar la televisión por la noche; una vez finalizadas las transmisiones de los canales sólo restaba la mañana siguiente.

La breve nota introducida por debajo de la puerta resultaba el primer mensaje y la señal real de que a Benavente no le había sucedido algo peligroso ni nada que excediera su voluntad. Pensó en seguirla, aunque se imaginó el viaje y las caminatas tan inciertas como exploratorias que debería realizar en Carmelo. Desistió. Barroso miró el sobre: una pisada sobre su nombre, y en el dorso una zona de concentrada suciedad que prefiguraba, retrospectivamente, la disposición que habían adoptado las yemas de sus dedos al arrastrarlo desde el fondo del sillón. Al pensar en el esfuerzo realizado sintió cansancio. Unas moscas pequeñas sobrevolaban con languidez alrededor de los restos de comida acumulada entre los platos sucios. Leyó de nuevo la carta de Benavente: "No me busqués. Voy a Carmelo. Después te escribo". Creyó haber leído antes un texto diferente que no obstante transmitía el mismo mensaje; sin embargo una sola era la nota y uno solo el sobre pisado en una faz y sucio en la otra. "No me sigas. Más adelante te escribo. Viajo a Carmelo". La caligrafía de Benavente era clara, regular, ni grande ni pequeña, segura y firme; denotaba por otra parte una convicción semejante a la que ella exhibía respecto de todas las cosas que realizaba. Benavente era una mujer que —al contrario de Barroso— no admitía la vacilación; la inseguridad no integraba el horizonte compacto y firme de su conducta. Benavente. Hacía años que estaban juntos, y desde siempre la había llamado —y pensado en ella— por su apellido. Lo que en un principio concibió como una reciprocidad inofensiva en el juego que proponía su esposa —llamarlo a él, Barroso, "Barroso"—, se fue dilatando en el tiempo hasta resultar una práctica habitual y hasta desapercibida por los dos. No existían tampoco los sobrenombres; únicamente en los momentos de exaltación o las épocas de cariñosa familiaridad y compañerismo, así como Benavente utilizaba el apócope de "Barro" u "Oso", Barroso le decía "Bena" o "Vente".

De Carmelo Barroso conservaba un recuerdo mezcla de tedio y admiración: manzanas iguales, antiguas aunque no arcaicas, que intentaban con esmero —y lograban— igualar, reproducir, con su dinámica pausada la paulatina y amortiguada evolución de los días. No era el campo, pensaba Barroso, y sin embargo todo allí lo refería; no había extensiones de tierra ilimitada, no aparecían en la gente rasgos evidentes de la pampa, y por eso mismo su neutralidad —unida a la circunspección— la denotaba de manera permanente. Lo llamativo de Carmelo era su digna provincialidad, la asunción cabal de su

medianía. El río consistía en el costado fluido de una inmanencia que con su cauce todo el tiempo lentamente renovado tornaba trascendente y trivial la apacibilidad de la ciudad. La pequeña rambla, el pequeño puerto, las pequeñas embarcaciones, el puente pequeño, anulaban las posibilidades de distracción —no ya de asombro— y de entusiasmo. Imaginó playa Seré, la ribera infantil, angosta, elemental, de una tierra gigantesca, y sintió desconsuelo. Carmelo era una ciudad tan a la medida humana que agobiaba el espíritu; una ciudad cuya circunspección constante —quizá derivada de ese contrabando ancestral— repercutía en el interior de las personas ahuecando su voluntad y su orgullo.

¿Qué podría estar haciendo allí Benavente? La imaginó caminando, apresurada sin motivo, por esas calles indolentes, desiertas sin apelación, seguramente girando la cabeza a cada momento para ver si descubría el rostro de Barroso a medias escondido tras las fachadas de las casas. Todo es igual, se dijo Barroso. La imaginó también preguntando nerviosamente por los horarios de los ómnibus a Colonia o a Montevideo, y recibiendo la información con la contrariedad de no poder satisfacer la urgencia, cosa que a su vez le impedía recordar las frecuencias. Fue extraño: Barroso supuso a Benavente en Carmelo sin recordar que apenas cinco minutos antes la había visto —después de dejar el sobre— doblando rápidamente la esquina. En ese momento sonó el teléfono. Fue hasta el living y atendió: un ruido infernal, parecido al de las interferencias radiofónicas, salía del auricular aturdiendo los oídos indiferentes de Barroso. Colgó y esperó, parado e inmóvil que la llamada se repitiera, junto al teléfono, sin resultados. Por fin, después de varios minutos, volvió a la cocina donde lo sorprendió la figura recortada del sobre sucio encima de la fómica vetada de la mesa.

Recordó la carta, pensó en Benavente. Sin embargo decidió lavar los platos, estaban ya todos sucios, la noche anterior había tenido que cenar en platitos de café con un tenedor apenas enjuagado. Abrió la canilla del agua caliente y puso las manos, a la espera de que el chorro adquiriera la temperatura adecuada. El agua resbalaba por los dedos de Barroso, quien siempre —en algún momento del día— encontraba sorprendente la impermeabilidad de la piel. En ese momento volvió a llamar el teléfono: retiró las manos de la piletta mientras buscaba un repasador en qué secarse; no había. El teléfono sonaba y Barroso no supo qué hacer con sus manos mojadas. Por fin, temiendo que dejara de llamar, fue con los brazos levantados, como si fuera un cirujano, a atender. Por un momento temió que con sus manos mojadas le diera una descarga, pero intimidado y urgido por el sonido perentorio de la campanilla se arriesgó: levantó el tubo y dijo "Hola". Era el portero del edificio donde trabajaba. Empezó a hablar diciendo "Hola, ¿hablo con lo del ingeniero Barroso?". Le dijo que llamaba para avisar que el incendio había sido controlado por los bomberos. "Habla como se habla ahora", pensó Barroso, recordando que antes los incendios se apagaban. Queriendo saber si había acertado en el cálculo, Barroso le preguntó cuánto habían tardado en llegar. El portero se desconcertó, no supo responder, y prefirió continuar, periodístico, con lo que pensaba comunicarle: se refería a "siniestros", a "daños" y aclaraba que no había que "lamentar víctimas". Con unas pocas palabras de com-

promiso y agradecimiento Barroso consiguió cortar; sólo le había dicho que vinieron "rápido".

Vio, una vez que colgó, cómo la humedad dibujaba en el tubo la mano que lo había sostenido. Impresionado, quiso calcular cuánto tiempo le llevaría evaporarse, y si una vez que se secara —quiso saber, también— si acaso quedarían ciertas marcas invisibles a la vista pero de algún modo evidentes de esa antigua humedad de sus manos. "Agua, aureolas, humedad", pensó Barroso intentando precisar las diferencias. Detenido al lado del teléfono, inmediatamente recordó la canilla abierta de la cocina. Allí la pileta estaba a punto de rebasar, y del chorro de agua se desprendía, a lo largo de su recorrido, un poco de vapor. Barroso no supo cómo evitar el desastre inminente, aunque identificó, cerrándola, a la canilla como la fuente de alimentación del peligro. Evidentemente, para que la pileta se desagotara debía hundir el brazo, levantar los platos apilados y revolver y quitar los restos de comida que tapaban el resumidero. Lo hizo, pero el nuevo volumen que ingresaba a esa agua tibia, sucia y un tanto grasosa —durante un lapso fugaz Barroso sufrió la incitación de calcularlo—, unido a la turbulencia que derivaba del movimiento de su mano, provocaron que un flujo abundante de agua cayera de la pileta y empapara los zapatos y pantalones de Barroso. Inmediatamente el nivel comenzó a bajar, y unos segundos después ya había una pileta vacía, ocupada por platos y cubiertos sucios, húmeda, casi tal cual como estaba cuando él había decidido comenzar a lavar. De nuevo necesitaba Barroso un repasador. Ahora, sin apuro, recordó dónde estaban: en el cajón final —"último cajón", se tradujo— al lado de la pileta. Se agachó —sentía que hasta las medias estaban mojadas— y trató de abrirlo, sin resultado; la madera parecía hinchada. Después de forcejear un rato consiguió separarlo un poco, la distancia suficiente para poder sacar una servilleta cualquiera con la punta de dos dedos. Pasó —en vano— la servilleta por la botamanga del pantalón, se secó los zapatos, y después abrió de nuevo la canilla.

En quince minutos había lavado todo, pero ya estaba olvidado de cuando comenzara. Quiso imaginar la suciedad recorriendo las cañerías, como así también la cantidad de agua que habría utilizado. Barroso fue a sentarse, miró la cocina de nuevo, y descubrió al lado suyo, sobre la mesa, el sobre de Benavente, sin saber qué hacer. El aburrimiento que le sobrevino lo percibió como si fuera una explicitación de la depresión; el encañamiento de sorpresas y dificultades lo habían distraído, pero ahora que parecía introducirse en una especie de tiempo franco, disponible, despojado de pauta alguna, experimentaba la angustia de carecer de ocupación. Las medias mojadas lo incomodaban, por lo tanto fue hasta la habitación a sacárselas. Sentado en la cama desabrochó sus zapatos y se los quitó. Se sacó las medias, que salían de sus pies como si fueran esos trapos empapados que adquieren cierta uniformidad gracias al agua de la que están embebidos, y las tiró al suelo. De pronto Barroso tuvo un deseo súbito: acostarse y dormir. Y así fue. Se tiró en la cama y a los pocos momentos estaba ya durmiendo como si fuera noche cerrada.

Horas más tarde Barroso despertó rodeado de penumbra. Durante los primeros instantes —como suele suceder— no supo dónde estaba, confusión que terminó cediendo una vez reconocida la habitación. Después, habiendo ya realizado un re-

corrido mental por su casa, después de haber enviado a través de la oscuridad esas hebras mentales con las que se reconoce el lugar propio, seguro, familiar, en donde se ha despertado, Barroso comprendió la escasa originalidad de su impresión inicial. Inmediatamente pensó en Benavente, en el sobre, en la manera repentina y en apariencias veloz —"¿Cuál es la diferencia?", preguntó—, o en la forma veloz y en apariencias repentina, como había cambiado su vida. Prendió la lámpara y se sentó en el costado de la cama; vio, con contrariedad, las medias aún empapadas cubriendo sus zapatos. Las levantó y las llevó hasta la pileta del baño. Al entrar lo invadió —de nuevo— el sorpresivo sacudón de notar que faltaba un cepillo; y por lo tanto su cabeza volvió a Benavente, a su figura menuda, a su voz neutra. ¿Había sido realmente ella quien daba vuelta a la esquina cuando Barroso se asomó al balcón? Estuvo un rato frente al espejo, inmóvil, sin mirarse, con la mente en blanco: el sueño era un dominio que no abandonaba sin lucha el terreno conquistado. Escuchaba rumores o —más nítidos— ruidos: el inodoro de algún vecino evacuándose, una radio encendida —"prendida"— gritos de niños. No era tarde, sin embargo el fondo silencioso contra el cual parecían recortarse los sonidos indicaba, a su modo, la esperanza de la madrugada, la premonición del día. Quiso dormir de nuevo, acostarse y desentenderse de todo; no porque la ausencia de Benavente le produjera angustia —ni pena— sino porque con su partida lo había enfrentado a una situación inesperada. Sin embargo, también se daba cuenta de que la perplejidad en la cual de a ratos se sumergía no alcanzaba a ser la suficientemente exigida por las circunstancias.

"Más triste, menos plerplejo, algo aburrido, un tanto sorprendido", pensó Barroso. Se le ocurrió comer. Quiso recordar qué quedaba dentro de la heladera —se está diciendo "Nevera", descubrió— pero lo sobresaltó una fuerte estampida que —aunque repentina y seca— quedó resonando un momento más en las paredes. Fue a inspeccionar. Evidentemente la puerta de la cocina se había cerrado empujada por una corriente de aire. Tan potente había sido el viento que a Barroso no le resultaba sencillo volver a abrirla (es una exageración: sólo significaba que aquella corriente aún estaba siendo); una presión constante, exagerada, homogénea, impedía que lo lograra. Por un momento supuso que debía haber otra persona del otro lado resistiendo con fuerza, pero de inmediato, como si la realidad —alarmada por el error de interpretación de Barroso— hubiese estado preparada para desmentirlo, cedió la resistencia del aire, de manera que pudo abrir primero y entrar después. En el interior de la cocina no había cambios; sólo la servilleta utilizada antes para secar los zapatos y la botamanga del pantalón estaba ahora en el piso, seguramente empujada por la corriente que había golpeado la puerta. Distraído, miró los platos y cubiertos, verticales y escurridos, secos y casi relucientes. Algunos, percutidos, habían despojado a Barroso de cualquier esperanza: por más que se los fregara no conseguirían recuperar su esplendor original. Cada vez que los miraba, como en este momento, se deprimía, sentía pena por el bien perdido y de algún modo irrecuperable. (Esto puede parecer una trivialidad, pero es real.)

Trató de imaginar la cantidad de comida que esos platos llevaban acumulada desde que comenzaron a utilizarlos Bena-

vente y él, en peso, en volumen, en sabores, e inmediatamente sintió hambre. Ella se disparó —el hambre—, y Barroso comprendió que era la exigencia que lo había despertado. Una nueva ráfaga cerró violentamente la puerta, y su estampida también, tal como antes, quedó repercutiendo en el silencio de la noche. Esos momentos, precisamente, a la noche, ya eran familiares: por lo tanto Barroso podía percibir la familiaridad común de los sonidos, la cálida y conocida intensidad de la luz y el compás previsible de su respiración. Quiso abrir la puerta y —de nuevo— encontró la misma resistencia que unos momentos antes le había impedido entrar, aunque ahora no lo dejaba salir. Ensayó una postura que supuso adecuada para vencer la resistencia, y tiró. Pero en vano. No cabían dudas de que la fuerza que le impedía abrir era notoriamente superior a la anterior. Por eso, sin comprender que era improbable, se convenció de que tendría que haber del otro lado alguien resistiendo. Pero nuevamente la realidad lo desmintió, de inmediato: como si sus ojos hubieran estado dirigidos por ella, vio la punta de su ojota pegada al pie de la puerta. Fastidiado, se movió, y con mucha menor dificultad logró abrir. Era, simplemente, tomar la manija y y halar, jalar —"Como se dice ahora", reflexionó—. Precavido, colocó una banqueta contra la puerta abierta.

Sin Benavente, sin sueño, sin nada —había olvidado que tenía hambre—, el tiempo, para Barroso, se presentaba como una materia extensa y disponible. Se dijo "Dar una vuelta", o sea que decidió ir a caminar. Con el saco en la mano, antes de salir de su departamento constató que sus llaves estuvieran en el bolsillo. Cerró y llamó al ascensor. Simultáneamente imaginó que llegaría, después habría de bajar, y que ya en la acera comenzaría a caminar hacia la derecha —"Por la vereda de la que se apartó Benavente a la mañana"—. Recorrió mentalmente las cuadras, y de nuevo fue consciente de la disponibilidad imprevista en la que se encontraba. Sin Benavente, con la oficina incendiada, había pocas cosas —ninguna— que lo apelaran de manera formal. Se vio caminando, supuso hasta dónde llegaría, en qué negocios se detendría a mirar las vidrieras —"Escaparates", pensó con ánimo de corregirse—, y con qué ánimo emprendería el regreso. Recordó las aglomeraciones nocturnas en las paradas de los colectivos, las pelcas y batallas campales que se producían cuando llegaba alguno. Había personas que llevaban botellas vacías en los bolsillos, o directamente en bolsos, para lograr subir o para lanzarlas a los ómnibus que no se detenían. Pensó en los ojos de la gente, más predispuesta a mirarse entre sí por la noche que durante el día.

Barroso se dijo que quizá tomaría un helado; y este deseo fue el que de algún modo disparó de nuevo el hambre que —volvía a recordar como si fuera una culpa— lo había despertado. Así, la caminata se desvirtuó: pasaba a ser una salida al exterior en busca de alimento; sólo quería comer; y aquello que había imaginado en un principio como un recorrido apacible y gratuito comprendía ahora que su condición de posibilidad —y de realización— dependía de la satisfacción del hambre. Precisamente esta urgencia le hizo darse cuenta a Barroso que estaba esperando al ascensor más de lo usual, sobre todo teniendo en cuenta que era noche avanzada. Extrañado, apretó el botón e inmediatamente vino desde arriba, como si desde el piso superior hubiese estado esperando su llamado.

Barroso se dispuso a abrir la puerta, levemente intrigado, pero el ascensor se fue antes. Reaccionó, queriendo detenerlo, pero ya era tarde; vio el cable descendiendo a una velocidad regular, imperturbable, con una pasividad insultante para su espera. Una vez que se detuvo, Barroso reconoció que lo había hecho en la planta baja, el destino que él llevaba, y reflexionó acerca del desaprovechamiento de aquel viaje. Esperó que quien lo hubiera llamado —quien le había robado el ascensor— subiera, en vano.

Alguien tardaba más de la cuenta. "Si piensa viajar después en colectivo se demora cargando todas las botellas que trajo preparadas", justificó Barroso. Siguió aguardando, hasta que se impacientó y volvió a apretar. Se le ocurrió que acaso fuera Benavente quien estaba abajo, haciendo tiempo, con el manifiesto propósito de perjudicarlo. Oía, lejanas, voces que seguramente conversaban y se despedían, una desde adentro y otra desde afuera del ascensor, impidiendo que fuera a recoger a Barroso. Apoyó su frente contra la puerta tipo tijera, queriendo mirar hacia abajo, identificar el problema, sin darse cuenta que era inútil. Sintió el frío del metal contra el costado de su ojo, que de algún modo se hacía más intenso por el esfuerzo de dirigirlos hacia abajo. No quiso golpear, ni gritar; la serenidad de la noche constituía una música que no soportaría ninguna interrupción; prefirió esperar oprimiendo el pulsador. Así, se alejó de la puerta y apoyó, con el brazo extendido, su dedo en el botón circular que parecía ignorarlo; como si estuviera realizando una protesta pacífica. ¿Cuánto tiempo esperó? El suficiente para volver a pensar en Benavente, en Carmelo, en el incendio, y en el ascensor que tardaba increíblemente demasiado. Expeditivo, Barroso decidió bajar por las escaleras: casi nunca lo hacía, y por lo tanto le fascinó la idea de calcular primero y medir después el tiempo que le llevaría llegar hasta la planta baja. Sin embargo, como si la realidad quisiera de nuevo provocarlo, apenas dejó de oprimir el ascensor comenzó a descender. Pensó que llegaría hasta su piso, que se encontraría con alguna vecina —fugazmente descartó la posibilidad de que fuera Benavente, quizá porque le habría arruinado el paseo— y vería de frente al culpable; pero se detuvo en el piso inmediatamente inferior. Escuchó cómo abrían, y un momento después cómo cerraban. Entonces Barroso apretó la tecla y prestamente el ascensor estacionó frente al suyo.

En las calles había contingentes de adolescentes que se dirigían hacia las discotecas, parejas que caminaban de la mano y personas solas que pululaban de una vereda a la otra. Los focos de luz de la avenida estaban encendidos de manera intercalada: uno sí y uno no; había semáforos que sólo prendían y apagaban la luz amarilla. En la heladería Barroso pagó su helado y encargó los dos gustos con la convicción de que el empleado atendería respectivamente al orden con que había preferido señalarlos: el primero abajo, el segundo arriba. Pero fue al revés: el último que pidió Barroso fue el primero que el heladero introdujo en el vaso. Muchas veces Barroso le había comentado a Benavente que el temor de los heladeros al olvido determina que sirvan primero el gusto escuchado en último término: al hacerlo, el pedido dejaba de ser una enumeración, liberaban rápidamente la amenaza que se cernía sobre el primer gusto mencionado, despojándolo del otro nombre que momento a momento lo iba cubriendo cada vez más. (Este co-

mentario acaso pueda parecer otra trivialidad, pero también es real.) Cuando lo tuvo en sus manos, a pesar del error, Barroso se reconfortó. Lo miró con ansias, previniéndose del gusto que inmediatamente percibiría en su boca. Saboreó la primera degustación sintiendo que su expectativa se confirmaba. Sin embargo a la siguiente ya se había olvidado, y caminando, levantando esporádicamente la vista de su alimento, volvió a intrigarse por la consistencia de lo que se llevaba a la boca. "Ni sólido ni líquido", pensó Barroso con la misma sorpresa que lo sacudía cuando comprobaba la impermeabilidad de su piel.

En la primera esquina ya sólo guardaba en la boca un recuerdo del gusto, y unos dedos pegajosos que colgaban incómodos; literalmente lo había devorado. Se pasó la lengua por los labios y la comisura, se lamió los dedos. Vagó sin pensar, o divagó sin atender que caminaba; así llegó también sin darse cuenta hasta el límite de su barrio. No había mirado escaparates, tal como se corrigió cuando pensó en eso. En la esquina limítrofe dudó si continuar o emprender la vuelta. Prefirió seguir. Bajó a la calle y apenas sus pies tocaron la calzada un auto que doblaba rozó la punta de sus zapatos. "Un poco más y me pisa", pensó, entendiendo a la palabra pisar de una manera del todo literal: "Como se decía antes", reflexionó.

El otro barrio era más oscuro, aunque también más poblado. Había personas que tomaban el fresco sentadas en los balcones de sus departamentos, había grupos de adolescentes que conversaban sentados en los umbrales o directamente sobre la vereda. "Acera", se corrigió Barroso. Varios tomaban cerveza. En las paradas de colectivos la gente permanecía tensa, preocupada, mirando todos hacia un mismo lado con la intención de descubrir antes que el resto, para estar mejor preparados, las señales de la aproximación. Algunos llevaban bolsos deportivos que hacían ruido a vidrio cuando los apoyaban en el piso, otros querían esconder —sin lograrlo— las botellas vacías en bolsas de nylon o de hacer las compras. Otros, más desembozados, llevaban un par colgando de los picos por entre los dedos. Muchas veces, las mismas botellas que las personas bebían y dejaban despreocupadas en la calle, una vez vacías constituían el salvoconducto para subir a un colectivo. Esto lo constató Barroso cuando veía inclinarse para recogerlas, cobijados por las sombras, a pasajeros que ya tenían preparado el dinero para el pasaje. "La plata para el boleto", consideró. Grupos de niños, a pesar de lo avanzado de la hora, corrían por las veredas, quizá liberados del sueño gracias al calor de sus padres. Había pequeños que andaban desnudos en triciclos bajo la mirada atenta de parejas que tomaban mate en pantalones cortos. En las esquinas había alguno que otro perro que se afanaba en dos patas por alcanzar un contenedor repleto con la basura de la cuadra; cuando Barroso pasaba cerca de ellos giraban la cabeza, y lo observaban, como pidiendo ayuda, desconcertados al resultarles inalcanzable un botín que consideraban propio al provenir de los humanos. Con su rostro los perros manifiestan la perplejidad mejor que los hombres, pensaba Barroso, mirándolos impotentes...

Por momentos, a pesar de la oscuridad, se componían secuencias de miradas más o menos alineadas: los perros observando a Barroso, Barroso mirando a los perros, los jóvenes que tomaban cerveza vigilando a Barroso, a quienes también miraban los pasajeros que esperaban que terminaran de beber pa-

ra llevarse las botellas. En esa zona ya no había escaparates, ausencia que de algún modo era reemplazada por las fachadas de las casas grandes, casas antiguas, deterioradas, cuyas puertas y ventanas, abiertas, permitían observar el hacinamiento y la febril vida sencilla —"Humilde", pensó— de los vecinos. "Conventillo" se habría dicho antes, reflexionó Barroso, cuando recordó la carta de Benavente. Se dijo que los habitantes de los conventillos están más habituados a recibir sorpresas, comparadas con las de las personas como él en quien la previsibilidad había hecho que tuviera otras diferentes, paradójicamente más ingenuas o triviales, pero no menos fundamentales: el agua bañando sus manos, la composición ni sólida ni líquida de los helados. A medida que avanzaba por esa calle el paisaje parecía desordenarse: la línea de edificación era irregular, encontraba sábanas tendidas en las aceras, de las cuales las baldosas que faltaban estaban sosteniendo autos deteriorados y sin ruedas. Las paradas de colectivos parecían centros de reunión vecinales. Barroso creyó ver, por un momento, que los niños que esperaban, junto a sus padres, portaban porrones de cerveza o botellas pequeñas de refrescos. Siguió caminando así, despreocupado, pensando intermitentemente en Benavente y en los días que le esperaban.

El aire era limpio, había cada vez menos ruido, con lo cual las voces que provenían de las casas se escuchaban mejor. La gente parecía caminar aliviada. En una esquina Barroso se detuvo: cruzando la calle comenzaba la oscuridad, una zona no iluminada. Las dos ochavas que inauguraban la penumbra parecían soportar un telón negro, invisible pero eficaz, más allá del cual la escasa luz de las lámparas que pendían sobre la mitad de la calle de hecho no ingresaba. Había una línea definida pero impalpable que dividía la penumbra de la zona iluminada; se veía a personas que de pronto emergían de aquella masa oscura y personas a la cual de pronto sin mediaciones ingresaban, desapareciendo. Barroso estuvo un rato observando, intrigado, por supuesto sin la menor intención de avanzar. Si por un momento imaginó que aquella boca negra que tragaba y expulsaba a personas y a alguno que otro auto constituía una escenografía habitual pero cuyo encuentro quería decir algo del estado en el que él mismo se encontraba, evidentemente se equivocó de medio a medio. Así, se encontró de pronto con la caminata trunca, algo sobrecogido, y sin ganas de volver. Aguardar un colectivo quedaba descartado, no había taxis; sólo restaba regresar caminando.

Ya en la avenida, Barroso quiso entrar a una pizzería que no cerraba nunca. Contra el mostrador vio a hombres comiendo con la mano, delante de vasos medio llenos de un líquido de color cobre que le hizo recordar el vino moscato. "Como se tomaba antes", pensó. En la caja pidió lo suyo pero cuando iba a pagar, revisando los bolsillos cada vez más nerviosamente, descubrió que no le alcanzaba el dinero. Salió perturbado, oyendo a medias las exclamaciones de desprecio del cajero, y percibiendo a sus espaldas las miradas displicentes de los lavacopas. "Ya es demasiado por hoy", se dijo una vez en la vereda, "Esta noche en cualquier momento se convierte en una historia ridícula". Al rato llegaba a su departamento, y al poco tiempo dormía.

[Fragmento de una novela en preparación.]

Réquiem para el puerto

El pensamiento urbano y las transformaciones de la ciudad



Graciela Silvestri y Adrián Gorelik

1. Ningún otro artefacto urbano ha representado tan ajustadamente como el puerto el límite de lo mejor y lo peor que esta sociedad quiso creer de sí misma; sociedad porteña, precisamente; *ciudad-puerto*. Para Martínez Estrada —referencia inevitable en estos casos—, “el punto culminante del drama de nuestra historia y de nuestra realidad”; y más actual todavía: “un frontón en el que nuestra ansia rebota y cae a nuestros pies”². Símbolo por excelencia de una ciudad cuya conformación moderna explica, pero también figura ausente en una sociedad que viniendo de los barcos les dio su espalda, el puerto ha inspirado históricamente cantos eufóricos al progreso y recusaciones airadas a una decadencia que se creyó alimentada por el contacto con culturas y economías ajenas, a las que por su intermedio y por su culpa, Buenos Aires se había entregado entre festejos irresponsables.

Con la creación del ente *Corporación Puerto Madero* y la realización del *Masterplan* para la urbanización de la zona, en cooperación con el Ayuntamiento de Barcelona, parece cerrarse ya el ciclo de poco más de cien años de vida de un puerto fundado sobre la endeble base de la polémica y la sospecha, cuyos pronosticados problemas técnicos y funcionales comenzaron a notarse a poco de iniciadas las obras, y cuyo pri-

mer intento de reemplazo se realizó apenas quince años después de la postergada finalización, inaugurándose allí una larga e ininterrumpida serie de propuestas para su remoción definitiva.³ Cien años de vida, entonces, pero más de setenta de muerte anunciada forman igualmente parte de este ciclo que junto a tantas otras cosa hoy busca cerrarse.

Decíamos que la referencia a Martínez Estrada resultaba inevitable en este caso, pero no sólo por la sugerente lucidez con que leyó ciertos problemas de la ciudad y de la sociedad, entendiéndolos como *problemas urbanos*, sino principalmente por la capacidad de algunos de sus textos de reflexionar culturalmente sobre Buenos Aires; y es ese registro lo que sería deseable recuperar hoy frente a una ciudad que en los últimos años parece empeñada en no pensarse a sí misma, y frente a problemas que, como el del puerto, se obstinan en presentarse desde una estrecha óptica instrumental. Así, si cierta lógica de lo que la ciudad debe ser —con la que sin duda coincidimos— aconsejaría impugnar sin mayores precisiones la propuesta actual para el puerto en tanto se trata apenas de una indisimulada operación de especulación fundiaria en las tierras más caras del país, atendiendo en cambio a la necesidad de un replanteo cultural del pensamiento urbano es que cree-

“(…) ¿Un puerto? Yo he conocido un puerto.
Decir: yo he conocido; es decir: algo ha muerto.”

Raúl González Tuñón¹

mos posible, y deseable, ir más allá de esa legítima reacción; de lo contrario, se corre el riesgo de no trascender jamás la dudosa productiva discusión sobre medios y fines: ¿no sería acaso genuino, para una administración urbana progresista que se encuentra frente al desafío de gestionar una ciudad en crisis terminal, utilizar las pocas instancias en las que el capital privado podría interesarse para generar, por su intermedio, los recursos con los cuales abocarse a resolver otros graves problemas, en caso contrario inabordable? Esto reenviaría necesariamente toda discusión al perfil político de la gestión de la ciudad, y si bien creemos que tal consideración no debe estar ausente del análisis, intentamos precisar en los problemas de la ciudad y del campo disciplinar una dimensión específica, que permita discutir y evaluar proyectos o intervenciones.

Tal intento viene favorecido, en este caso, por las características del grupo de profesionales que está gestionando en la Municipalidad el proyecto de reurbanización de Puerto Madero: se trata de protagonistas activísimos del debate ideológico del campo arquitectónico de las últimas décadas, cuyas opiniones pesaron y siguen pesando y cuyas propuestas urbanas actuales intentan constantemente hacer cuentas con las tradiciones del pensamiento "nacional y popular", del que son en verdad principales mentores.⁴ Y que en medio del pragmatismo neoconservador del menemismo se retenga aún, en algunos ámbitos de gobierno, la necesidad de legitimar las acciones en fundamentos ideológicos —es decir: en tanto acciones políticas y no técnicas—, no parece hoy un dato a desatender. Los temas desde los cuales la propuesta Puerto Madero viene justificada, reconocen una larga historia de conflictos, ideas e intervenciones urbanas: principalmente la asimetría de un sur pobre frente al norte rico de la ciudad; pero también los temas de la "reconquista del río", del rol del centro simbólico y de los espacios verdes en la ciudad. Atendiendo a ellos, estas notas se construyen sobre la certidumbre de que las particulares actitudes con que el *Masterplan* se sitúa frente a esa historia, le-

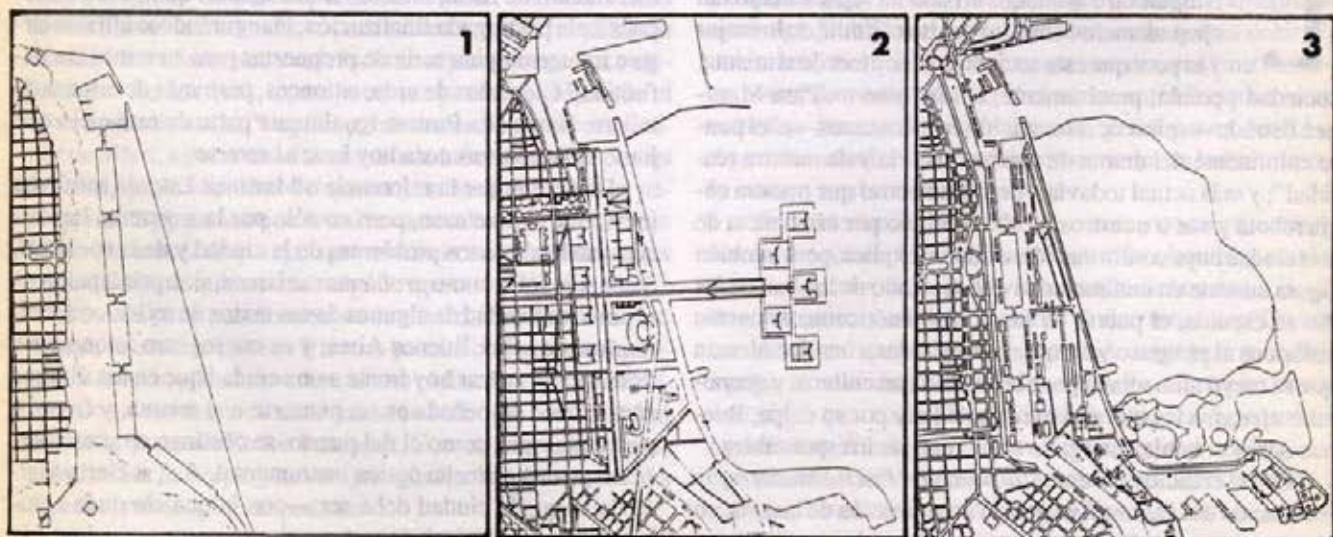
jos de eliminarla la iluminan; pero, sobre todo, que es sólo en el espejo de esa historia donde sus propios rasgos se devuelven con nitidez.

2.

Dos proyectos; dos formas de ver la ciudad y sus problemas, pero también dos maneras de pensar la arquitectura y sus posibilidades: con muy pocos años de diferencia entre sí, se elaboran en esta última década dos propuestas para el Puerto Madero en las que quisiéramos examinar las ciudades alternas que cada proyecto presupone, dos formas de salirle al paso a lo que para cada uno la ciudad efectivamente había resultado; más que como *proyectos*, entonces, como *huellas*. El primero es realizado entre 1980 y 1982 por un consorcio técnico que contrata la Municipalidad, formado por el equipo de urbanistas de mayor trayectoria en el país y por buena parte de los diseñadores más destacados del campo arquitectónico; el segundo es de 1986: una de las propuestas realizadas para el puerto en el marco de la convocatoria "20 ideas para Buenos Aires".

El primer proyecto, tal cual lo indica su propia denominación, está pensando como un *Ensanche del Area Central de la ciudad*⁵. La tradicional trama amanzanada avanza sobre el puerto hasta el borde de la costanera atravesando los diques —que quedan como espejos de agua puntuados por enormes torres a la manera de hitos urbanos en sus extremos—; la propuesta es generar una ampliación de las funciones terciarias del microcentro y, subsidiariamente, equipamientos colectivos —en los viejos edificios ladrilleros de los diques— y vivienda. El resto del relleno sobre el río —la actual "reserva ecológica"— se convierte en un gran parque metropolitano. Alrededor de 170 hectáreas de expansión urbana construida y 400 hectáreas del parque público.

En verdad, este *Ensanche*, proyectado cuando aún la dictadura no presentaba el final que Malvinas precipitó, venía a cumplir viejas premisas del pensamiento planificador de Buenos Aires; tanto es así que el relleno del río, iniciado en 1980



1. Puerto Madero en 1885; 2. Propuesta de Le Corbusier planteada en 1929 pero puntualizada en el Plan Director de 1937-38: el puerto se convierte en equipamiento colectivo y sobre el río se posa una plataforma con rascacielos, la "cité des affaires". Al norte ya se ve construido el Puerto Nuevo; 3. Plano actual del área, con todas las instalaciones del puerto, la Costanera Sur, la Ciudad Deportiva de Boca Juniors al sur y el relleno que inició Cacciatore en 1980 frente a la ciudad;

por Cacciatore con el material proveniente de las demoliciones de las autopistas, era un proyecto que se remontaba a finales de los años cincuenta, cuando durante la presidencia de Frondizi se creó en la Municipalidad la Oficina del Plan Regulador de Buenos Aires (OPRBA) con un equipo presidido por Eduardo Sarraih y dirigido —entre otros— por Odilia Suárez, principales urbanistas en el proyecto de 1980. Plan Regulador que, a su vez, se basaba en gran medida en los diagnósticos realizados por Le Corbusier en su visita de 1929.

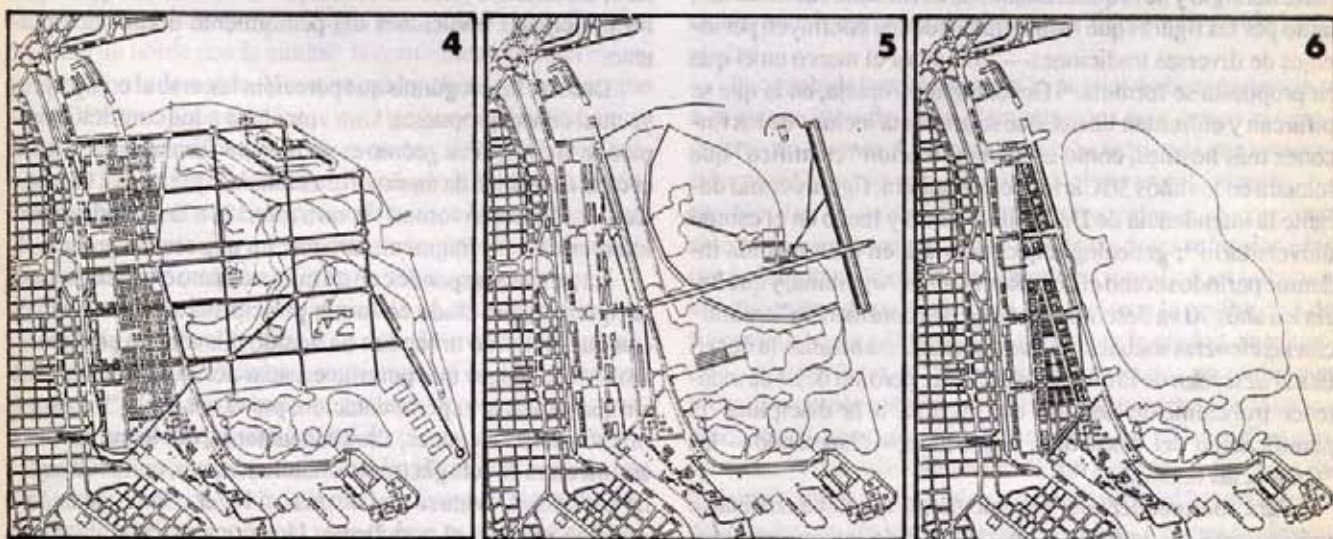
La intuición de Le Corbusier en este tema fue realmente genial: “De pronto —dice recordando su llegada desde Montevideo—, más allá de las primeras balizas iluminadas he visto Buenos Aires. El mar uniforme y plano, sin límites a izquierda y derecha, cielo argentino tan lleno de estrellas y Buenos Aires, esa feroz línea de luz comenzando a la derecha hasta el infinito y huyendo a la izquierda hacia el infinito, a ras del agua. Nada más, salvo, en el centro de la línea de luz, la crepitación de un fuego eléctrico que expresa al corazón de la ciudad. Es todo, Buenos Aires no es pintoresca ni variada. Simple reencuentro de La Pampa y el Océano, una línea iluminando la noche (...)”.⁶ Como contraste fatal de esa visión desde el río, la realidad del centro, con “la gente bloqueada en una ciudad sin esperanza, sin cielo y sin arterias”; y frente a ese contraste, el gran gesto: ganar el río. Recuperar el puerto con equipamientos urbanos colectivos y posar sobre el río una plataforma de cinco rascacielos, la “*cité des affaires*”. Intuición de *re-equilibrar* hacia el este la ciudad descentrada con el simple recurso de construir el punto cardinal que nunca tuvo, resolviendo así un problema que había obsesionado al pensamiento arquitectónico local —cuyas resoluciones pasaban generalmente por proponer un desplazamiento funcional del centro gubernamental hacia el oeste—; intuición arquitectónica que si por un lado se inspira en la sugerente imagen del plano fundacional de Buenos Aires, donde la presencia del Fuerte generaba una vinculación simbólica y material —y al observador actual, *gráfica*— con el río, por otro lado tiene el sumo cuidado de

aceptar —recreándolas— buena parte de las propuestas que lo habían antecedido: principalmente la del paisajista francés Forestier para el Plan de 1925 durante la intendencia de Noel, y el proyecto de conversión de Puerto Madero en parque público del ingeniero Briano⁷.

Estas ideas se plasmarían luego en el Plan Director para Buenos Aires de 1937-38, realizado por Le Corbusier con la participación de los arquitectos argentinos Ferrari Hardoy y Kurchan, impulsores principales en la intendencia de Siri, durante el peronismo, de las oficinas de urbanismo municipal de las que la OPRBA se sitúa como continuadora. Pero entretanto no dejan de hacerse propuestas, como pruebas fragmentarias en el marco de los grandes planes, y ahí se inicia una secuencia de proyectos para la “Renovación urbana del barrio sur” que son los más directos antecedentes del *Ensanche*.

En 1956, Antonio Bonet le presenta al Banco Hipotecario una propuesta para reemplazar la trama de San Telmo por macromanzanas en las que toda la edificación antigua se levantaba, con excepción de los contadísimos monumentos con efectivo valor histórico que quedarían realzados entre el verde.⁸ La aspiración era permitir una expansión del área central sobre el sur para equilibrar la ciudad, quitando ese tapón en que se había convertido un área degradada, hacinada y sin historia frente a la que valiera la pena posternarse.

Estos principios son los que luego toma para el sector el Plan de la OPRBA; y se mantienen en el “Esquema Director Año 2000”, que dirige Juan Ballester Peña en los tiempos de la “Revolución Argentina” —el Esquema Director proponía para la Capital retomar casi literalmente el Plan de la OPRBA, pero su propuesta era mucho más ambiciosa y afectaba a toda la Región Metropolitana—; y vuelven a proponerse como realizaciones parciales en el Plan de Renovación Urbana de la Zona Sur de 1970-71, dirigido por Juan Kurchan. En lo que respecta al sur, aquí la propuesta era más integral: la renovación de San Telmo se la vincula directamente con la reutilización del Puerto, como transmisor “sano” de las funciones ur-



4. Propuesta de la Municipalidad “Ensanche Area Central”, 1980-1982: la trama avanza sobre el puerto y el relleno se convierte en parque público metropolitano; 5. Propuesta del equipo dirigido por Tony Díaz para la Convocatoria “20 ideas para Buenos Aires”, 1986: el puerto se mantiene intacto y todo el proyecto se desarrolla sobre el relleno; 6. *Masterplan* de la Municipalidad, 1990: la trama avanza sobre el puerto y el relleno se mantiene como “reserva ecológica”.

El redibujo de todos los planos fue realizado por Martín Ibarlucea y Roberto Lombardi.

banas desde el norte hacia el sur, procurando homogeneizar todo el viejo casco central de la ciudad en torno al eje de la Avenida de Mayo. Son intervenciones a gran escala, que proponen una modernización radical; fundamentalismo desarrollista que no tardará en encontrarse con su opuesto, el fundamentalismo conservacionista, que va a plantar también en el barrio sur sus banderas.⁹

Para los años sesenta, la clave para entender estas propuestas es la *Modernización*, y es por eso que el sur tradicional—y con él el Puerto— son las áreas sobre las que las intervenciones buscan centrarse. Desde principios de siglo la apuesta de las intervenciones públicas para el sur había sido, por el contrario, el sur “nuevo”, que comenzaba a desarrollarse en toda la franja del Riachuelo desde Parque Patricios hacia Lugano; un sur vinculado a una industria ya moderna y en el que se creía posible la evolución de “barrios obreros modelos”, que compensaran en parte el desequilibrio de la ciudad hacia el norte—aunque más no fuera como “espejos degradados”—pero también que hicieran de alternativa frente a lo que se percibía como el envilecimiento incorregible del sur tradicional—San Telmo, Barracas, La Boca—;¹⁰ apuesta que en los años treinta favorece un importante florecimiento de la zona y que buena parte de las intervenciones del peronismo en la ciudad profundiza. Pero estabilizado este suburbio, la modernización hacia fines de los cincuenta cambia de signo y de objeto; las miradas se vuelven al centro y encuentran una mole congestionada, obstruida hacia el este y el sur. Y es hacia allí donde se piensa el “desahogo”.

Plan del 25 (y sus antecedentes); Plan Director de 1937-38; Estudio del Plan de Buenos Aires, continuando el anterior durante el peronismo; Propuesta de renovación del barrio sur al BHN en 1956; Organización del Plan Regulador en 1957 y su Plan Director de 1958-65; Esquema Director Año 2000 de 1967-69; Plan de renovación de la zona sur de 1970-71: apenas los ejemplos más destacados para trazar una genealogía del pensamiento urbano en Buenos Aires, que recorre buena parte del siglo y de la que el *Ensanche* es sin duda culminación, tanto por las figuras que lo integran—donde confluyen personajes de diversas tradiciones—, como por el marco en el que su propuesta se formula.¹¹ Genealogía compleja, en la que se bifurcan y enfrentan líneas, que se alimenta incluso de los rincones más hostiles, como es la planificación “científica” que iniciara en los años 30 Carlos della Paollera, figura central durante la intendencia de De Vedia y Mitre y luego en el campo universitario¹²; genealogía que atraviesa en gran medida indemne períodos como el de la Revolución Argentina, y que hacia los años 70 va desembocando en una confluencia “natural” con las ciencias sociales, en tanto aparecía como una vía de crítica al *desorden* de la ciudad capitalista, pero sin dejar de mantener troncalmente aquello que definía a la disciplina: la planificación del desarrollo, ordenando—respetando— las “tendencias naturales”.¹³

Para comprender esta genealogía tal vez deba analizarse previamente esa intrincada continuidad de intenciones, que atraviesa gobiernos y se encarna en figuras del todo diversas, y cuya clave puede residir en la inercia de larga duración de las ideas en la ciudad tanto como en la multiplicidad de significados que el término planificación ha sido capaz de asumir. Ya

que si durante mucho tiempo atrajo al progresismo arquitectónico, en tanto se veía a la planificación como la consumación social de la arquitectura y en tanto como mito fundante de la arquitectura moderna se encontraba la homologación absoluta entre “socialismo” y “plan”—en la que los contenidos del primero se disolvían en las recetas del segundo—; simultáneamente, la idea de planificación fue formando parte indisoluble de los integrismos organicistas—de los que seguramente Onganía es el mejor ejemplo—, y la atracción que las posibilidades de un estado fuerte y discrecional brindaban a una disciplina que no puede imaginarse sin una gran disponibilidad de recursos y poderes, fue cada vez mayor.

Continuidad de intenciones que irá dejando marcas profundas en la ciudad, con realizaciones parciales así como con ideales a cumplir; entre los primeros, las avenidas 9 de Julio y General Paz, la Costanera norte, la Ciudad Universitaria, Catalinas norte y Catalinas sur, el Parque Almirante Brown, los conjuntos de Lugano y Soldati, el Cinturón Ecológico; entre los ideales incumplidos: la “renovación urbana” del barrio sur, la expansión sobre el río. Proyectos truncos, muñones, retazos todos de utopías fragmentadas que convierten la ciudad real en un *patchwork* entre cuyas partes siempre reinó mucho más el conflicto irresoluble del montaje que la ingeniosa armonía del *puzzle*.

3.

Por contraste con el amanzamiento del *Ensanche*, apenas dos trazos sutiles definen al segundo proyecto que presentamos, el de 1986, realizado por el equipo que dirigió Tony Díaz (Díaz, Ibarluéa, Gil, Silberfaden, Fernández de Luco) para concursar en las “20 ideas para Buenos Aires”.¹⁴ Un trazo que perpendicular a la Costanera Sur parte de ésta para atravesar todo el relleno y construir en el río otro trazo, nueva costanera desplazada; entre ambas costaneras, la nueva y la vieja unidas por el largo espigón, el relleno se convierte en parque, y eso es todo el proyecto: un espigón, una costanera, un faro, un canal. Gestos mínimos que clausuran abruptamente las principales tradiciones del pensamiento urbanístico porteño.

Dos son las preguntas que pareciera hacerse el equipo proyectual con su propuesta. Una vinculada a los conflictos propios de la disciplina: ¿cómo experimentar formalmente sin caer en la frivolidad de un experimentalismo que toma a la arquitectura *sólo* como forma?; la otra referida a la ciudad: ¿cómo intervenir en un fragmento urbano, en una ciudad en crisis?

La primera responde con un minimalismo extremadamente riguroso, que elude en forma principista todos los clichés con que el diseño urbano se ha venido manejando en los últimos años.¹⁵ Rigor que permite escapar del experimentalismo sin abandonar la experimentación; por el contrario, la exaspera, escapando entonces, simultáneamente, del lugar donde la arquitectura se refugia tradicionalmente para, evitando aquella frivolidad, evitarse a sí misma: el lugar común de la descripción realista, el populismo. Una composición abstracta, pero que se funda en un análisis sumamente preciso—y crítico— de las necesidades y de las condiciones del sitio y del programa; una escuadra severa, que actúa por oposición al medio natural, realizándolo sin artificializarlo ni mimetizarse.

Sólo volviendo a reparar con humildad en las reglas básicas de la disciplina — parece decirse — se pueden superar las aporías del compromiso y la vanguardia.

Pero es en la respuesta que encuentra a la segunda pregunta —¿cómo intervenir en la ciudad?— donde el proyecto del equipo de Díaz permite trazar comparaciones con el *Ensanche*, en tanto sería difícil hablar de este último en términos de arquitectura: su lugar natural es la planificación; su principal justificación, una idea abstracta de ciudad en la que, como en el urbanismo tradicional, la arquitectura —en el mejor de los casos, y éste es uno de ellos— hace de *imagen*.

Una de las diferencias centrales que podrían notarse entre ambos planteos, en principio, es que contradiciendo el rol estratégico que ya el Plan Regulador de la OPRBA había definido para Puerto Madero, como desahogo del crecimiento del sector terciario —que se veía inevitable—, el proyecto de Tony Díaz recupera casi con exclusividad la función recreativa del área, proponiendo además, contra una operación faraónica, una escala de intervención mínima. Esto se desprende de la economía de recursos que prevé para la puesta en marcha de su proyecto: en una primera etapa sólo se remodelaría y mejoraría la Costanera sur existente, se sanearían las aguas y se cavaría el canal, se parquearía el relleno y apenas se iniciaría el trazado de la pequeña zona administrativa y comercial que coloca al final del relleno. Se trata de recuperar un lugar verde para la ciudad, un uso del río como el que daba la vieja Costanera sur, y para eso hace falta muy poco.

Pero más interesante aún que su programa, son las sugerencias que se desprenden del propio trazado: que se desarrolle íntegramente desde la Costanera sur hacia el río, evitando toda intervención en la ciudad existente y en el puerto propiamente dicho —lo que en la presentación original se enfatizaba mediante el recurso de montar la propuesta sobre un plano de la Gufa Filcar—, es lo que permite extirpar de raíz lo que hasta entonces había sido la preocupación definitiva para la remodelación del área, la *continuidad* con la ciudad. Manteniendo el puerto como está —capitalizando, en suma, la riqueza de un paisaje industrial hoy desaprovechado sólo por disposiciones administrativas que restringen el ingreso— se define con claridad un borde con la ciudad: la continuidad no sólo es imposible sino indeseable. Y esto se evidencia sobre todo, en que el de Díaz es el único de los proyectos que históricamente se han hecho para el área que se despreocupa de realzar el eje monumental de la Plaza de Mayo; es más, lo niega, mencionándolo apenas, y sin continuidades físicas, en la pequeña trama análoga que construye sobre el río. Todo el proyecto se estructura exclusivamente con referencia al río y a la costanera.

Esta obstinación en pensar aislada un área cuyo principal problema proyectual (y técnico, ya que la continuidad es muy difícil y costosísima) pareció ser siempre el de cómo integrarla a la ciudad, es sumamente sugerente; pero justamente porque, a pesar de lo que una actitud de ensimismamiento como ésta podría hacer presuponer, lleva implícita una cantidad de hipótesis para el conjunto de la ciudad. En primer término, definir que el único rol posible para el área es el de parque metropolitano es una bofetada a la lógica del mercado, ya que dispone un espacio *superfluo* para las tierras más caras de la ciudad. No es preciso seguir creciendo hacia el río, dice enfática-

mente frente al optimismo confiado del *Ensanche* que mantenía el residuo desarrollista de proyectar, en los ochenta, una expansión del terciario en la que se confiaba a fines de los cincuenta; no es éste el lugar de la ciudad donde deba darse un “desarrollo”, dice entonces, señalando implícitamente que hay otros sitios donde se hace más necesario intervenir, y no precisamente para construir oficinas.

El puerto de Tony Díaz se hace cargo de la necesidad de poner en cuestión la relación orgánica entre planificación y desarrollismo, como primer paso para poder comenzar a pensar una ciudad en crisis. Por supuesto que esto se vincula con el *descubrimiento* de la gravedad de la crisis que el inicio de la transición democrática produjo; y sobre todo, con el marco más específico de la ruptura con la tradición de la planificación urbana que la convocatoria “20 ideas para Buenos Aires” intentó generar, incorporando a la discusión local las experiencias que hacía tiempo ya se venían produciendo en Europa, con el hito central de las transformaciones urbanas en la Bolognia comunista, pero con referencias más inmediatas en las experiencias de recuperación del protagonismo de la arquitectura en los temas urbanos frente al tradicional predominio de la planificación cuantitativa y metodologista: Barcelona, Berlín, Roma y, sobre todo, las “50 ideas para Madrid” cuyos organizadores colaboraron con las “20” de aquí.

Las dos premisas centrales que esta convocatoria incorpora son la recusación del plan general a favor de las intervenciones fragmentarias, a pequeña escala, y la recusación de los modelos abstractos a favor del “diseño urbano”. La primera tiene que ver con el tema más general que en su versión local terminó formando parte del clima de época del alfonsinismo: la preferencia por los temas micro frente a lo que se consideraba como la impotencia de las grandes hipótesis; lo que despectivamente una oposición que no imaginaba su destino llamó “posibilismo”. La segunda se vincula con las transformaciones de la disciplina a fines de los sesenta, en las que el libro de Aldo Rossi, *La arquitectura de la ciudad*¹⁶, sobresale como momento fundante: revalorización de la trama tradicional de la ciudad, de sus tipologías y monumentos; recuperación para los arquitectos del pensamiento y la acción en la ciudad.

Pero debido posiblemente a lo parcial de la experiencia y a lo pragmático de su implementación, esos temas no produjeron en Buenos Aires una agitación teórica ni una renovación atendibles; lo que sí provocó el principal impacto, en cambio, fue la modalidad de la convocatoria: el concurso abierto de proyectos para cada una de las áreas seleccionadas por la Municipalidad. De este modo se movilizó un volumen impresionante de profesionales que tuvieron la posibilidad de formular y hacer públicas sus ideas sobre la ciudad, suscitando —aunque fuera sólo momentáneamente— un clima que prometía romper con el desánimo de la arquitectura en los años precedentes; pero, además, de este modo las “20 ideas” se presentaban como reivindicación de los instintos más caros de una profesión bifronte, que si como planificación se enamora del estado —y de su capacidad enérgica—, como profesión liberal en cambio lo aborrece, lo que ha convertido a los concursos públicos en la bandera más consecuente y unificadora de la tradición institucional.

De todos modos, la propuesta de Tony Díaz para el puerto va bastante más allá de este marco general, y no sólo en su radical renuncia a cierto aire festivo que caracterizó este efímero episodio. No vuelca todos los recursos en su fragmento esperando que una instancia superior —nuevamente el Plan— defina sus prioridades en relación al resto; éste es un fragmento consciente de su valor relativo, que provocativamente se define como superfluo, como puro espacio público que como tal debe ser protegido de la voracidad de una especulación fundiaria que no reconoce límites.

Y esto conecta la propuesta, finalmente, con una modalidad de intervención, espontánea, que el poder público supo darse en Buenos Aires en los momentos de grandes transformaciones, para contrarrestar un *laissez-faire* que ideológicamente sostenía pero cuyos efectos disolventes no podía aceptar, en tanto negaban de plano toda factibilidad a la ciudad orgánica que tenía como modelo. Así se ha comenzado a investigar un urbanismo pragmático cuya principal obsesión en las primeras décadas del siglo era paliar los efectos urbanos más evidentes de la acción de una inversión privada particularmente remisa al beneficio colectivo; la modalidad con que esto se intentaba, era la de confiar en la capacidad generativa de los espacios públicos, los que se disponían mediante intervenciones puntuales en los resquicios que se le podían arrebatar a la especulación: parques, plazas, boulevards. Verde urbano que demostró con el tiempo tener una potencialidad cualificadora y generadora de identidad en nuevos tejidos que debían sobrellevar su homogeneidad anodina; verde urbano que era pensado no sólo como espacio higiénico, sino —a la manera de la mejor tradición del *Civic Art*— en tanto lugar privilegiado de socialización.¹⁷

Con una arquitectura para el fragmento que no deja de pensar la totalidad, Tony Díaz se conecta con estas experiencias de “intervenciones puntuales” en varias vocaciones comunes. Aunque el que lo haga desde un lugar destacado de la disciplina y no desde un pragmatismo moralizante, no es un dato menor, sino que completa su actitud frente a la ciudad y a las circunstancias presentes del pensamiento arquitectónico. Presenta así una arquitectura que acepta minuciosamente las condiciones de la realidad, pero sin reducirla a la realidad del mercado: la renuncia al rol mesiánico del arquitecto no tiene porqué significar un abandono complaciente en los brazos de las “tendencias naturales”, sino la recuperación consciente para la arquitectura de su territorio más vital y más crítico, el de la cultura.

4.

Si el Puerto Madero fue hace un siglo uno de los engranajes en los que se montó el proceso de segregación norte-sur, su reemplazo haría posible hoy la *reconciliación*: de tal modo puede sintetizarse el enunciado básico con que viene presentado el *Masterplan* de la *Corporación Puerto Madero* para la urbanización del área.¹⁸ Reconciliación múltiple, en verdad: entre el sur y el norte, entre el centro y los barrios, entre la ciudad y su río. Las ya clásicas hipótesis de Scobie sobre el conflicto Huergo-Madero se han funcionalizado para una intervención operativa que quisiera adoptar la perspectiva de Huer-

go: la defensa del sur.¹⁹ Pero en esta reconciliación se hacen presentes también las hipótesis de las principales líneas de la planificación urbana que culminan en el *Ensanche*: reconquistar el equilibrio perdido, utilizar al puerto como polo de desarrollo, como transmisor de funciones y de cualidad urbana desde el norte hacia el sur.

De este modo, no asombra que la urbanización propuesta por el *Masterplan* se presente en líneas generales con imágenes análogas a las del *Ensanche*: el amanzanamiento de la ciudad que se extiende sobre el puerto procurando generar continuidad entre lo nuevo y lo existente, intención que se evidencia en la prolongación de las principales avenidas hacia el río y en el tratamiento monumental para la extensión del eje de la Plaza de Mayo. Y sin embargo, hay una serie de elementos que diferencian ambos proyectos lo suficiente como para impedir un traslado directo de las críticas implícitas a esas ideas que surgieron del análisis del proyecto de Tony Díaz.

En primer lugar, la implantación: el *Masterplan* termina en la Costanera sur sin intervenir en el relleno —apenas esboza un canal entre el puerto y el relleno como para sugerir que la vieja costanera volverá a tener agua y, por ende, que con el nuevo proyecto efectivamente se acercan a ella—. Esto es importante como diferencia, porque el *Ensanche* presentaba sus 170 hectáreas de sector urbanizado en directa vinculación con las 400 hectáreas de parque metropolitano, como un ensanche no sólo del terciario, sino también del verde público, escaso por cierto en esta ciudad; el ideal de un parque metropolitano es lo que dio origen al relleno treinta años atrás, y sobre esa inercia se constituye el *Ensanche*. Manteniendo la “reserva ecológica” como tal, en cambio, el *Masterplan* renuncia al verde público en beneficio de cierto “microclima” y sus especies vegetales nacidas de los cascotes de Cacciatore a metros de la Plaza de Mayo.

En segundo lugar, el programa: el *Masterplan* propone la creación predominante de vivienda de alta, media y baja densidad (desde torres hasta viviendas de poca altura) en ubicación decreciente hacia el río; y esto es una explícita revisión —también presente en el proyecto de Díaz— de la confianza en una expansión del terciario, clave en el *Ensanche*.

En tercer lugar, la posición frente a la gestión urbana: los mentores del *Masterplan* forman parte de la experiencia setentista de crítica al absolutismo de la planificación tradicional, y es indudable que la propuesta —compartiendo en gran medida el sentido de las “20 ideas”— no intenta explicarse en plan alguno, sino que se ofrece como acción puntual para responder a un diagnóstico acotado.

Por último, la definición de los actores de la gestión: el *Masterplan* transforma por completo la clásica oposición entre planificador-estado por una parte, y arquitecto-profesión liberal por la otra, criticando las figuras tradicionales de arquitecto comprometido y arquitecto reformador; el diseño de la operación *Masterplan* incluye como pieza esencial de su factibilidad la figura novedosa del promotor: una figura capaz de promover “un nuevo proceso de desarrollo, es decir (...) capaz no solamente de diseñar bien, sino de armar negocios y de armar negocios que signifiquen trabajo, que signifiquen movimiento económico, que signifiquen convencer a otros de asumir riesgos, que signifiquen salir de la recesión”.²⁰ Una figu-

ra que hace no mucho hizo su aparición en el mundo de los negocios urbanos en Buenos Aires, y cuya publicidad principal se debe al éxito rotundo de los shopping-centers.

Estos son algunos de los elementos *realistas* que incorpora el *Masterplan* y, en gran medida, es la forma en que los selecciona y enuncia lo que explica semejanzas y diferencias con las experiencias anteriores. Si se proponen ideas fuerza similares a las de la tradición disciplinar, los mecanismos para lograrlas eluden en cambio a los trazados habitualmente para abrirse a las nuevas pautas que se imponen; ideología y realismo se dan la mano en un encuentro afortunado: tal parece ser la imagen oficial de una operación que se refiere a la crisis urbana con premisas ideológicas tradicionales y a la crisis general con mecanismos de gestión originales, prometiendo convertir en virtuoso un círculo que suele no serlo.

Y es esto, sin duda, lo más novedoso del *Masterplan*, la crudeza con que expone una serie de cuestiones a las que se venía, de un modo u otro, evitando: la presencia de nuevos procesos económicos y sociales que atraviesan la ciudad, de los que el shopping es emblemático; la crisis del pensamiento sobre la ciudad; la crisis de los instrumentos clásicos de intervención y la del rol del estado que los definía. Y es también indudable que la mayor parte de las críticas que se le formulan, provienen de lugares en los que parecería que no se ha percibido la existencia rotunda y transformadora de algunas o de todas esas crisis o, peor aún, desde lugares donde, habiéndolas percibido, no se imaginan propuestas que no impliquen —garanticen— la restitución de un estatuto imposible.²¹

Todo esto los lleva a presentar su gestión como el recorrido incierto por un territorio en ruinas, en el que se diseminan impotentes y mutiladas tradiciones, instrumentos, corpus disciplinares, ideales, a los que sólo una perspectiva realista logrará reavivar seleccionando —eclectica y desenfadadamente— potencialidades y rémoras. El análisis que queda, entonces, no puede sino centrarse en la relación entre aquellas ideas fuerza que se siguen proponiendo y los mecanismos por los cuales se diseña su resolución.

El sur, principalmente. Hablábamos de reconciliación, y aquí las hipótesis del conflicto Huergo-Madero para la implantación del Puerto hace poco más de un siglo, leídas del libro de Scobie en clave de la sociología populista, han jugado un papel central, porque simplificando el conflicto entre un "bando del sur" y las "preferencias nortistas de la Intendencia" se ha ocultado que mientras la reconciliación supone homogeneización, adoptar la perspectiva de Huergo hubiera implicado en realidad reproponer el proyecto de un sur especializado, industrial, la idea de una ciudad *complementada*, con un sur industrial y un norte residencial; idea que se vinculó en su momento con la creación del Dock Sud, con las sucesivas propuestas de rectificación del Riachuelo, o con el proyecto de crear una extensísima ciudad industrial donde hoy está el Parque Almirante Brown. Y si esta tradición se enfrenta con otra, no será precisamente Madero su ejemplo; será una tradición que podría remontarse a las primeras concepciones rivadavianas, que se alimenta de diversos higienismos, y que será muy fuerte en el pensamiento municipal: la idea de una ciudad *homogénea*, sin sectores especializados, en la que espacios públicos, servicios y cualidades ambientales se distribuyeran

"justa y equitativamente". Y allí residen, en ese enfrentamiento, dos líneas opuestas de interpretación —ambas hoy clausuradas por la crisis— de cómo debía ser la ciudad. Una se agota como posición cuando en los años cuarenta las nuevas condiciones localizan la industria en la General Paz y en los sesenta en la Panamericana, dejando trunco el "Proyecto Riachuelo" que, con la reciente rectificación de su tramo Pompeya-La Noria, se proponía cumplir al fin con su destino de espina industrial metropolitana; la otra continúa los ideales homogeneizadores de la tradición municipal pero los funcionaliza al marco desarrollista. La primera se refería al sur que antes denominamos "nuevo", que acompaña al eje del Riachuelo, que va creciendo al compás del desarrollo de sus industrias, desde el sur hacia el suroeste, y que hasta los años setenta llegó a tener cierta pujanza; la segunda es la que comienza en los años cincuenta a proponer la "renovación urbana" del barrio sur tradicional, donde se sucederán la serie de proyectos que reseñamos, con el afán de convertir todo el casco de la ciudad en una city moderna.

Reconocer la simplificación desarrollista que se deriva de la planificación tradicional y la simplificación populista que se deriva de la interpretación del conflicto Huergo-Madero como conflicto de intereses "locales", implica reconocer al sur como "proyecto trunco", en el que se realizaron fragmentariamente tanto las dinámicas de un *laissez-faire* que diseñó la especialización productiva para el área, como las utopías urbanas homogeneizadoras. Lo que hoy quedan son fragmentos degradados, tanto en el sur tradicional como en el "nuevo". Hoy el sur no puede pensar su desarrollo en la especialización porque ya no hay industria, sino pobreza; y tampoco se puede volver a intervenir pensando en una homogeneización que expanda los modelos de un centro que ni crece ni se desarrolla, y que no convendría que lo hiciera, si estimamos que en medio de la crisis urbana lo único que permite que esta ciudad siga funcionando parece ser la baja actividad general que provoca la crisis económica.

Si intervenir en el sur es verdaderamente un objetivo, ya no se pueden "inferir" procesos de desarrollo para toda esa área hoy unificada que va desde Barracas hasta Lugano, desde un lugar tan marginal a sus problemas y necesidades actuales como el puerto; pero si eso ya se le podía criticar al *Ensanche*, imposibilitado de desvincularse de una tradición que le indicaba su programa, ¿qué decir ahora, cuando por añadidura lo que se proyecta para el área son viviendas para sectores de altísimo poder adquisitivo? ¿Cómo impedir que, a la manera de los nuevos procesos de concentración económica que está viviendo la ciudad, eso se convierta simplemente en un recinto cerrado y protegido de la creciente miseria del entorno? Tal vez sólo la creación de un *espacio público*, como el del proyecto de Tony Díaz, podría oponerse a esos procesos, sin plantearse para el sur nada más que la posibilidad de que otros proyectos, específicos para cada área y con la misma escala de intervención del de Díaz, a tono con la crisis de toda la ciudad, se den sus soluciones.

Lo que aparece entonces, del *Masterplan*, es que en su *concurrencia realista* a ideales y tradiciones urbanas, no hace más que invertir las formas y los contenidos de cada uno de ellos. Se invoca a la intervención puntual, como en las visiones an-

tiplanificadoras, pero el contenido crítico que aquellas presentaban, frente a la funcionalidad de la planificación a las "tendencias naturales" de la especulación, es invertido, colocando en un área central —y aún invocando la recuperación "para el pueblo" del río— aquello más funcional al mercado inmobiliario actual: vivienda de lujo, un negocio seguro; la intervención puntual ya no como recurso contra el *laissez-faire*, sino como su potenciación desprejuiciada. Se invocan postulados clásicos de la planificación, como la integración del nuevo puerto a la ciudad, pero se lo destina prioritariamente a una función cuya única posibilidad en las condiciones que viene definiendo la crisis, es convertirse en un recinto aislado, privatizado, tal cual hoy se aísla y protege —con muchas más dificultades de las que va a ofrecer el emplazamiento del puerto— sectores completos de los barrios ricos (y no tan ricos, si recordamos los saqueos). Se invoca el fin de la planificación absolutista, pero no se la reemplaza con diseño urbano sino con un *modelo abstracto* (así viene definido el *Masterplan*) en el que los que diseñan son los inversores (y eso tal vez pueda ser finalmente la "participación"). Se invoca la crisis de la ciudad, pero se recurre a los motivos ideológicos desarrollistas de una disciplina que no se renovó desde aquellos años en que el desarrollo parecía un destino inevitable. Se invoca el fin de las figuras clásicas de planificador y arquitecto, pero para potenciar en la nueva figura de promotor lo que eran sus respectivos vicios: el susurro en el oído del poder al margen de cualquier deliberación colectiva, y la concepción de la ciudad como campo arrasado de los negocios por fuera de cualquier control en función del bien común. La disolución de la Arquitectura que se proclamaba en los años sesenta ha llegado al fin; pero no es la "ciudad liberada" lo que ha venido a darle el golpe de gracia, sino la "ciudad de los negocios", tan implacable como aquella pero más sólida.

5.

"Cada quien debe quedarse en su barrio", sentenció el muchacho a su padre, pizzero italiano que se obstinaba en mantener el negocio en medio del barrio negro; y con esa frase anticipaba la moraleja de una catástrofe inevitable: todos los vecinos que habían crecido comiendo esas pizzas, prácticamente compelidos por el espiral de violencia natural en la gran ciudad, terminan por quemarle y destrozarle el negocio. En la ciudad están todos contra todos, nos dice Spike Lee en su "Haz lo correcto": los italianos contra los negros, los negros contra los chicanos, los chicanos contra los coreanos; y no hay nada que hacer: todos tienen tanta razón y tanta necesidad que la desgracia, como en la tragedia griega, es el único desenlace esperable.

Treinta años después del impactante fresco urbano que nos pintara Jane Jacobs en el ya clásico *Muerte y vida de las grandes ciudades*²², sosteniendo el ideal de una ciudad armónica y abierta, en la que la convivencia racial y el ascenso social generaran barrios homogéneos y seguros, con comunidades pacíficas en su diversidad, se ha dado una vuelta de campana en la que se presenta una ciudad de ghettos enfrentados, ni siquiera en cuyo interior la solidaridad es posible.

Cuánto de verdad había en el populismo optimista de la Ja-

cobs y cuánto en el cínico de Lee, no es demasiado importante; ni tampoco que la ciudad en ambos casos fuese Nueva York. El ciclo que entre los dos se completa nos parece que define muy ajustadamente al actual cruce en el pensamiento urbano de la gestión municipal en Buenos Aires: se piensa —y se propone— el discurso ideológico de la Jacobs; se construye —y se gestiona— la ciudad de Lee. Y tal vez para lo único que sirva hablar aquí de Puerto Madero sea para tratar de entender porqué se propone la reconciliación y se construye un ghetto.

Por supuesto que eso tiene que ver con procesos de transformación que atraviesan Buenos Aires y exceden al control o la voluntad de los intelectuales y los técnicos que participan hoy en la formulación de la gestión de la ciudad: la privatización del espacio público no es un privilegio exclusivo de lo urbano, aunque en este ámbito tienda a evidenciarse más cotidiana y dolorosamente, más físicamente.²³ Sin embargo, entre la reconciliación y el ghetto creemos entrever también una relación de confluencia entre la ideología con la que se venían sosteniendo ciertos ideales, y el realismo con el que se asumió la gestión. La primera hablando de la calidad poética, espacial y social de los barrios, alimentando la nostalgia por la ciudad que la modernización arrolló y juramentando su reconquista: ideología como realismo mágico; el segundo componiendo las estrategias y las figuras para un desarrollo cada vez más injusto, cada vez más diferenciado, cada vez más contrastado: realismo como *realpolitik*. Puntos de llegada que hoy aparecen como confluentes en una ideología que adopta los realismos como forma de asumir su nuevo ropaje de conservatismo político.

Helio Piñón escribió que la autonomía social y política del arte como compensación de su heteronomía mercantil había sido siempre denunciada y contestada por las vías del compromiso y la vanguardia: si tal autonomía no es más que una fachada, sus fundamentos últimos debían ser desnudados²⁴. El camino del compromiso fue rechazar la autonomía convirtiendo el arte en política, es decir, transformando la heteronomía mercantil en otra heteronomía, la política. La asunción del conservatismo político en nuestros realistas que alguna vez conocieron esas formas del compromiso, los hizo regresar de la política por el camino inverso, en el que lo único que no ha variado es el realismo: del realismo comprometido con que se contestó la heteronomía mercantil del falso arte, al actual realismo, también *comprometido*, que los devuelve de la heteronomía política a la autonomía que contestaban, la del arte pero, también, la del mercado. Si se conocía el ocultamiento, ya no hace falta repetirlo; sólo aceptarlo en su verdad: de la política a la magia y el mercado, tal el camino de una corriente que alguna vez se pensó como motor de la transformación, en una ciudad que alguna vez se quiso justa.

Esta ciudad ha conocido proyectos y utopías, gestiones y transformaciones, que hoy apenas se vislumbran; la arquitectura ha conocido formas de incidencia crítica en el marco de la cultura que le permitieron recusar las ideologías de otros realismos, probar los límites del compromiso y la vanguardia. Reseñar algunas de esas experiencias quizás pueda contribuir a que, a diferencia del puerto, decir han conocido, no quiera decir que han muerto.

Los autores desean agradecer los comentarios que sobre una primera versión más extensa realizó Beatriz Sarlo, así como los que hicieron ya sobre la versión final Jorge Myers y Fernando Aliata.

¹ Raúl González Tuñón, "La calle del agujero en la media", Buenos Aires, 1930.

² Ezequiel Martínez Estrada, *La cabeza de Goliat*, Buenos Aires, 1930.

³ El contrato para la construcción del Puerto Madero se firmó en 1883, comenzó en 1886 y finalizó en 1898, en un clima de denuncias contra la lentitud de las obras, contra las ganancias extraordinarias de los concesionarios y la corrupción de los legisladores y, sobre todo, contra las deficiencias del sistema portuario adoptado de diques paralelos a la costa. A mediados de la década del diez comienza la construcción del Puerto Nuevo, para solucionar algunos de esos problemas, al norte del Madero y con diques perpendiculares a la costa tal cual lo había propuesto Huergo con su proyecto rechazado. Ya a finales de los 20 se hace el primer proyecto para convertir todo el Puerto Madero en un parque público (ingeniero Briano). Sobre los conflictos en la construcción del puerto hay abundante bibliografía especializada (sobre todo fuentes de la época), pero quien rescató la polémica y le dio actualidad en la historiografía fue James Scobie, *Buenos Aires, del centro a los barrios, 1870-1910*, Buenos Aires, 1977 (Oxford, 1974). Scobie le da al conflicto una interpretación original que vincula la construcción del puerto con el tipo de desarrollo que adquirirá de ahí en más Buenos Aires, en el que se priorizará el crecimiento hacia el norte, mientras que la propuesta de Huergo priorizaba la zona sur de la ciudad. Esta es una hipótesis que no podemos discutir aquí, pero cuya incidencia en el pensamiento urbano contemporáneo abordaremos más adelante.

⁴ En este caso se trata, principalmente de Alfredo Garay, Secretario de Planeamiento y Jorge Moscato, Consejero del CPU y a cargo del equipo de proyecto del *Masterplan*.

⁵ Véase "Ciudad de Buenos Aires. Extensión Área Central", *Summa* 237, Buenos Aires mayo 1990, memoria muy detallada de los trabajos realizados bajo la Dirección General de la MCBA en el Consejo de Planificación Urbana entre 1980 y 1982 por un equipo que en la dirección de los diversos niveles de proyecto reunía figuras como Juan Ballester Peña, Mario Roberto Alvarez, Ernesto Katzenstein, Odilia Suárez, Eduardo Sarraih, etcétera.

⁶ Le Corbusier, "El Plan Voisin de París", Novena conferencia, Amigos del Arte, Buenos Aires, 18 de octubre de 1929. Todas las conferencias de Buenos Aires fueron publicadas con un "Prólogo americano" en *Precisions, sur un état présent de l'architecture et de l'urbanisme*, París, 1939; para un análisis crítico de su estadía en Buenos Aires y de las gestiones y trabajos que concluyeron con el Plan Director de Buenos Aires de 1937-38, cfr. el completísimo trabajo de Pancho Liernur y Pablo Pschepiurca, "Precisiones sobre el viaje de Le Corbusier a América Latina", *Summa*, Buenos Aires, diciembre de 1987.

⁷ Cfr. Pancho Liernur y Pablo Pschepiurca, op. cit.; sobre el tema de la discusión sobre la relocalización del centro gubernamental, cfr. Pancho Liernur, "Área central norte. Reflexiones para una crítica", *Summa*, Buenos Aires, 1981.

⁸ Esta propuesta es muy interesante porque Bonet, arquitecto español radicado en Buenos Aires, miembro de los CIAM (Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna) ya muestra el giro del urbanismo que le critica al racionalista de la preguerra (la Carta de Atenas) su insensibilidad frente a la vida urbana; Cfr. Banco Hipotecario Nacional, "Propuesta para la renovación del barrio sur", Buenos Aires, 1956.

⁹ Cfr. Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, *Plan de Renovación de la Zona Sur*, Buenos Aires, 1970. La disputa con el fundamentalismo preservacionista va a concluir con la delimitación de la zona U 24, de protección al patrimonio; conclusión formal, en verdad, que no contenta ni a unos ni a otros en una discusión empantañada.

¹⁰ Este tema del "nuevo sur" lo hemos comenzado a tratar en nuestro "San Cristóbal Sur entre el Matadero y el Parque, acción municipal, conformación barrial y crecimiento urbano en Buenos Aires; 1895-1915", Buenos Aires, 1989 (mimeo).

¹¹ El único texto que reseña la continuidad de los planes que se realizaron en Buenos Aires —desde una perspectiva de crítica operativa en función de formular propuestas para un nuevo Código de Edificación— es el de Odilia Suárez, *Planes y Códigos para Buenos Aires, 1925-1985*, Serie Ediciones Previa 1, FADU-UBA, Buenos Aires, 1986.

¹² Cfr. Alicia Novick y Raúl Piccioni, "Carlos María Della Paollet-

ta (1890-1960). Los orígenes de la profesión de urbanista en la Argentina", *Crítica*, N° 16, IAA, Buenos Aires, octubre de 1990 (edición restringida); los autores realizan un relevamiento muy cuidadoso del urbanista, de sus trabajos y de su formación, aunque no llegan a articular sus problemas con los del campo más general en el que sin duda interviene. La historia de este campo está aún por escribirse, y estos autores son de los primeros que comienzan a preocuparse por ella.

¹³ "Es propósito del planeamiento urbano tratar de poner orden en estos procesos visualizándolos en su dinámica probable a través del tiempo de modo que cada actividad logre, con el menor esfuerzo, un emplazamiento óptimo relativo que pueda ser controlado sin tener que afrontar complejas relocalizaciones o inadecuadas transformaciones", la definición es de Odilia Suárez, op. cit. Sobre la confluencia entre planificación y ciencias sociales, cabe recordar la extensísima labor de la Sociedad Interamericana de Planificación, incorporando al debate local de los años 70 bibliografía de las líneas más recientes de la sociología contestataria.

¹⁴ Cfr. "20 ideas para Buenos Aires", *sumarios* 120, Buenos Aires, diciembre, 1987. Mayor información sobre la Convocatoria —previa a los proyectos— en MCBA, *Convocatoria Ideas urbano-arquitectónicas para Buenos Aires*, Buenos Aires, 1986 (en cooperación con la comuna de Madrid).

¹⁵ La única concesión, a nuestro juicio, la única debilidad del proyecto, está en la sección de trama que diseña al final del parque como pequeño centro comercial y administrativo, que se diseña como forma análoga a la cuadrícula urbana y como "memoria" del centro gubernamental, retomando sus direcciones y "dialogando" con él, en un gesto típicamente literario que, sin embargo, queda suficientemente acotado como para no desmerecer la fuerza conceptual de la propuesta general.

¹⁶ Aldo Rossi, *L'Architettura della città*, Padova, 1966. (hay traducción castellana)

¹⁷ Cfr. nuestro "San Cristóbal sur...", op. cit. donde se estudia el tema a partir del caso de lo ocurrido en torno a la instalación del Parque de los Patricios.

¹⁸ La publicación más completa dada a conocer del *Masterplan* en los medios periodísticos apareció en los diarios *La Nación* y *Clarín*.

¹⁹ James Scobie, op. cit. (cfr. nota 3). En un libro casi íntegramente construido bajo los parámetros de la historiografía tradicional que había sostenido la imagen de una Buenos Aires de progreso indetenido y exitoso, en el que a todos se les brindaba la posibilidad del ascenso social, Scobie, cuando analiza el conflicto del puerto, yuxtapa la visión ligada al Revisionismo de un "proyecto nacional" —emblematizado por los sectores industrialistas que defendían a Huergo y al desarrollo del sur— derrotado frente a otro "dependiente" —vinculado a Inglaterra, a los sectores financieros y al desarrollo del norte de la ciudad—. Será ésta la versión adoptada por las visiones populistas de los problemas urbanos, con gran impacto porque coincidía con las de las nuevas corrientes sociológicas volcadas a probar la profunda segregación urbana de la ciudad de clases.

²⁰ La frase la pronunció Alfredo Garay en una de las mesas redondas que organizó la Sociedad Central de Arquitectos sobre el tema Puerto Madero entre agosto y septiembre de 1990; está tomada de la desgrabación efectuada en la SCA de todas las mesas para su publicación.

²¹ "Al no haber lineamientos generales, se presenta (el *Masterplan*) como proyecto cerrado y sectorial", crítica, por ejemplo, la SCA en una carta pública, sin hacerse cargo de los últimos diez años de urbanismo en el mundo. Cfr. *Revista de Arquitectura*, SCA, Buenos Aires, septiembre de 1990. De buena parte de las críticas que se efectuaron en las Mesas redondas podrían hacerse comentarios similares.

²² Jane Jacobs, *Muerte y vida de las grandes ciudades*, Barcelona, 1967 (Nueva York, 1961). Marshall Berman, en *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Madrid, 1988 (Nueva York, 1982) analiza algunas cuestiones de ese libro que, también aquí, tuvo una influencia decisiva en la formación de los críticos a la planificación tradicional.

²³ Sin embargo, es curioso notar que una experiencia en la que también participó la Municipalidad, pero fue programada desde la Universidad por el Secretario de Hábitat de la Facultad de Arquitectura, Mederico Faivre, logró un proyecto para la utilización de la costa adyacente a la Ciudad Universitaria en el que se contempla la participación privada, pero en el que se prioriza la definición del espacio como público, y se lo preserva en tanto tal. La modernización no tiene mano única.

²⁴ Helio Piñón, "Arquitecturas: Ideologías", *Arquitecturas Bis*, Barcelona, julio-septiembre de 1977.



La Revolución del 90: ¿prólogo o epílogo?



Hilda Sabato

Los relatos del 90

Mil novecientos noventa fue un año de evocaciones ambiguas. A cien años de una crisis que no sólo trastornó los indicadores del crecimiento sino que llevó a cuestionar el rumbo mismo que estaba siguiendo la Argentina, no pudimos sino buscar los paralelos, y también las diferencias, con la gravísima situación de empobrecimiento sostenido que estamos viviendo y que, pecando de optimismo, insistimos en llamar crisis. A cien años de la Revolución del Parque, donde la indignación contra las prácticas políticas del Régimen, las supuestas corrupciones del gobierno y las consecuencias de la crisis económica, se tradujo en un enfrentamiento armado que dejó centenares de muertos, hemos vuelto una vez más a evocarla, como un episodio central en la lucha por la democratización de nuestra sociedad.

Fecha fundacional para uno de los dos grandes partidos que compiten en la escena política argentina, el 90 ha sido, además, incorporado a los relatos míticos de otras formaciones político-ideológicas como momento decisivo en el tránsito hacia la ampliación de la participación popular en el gobierno de nuestra sociedad.¹ Las interpretaciones de los historiadores, por su parte, en general coinciden en lo sustantivo con esa versión, aunque difieren entre sí en cuanto a la relación que

establecen entre ese episodio y los procesos globales de transformación de la sociedad argentina. Y si el clásico trabajo de Sommi descubre a la pequeña burguesía como el actor central de este episodio en la lucha por la consolidación de un sistema democrático-burgués, el no menos clásico análisis de Roberto Etchepareborda entiende a la revolución como resultado del "despertar cívico de un pueblo, descuidado en sus fueros, que tomaba conciencia de sus derechos y de su potencialidad para hacerlos valer"². La historia es conocida. El dato central: la existencia de un sistema político restrictivo, caracterizado por el control monopólico de los instrumentos de poder por parte de una élite que mantenía alejada de los mecanismos de representación y gobierno a vastos sectores de la población. En palabras de Sommi: "Este sistema político electoral apartaba de los comicios al pueblo, el cual en su mayoría no votaba. Existía una gran apatía cívica... La oligarquía hacía todo lo posible para mantener alejado al pueblo criollo o gringo de la vida política... A tal efecto, adoptaron la teoría de que el pueblo no estaba capacitado para votar y que el voto debía ser privilegio de la gente culta; quiere decir, de la gente adinerada."³

Con herramientas teóricas más sofisticadas y con una intuición privilegiada para explorar la historia argentina, Gino Germani entendió al período anterior a 1916 como de democracia representativa con participación limitada, y a la ley de

1912 como un paso decisivo en el proceso de conformación y ampliación de la ciudadanía política, proceso que asimila al de la extensión del sufragio hasta alcanzar su universalización efectiva con la puesta en vigencia de la Ley Sáenz Peña. Aunque no se detuvo en la revolución del 90, de acuerdo con su perspectiva ella podría considerarse como un eslabón de la historia que llevaría en 1916 a "las primeras elecciones en las que hubo una participación total de los ciudadanos... y (que) dieron el gobierno a hombres pertenecientes a las clases medias, organizados políticamente en torno del partido radical, surgido tres décadas atrás"⁴. Pero, en la visión de Germani, el nuevo sistema no logró superar un obstáculo que habría impedido por algunos años más la modernización plena del sistema político. La presencia masiva de inmigrantes no nacionalizados que no tenían derecho a voto dejaba a una parte importante de la población al margen de la política. Buena parte de estos inmigrantes integraban las filas de la clase obrera, que después de 1930 fue engrosándose con el aporte de los migrantes internos, provenientes de zonas periféricas, no incorporadas al proceso modernizador. El radicalismo no habría sido capaz de "expresar políticamente al proletariado". Tampoco los partidos de izquierda. Tocaría al peronismo asumir ese papel, que Germani evaluó negativamente en tanto como "típico movimiento 'nacional-popular'... estaba llamado a representar solamente un *Ersatz* de participación política para las clases populares" (p. 309). Para otros, en cambio, con el peronismo culmina el proceso largo y varias veces interrumpido de construcción de la ciudadanía política, completado con la extensión del sufragio a la mujer en 1952 y además, se produce una ampliación sustantiva en el terreno de la ciudadanía social.

Creo no equivocarme demasiado al afirmar que en términos generales esta interpretación se ha incorporado al sentido común de buena parte de los argentinos. Más allá de las evaluaciones positivas o negativas de los diferentes momentos, más allá incluso de la terminología (y de las categorías) elegidas para contar la historia, la mayor parte de las notas que este año se publicaron en diarios y revistas evocando el 90 expresaron ese consenso básico. En el horizonte de todas estas visiones la Revolución, con todas sus contradicciones internas, simboliza el reclamo por la extensión de la ciudadanía política y la participación política popular. Estas nociones a veces se confunden, otras se entrelazan y superponen. Ciertas versiones privilegian una de ellas, ignoran la otra, pero en todos los casos se entiende que el sector más contestatario de la dirección revolucionaria, aquél que formaría más tarde el núcleo original de la Unión Cívica Radical, se lanzaba a la lucha para ampliar las bases de la representación popular.

Para el radicalismo, el 90 es el Origen. Para un partido que ha elegido interpelarnos como ciudadanos, la Revolución es el grito inicial de una larga lucha por el sufragio universal, por la extensión del derecho a voto para *todos* los argentinos (varones adultos), en suma, por la ampliación de la ciudadanía, paso decisivo en la transición democrática. Se trataba de un paso hacia adelante: como en otras sociedades en proceso de modernización, los mecanismos de representación hasta entonces limitados a sectores elegidos de la población, debían extenderse hacia abajo. El 26 de julio de 1890 Leandro Alem y

Aristóbulo del Valle se habrían constituido en vanguardia de vastos sectores de la población que reclamaban participación, exigían sus derechos. En esa fecha no sólo nacía la Unión Cívica, devenida luego en Radical, sino que también hacía su entrada a la vida política un nuevo sector, hasta entonces marginado de la vida ciudadana, oculto, invisible. ¿Clase media reciente en busca de representación? ¿Sectores populares con tradición de insurrección pero no de participación ciudadana? Las versiones difieren, pero en cualquier caso la imagen del *ciudadano* aparece sintetizando los nuevos reclamos y aspiraciones colectivos.

La Revolución se interpreta, pues, como un momento de gestación, más aún, de eclosión de lo nuevo que estaba destinado a eliminar lo viejo. El fuerte atractivo de estas visiones del 90 radica precisamente allí. Pero allí radica también su principal debilidad, en tanto *lo viejo* constituye un ingrediente fundamental del programa de los revolucionarios del 90. En general, se ha considerado a la Revolución mucho más como el preludio de 1912, que como el epílogo de 1880. Sin embargo, en el terreno específico del funcionamiento del sistema político, mientras en 1912 se pone en marcha una reforma que *cambia las reglas de juego* del sistema, en 1890 todavía las nociones de soberanía popular y derechos del ciudadano vigentes (o por lo menos enunciadas en el discurso revolucionario) pueden vincularse con el funcionamiento político de las décadas que precedieron a la Revolución.

Al establecer el sufragio secreto y obligatorio, la ley Sáenz Peña contribuyó a *constituir una ciudadanía*, no por mera agregación o ampliación hacia abajo, sino por una reformulación implícita de la condición de ciudadano. Como veremos, la característica principal del sistema político tal como funcionara en las décadas anteriores a la reforma no había sido, como quiere Sommi y tantos otros y como lo indica algún modelo canónico de desarrollo político, el de la exclusión por abajo. Las bases de funcionamiento radicaban precisamente en el sufragio universal, que indujo una organización política que combinaba la participación electoral de las capas más bajas de los sectores populares y el control de ese proceso por parte de sectores minoritarios que concentraban el poder político. La reforma minó las bases mismas de ese sistema al cambiar el sentido del sufragio universal: ya no se trataba de que *cualquiera pudiera votar*, sino de que *todos debían hacerlo*. De esta manera, al establecer quiénes debían integrar necesariamente la ciudadanía política, introdujo una dimensión que había estado hasta ese momento ausente en la legislación.

En 1890, en cambio, el énfasis estuvo puesto en garantizar el sufragio universal en la primera de sus acepciones. Se reclamaba por la libertad de sufragio, pero no aparecía preocupación alguna referida a quiénes habrían de ejercer ese derecho, constituyendo la ciudadanía. Las menciones reiteradas al pueblo no hacen sino subrayar la indefinición que reinaba en esa materia. Como veremos a continuación, esta manera de considerar el voto estaba estrechamente ligada a las formas políticas del pasado. En particular, del pasado activo y turbulento de la vida política porteña en las décadas que siguieron a la caída de Rosas, que contó a Leandro Alem y Aristóbulo del Valle entre sus protagonistas.

La vida política porteña: sufragio y participación

En 1821 la Constitución de la provincia de Buenos Aires estableció el derecho a voto para todos los varones adultos. Se trata de uno de los casos más tempranos de sufragio universal (masculino, naturalmente) en la historia de los países occidentales. En 1853 la Constitución Nacional consagró definitivamente ese derecho, que se considera implícito en su texto, de manera tal que toda la legislación posterior hubo de adaptarse a ese criterio.

A pesar de la universalidad del sufragio, que implicaba que no había limitaciones censatarias ni de capacidad al voto, las elecciones convocaban a muy poca gente. En Buenos Aires, las cifras de votantes eran muy variables pero en general no superaban el 2% de la población total de la ciudad. Aun contando sólo los varones adultos argentinos, que no constituían en ese período más del 20% de los habitantes de la ciudad, los que votaban no llegaban a la cuarta parte de los que podían hacerlo.

Las interpretaciones tradicionales referidas a este período insisten en la falta de participación del pueblo en los comicios, en la limitación efectiva de la ciudadanía. De aquí en general se concluye que sólo votaban los sectores privilegiados de la población, como en aquellos países en los que regía el sufragio censatario. Sin embargo, una mirada aun superficial sobre las crónicas de la época nos haría descubrir muy rápidamente que esto no era así. Los participantes característicos de las jornadas electorales no eran los ricos, ni los burgueses, ni los profesionales. Eran los peones y jornaleros del ferrocarril, de la aduana, de la municipalidad o de los corrales. Su intervención tenía poco que ver, sin embargo, con el ejercicio individual del derecho a elegir representantes, es decir, con su ciudadanía política en el sentido en que la entendemos hoy. Se trataba, en realidad, de grupos movilizados colectivamente para la ocasión, huestes disponibles tanto para la emisión el voto como para la otra cara de la lucha electoral, la de la violencia. Las jornadas electorales tenían todas las características de las jornadas de guerra, pero donde los límites estaban establecidos tácitamente de antemano³.

Lejos de estar librada a la presentación espontánea e individual de los ciudadanos dispuestos a hacer uso de su derecho constitucional de elegir entre los candidatos postulados para representarlos, la participación en las elecciones estaba sujeta a una organización meticulosa. En Buenos Aires, durante las tres décadas que siguieron a la caída de Rosas, esa organización estuvo a cargo de las dos facciones políticas que se disputaban el poder elección tras elección: el nacionalismo y el autonomismo (o mitrismo o alsinismo). Estas facciones fueron desarrollando un sistema muy particular del funcionamiento electoral. Apoyadas en el control de estado (de distintos resortes de la administración pública nacional, provincial y municipal) formaron clientelas integradas en sus bases por los trabajadores menos calificados de las reparticiones públicas, y dirigidas por caudillos ubicados en diferentes escalones de la jerarquía laboral y política. No se trataba, simplemente, del canje de un voto por un empleo, sino de la puesta en marcha de mecanismos de encuadramiento y liderazgo colectivos

cuya base de apoyo era el control sobre un área de la administración.

Las elecciones eran una instancia importante en la vida política porteña, pues en ellas se dirimía quién ocuparía qué lugar en la estructura del poder local. Aunque sus resultados eran en general previsibles y, además, podían ser anulados por decisión de la legislatura, de todas maneras ellas representaban un momento decisivo del proceso de acceso a los cargos electivos de gobierno.

Organizadas por las maquinarias políticas montadas por las dos facciones rivales apoyadas en el aparato estatal, las elecciones producían resultados que garantizaban la resolución relativamente pacífica de los conflictos políticos de la élite local. Pero era la vigencia del sufragio universal lo que hacía posible el sistema. La movilización de sectores populares, en particular de sus capas más bajas de peones y jornaleros, implicaba formas complejas de vinculación entre dirigentes y bases e imprimía a las elecciones rasgos de combates simbólicos, y no tan simbólicos, en que no sólo se contaban votos sino también se medían fuerzas.

Durante las décadas de 1860 y 1870 este sistema no funcionó sin inconvenientes. La dosis de violencia y de fraude parecía incrementarse en cada elección, pero las denuncias siempre provenían de la parte perdedora, de la facción derrotada. Los reclamos se centraban en garantizar el sufragio universal entendido como el derecho constitucional de que *cualquiera pudiera votar*, derecho que —como vimos— estaba en la base de la organización de las facciones políticas de la época. Ese es el espíritu de las discusiones en la legislatura y en la prensa. Las posiciones que cada parte adoptaba en el debate no sólo resultaban de los principios, sino que en buena parte dependían de la situación relativa en relación al control del poder. En 1873, por ejemplo, en la Convención Constituyente de la Provincia, mientras los mitristas pugnaban por lograr la imposición del voto secreto como garantía contra la manipulación, el autonomismo en clara carrera ascendente, defendía el *statu quo* en ese terreno, es decir el voto público. Leandro Alem, Aristóbulo del Valle, Bernardo de Irigoyen, quienes años más tarde liderarían la lucha por la limpieza del sufragio, militaban entonces en las filas del autonomismo e hicieron uso de todos sus recursos retóricos *contra* el voto secreto. En 1874 el mitrismo se alzaría en armas contra el fraude y en defensa de la soberanía popular. Y así siguiendo.

Muy pronto, más allá de las denuncias de las partes perdedoras respecto de la violación de las leyes referidas a garantizar que cualquiera pudiera votar, otras preocupaciones comenzaron a aflorar en el escenario porteño. Para algunos intelectuales y políticos el problema de quiénes participaban efectivamente de las elecciones empezó a ser materia de cuestionamiento. ¿Qué pasaba con la "gente decente"? Su ausencia en los comicios era evidente. Se hablaba de indiferencia, y ella comenzó a aparecer en varias versiones como causa fundamental de la fragilidad del sistema político. Mientras en otros países la legislación permitía el voto de los sectores acomodados de la población y marginaba a los populares, en la Argentina parecía ocurrir lo contrario. Una "oligarquía" política apelaba al voto de clientelas populares para dirimir sus controversias internas, mientras quienes debían ser los primeros in-

teresados en los asuntos públicos, es decir los propietarios, se abstendrían de toda participación electoral, se encerraban en sus negocios privados.

La cuestión no parecía, en cambio, preocupar demasiado a los excluidos. Pero no necesariamente por indiferencia hacia la política, como ha sido en general interpretado por la historiografía argentina, recogiendo la versión de algunos contemporáneos como Sarmiento y Sáenz Peña acerca del escaso interés de buena parte de la población por lo público. Es probable que esa falta de preocupación por el tema del sufragio estuviera más bien vinculada con el hecho de que el sufragio no aparecía entonces como la vía privilegiada de participación política efectiva. La existencia y el desarrollo de otros mecanismos que servían a distintos sectores de la sociedad para incidir en el terreno político sin la mediación de voto fue un rasgo típico de estas décadas. Para buena parte de la población, esos mecanismos eran más efectivos y accesibles que el camino formal del sufragio.⁶

¿Cuál era, entonces, el sentido de la ciudadanía política? En la letra, la participación política legítima se relacionaba estrechamente con el ejercicio de la ciudadanía a través de los mecanismos de representación establecidos por la Constitución. En la práctica, la participación se alcanzaba a través de vías que poco tenían que ver con esa ciudadanía: integrando las huestes de votantes en las elecciones o practicando otras formas de intervención pública que revestían dimensión política.

Frente a la erosión del sistema político a partir de los años 70, algunos dirigentes políticos y publicistas entendieron que era indispensable constituir una ciudadanía propiamente dicha que, como lo sugerían los modelos vigentes en otros países, debía integrarse a partir de los sectores más acomodados de la población. Fue entonces que, para combatir la supuesta indiferencia de quienes debían convertirse en los futuros ciudadanos, se propusieron modificaciones a las leyes electorales. Se discutió la posibilidad de introducir el sufragio censatario, y ya en 1873 Sáenz Peña sostuvo la necesidad de imponer la obligatoriedad del voto, no para ampliar el sufragio hacia abajo sino para obligar a votar a esos sectores tan reticentes a ejercer sus derechos.

Sin embargo, todas esas propuestas fueron desechadas. Otros cambios tendrían lugar a corto plazo. A lo largo de la década del 70 se fue minando el poder político de las facciones que habían hegemonizado la lucha hasta entonces. Hacia 1880 éstas perdieron definitivamente la partida, en manos de una nueva clase política a nivel nacional, que terminó por incorporar también a algunos sectores de la dirigencia porteña. La construcción de un nuevo sistema político no se hizo, sin embargo, logrando la participación electoral de la "gente decente", como habían propuesto en distintos momentos Sáenz Peña y Sarmiento. Las bases de poder del Régimen se asentaron sobre otros pilares, y en materia de sufragio se perfeccionó el llamado fraude burocrático. En palabras de Botana: "el gobierno elector controlaba el sufragio: hacía elecciones y garantizaba la victoria de los candidatos"⁷. La diferencia con el período anterior no radicaba solamente en la marginación de buena parte de la clase política porteña (de la cual formaban

parte dirigentes como Alem, Del Valle y Bernardo de Trigoyen) sino en que, al menos durante la década del 80 y a diferencia de las décadas anteriores, hubo un solo protagonista efectivo: el Partido Autonomista Nacional.

La Revolución

El grito revolucionario del 90, compuesto por muchas voces, en su versión más contestataria se levantó contra ese monopolio y aquella marginación. "No es una república la nación sin comicios libres donde pueda el pueblo expresar su opinión y su voluntad; no es una república la nación donde todos los poderes del estado se concentran en una sola mano... no es una república la nación donde el poder se transmite de una persona a otra sin intervención popular y como acto de autoridad del que manda"⁸, diría A. del Valle. La Declaración del Meeting del Jardín Florida establecía como objetivo de la Unión Cívica de la Juventud: "Levantar como bandera el libre ejercicio del derecho de sufragio, sin intimidación y sin fraude, y condenar toda intervención oficial en los trabajos electorales"⁹.

Se trataba de defender los derechos establecidos en la Constitución y las leyes, "suprimidos en el hecho"¹⁰. El carácter revolucionario de una reivindicación como esa radicaba en que cuestionaba las prácticas sobre las que se asentaba el Régimen político vigente. De hecho, y nuevamente en palabras de Botana: "Los revolucionarios del parque... discutían... los fundamentos concretos de la dominación, el modo como se habían enlazado la relación de mando y de obediencia y las reglas de sucesión" (p. 172).

Sin embargo, en el horizonte de ideas de los revolucionarios no estaba presente la cuestión de las formas de constitución de una ciudadanía política efectiva. De acuerdo con sus declaraciones y reclamos, la indefinición vigente respecto de quiénes eran, o debían ser, los ciudadanos no parecía preocuparlos. El cambio exigido se refería a la libertad de sufragio, *para cualquiera*. En el mismo sentido, no se revisaba el funcionamiento del sistema político en la etapa anterior al roquismo, pues lo que en realidad se criticaba eran los últimos años de gobierno durante los cuales se habría "*suprimido*" radicalmente el libre ejercicio del sufragio"¹¹.

Por lo tanto, el cuestionamiento del Régimen no implicó la revisión de la historia anterior del sufragio. Se trataba, en cambio, del viejo reclamo de quienes se sentían perdedores en una coyuntura política —y ese era el caso de los dirigentes revolucionarios—: contra el fraude, contra el control del voto desde el estado, exigiendo garantías para que cualquiera pudiera votar. Pero ninguna discusión acerca de *quiénes serían los que irían a votar*. Las referencias genéricas al pueblo o a la necesidad de levantar el espíritu público no difieren de las que hacía Mitre veinte años antes. En suma, más allá de la mención reiterada al ejercicio de los derechos ciudadanos, el problema de la constitución de ciudadanía no fue en realidad un tema durante la Revolución del 90.

La Argentina no experimentó en el siglo XIX un proceso progresivo de incorporación ciudadana. Paradójicamente, sufragio universal no significó ciudadanía universal, o siquiera ciudadanía limitada. Otras fueron las formas de relación entre

sociedad civil y poder político, que dieron lugar a un sistema complejo y en continua transformación. La Unión Cívica surgió del seno de ese sistema, y la Revolución del 90 en buena parte puede entenderse a partir de él. Sin embargo, es posible que el hecho revolucionario mismo, con su cuota de movilización política y social, haya contribuido a cambiar los términos de las preocupaciones políticas tanto de los sectores en el po-

der como de los que militaban en la oposición. En todo caso, en los albores del nuevo siglo la pregunta acerca de quiénes conformarían la ciudadanía pasó a ocupar un lugar central en el debate público. Al establecer el voto obligatorio, la Ley Sáenz Peña propuso una respuesta: todos los hombres adultos nativos debían integrar el cuerpo político de la nación argentina.

- ¹ Para una interpretación alternativa, ver Jorge Abelardo Ramos: *Del patriciado a la oligarquía*, Buenos Aires, Ed. del Mar Dulce, s/f.
- ² Luis V. Sommi: *La Revolución del 90*, Buenos Aires, Ediciones Pueblos de América, 1957; Roberto Etchepareborda: *Tres revoluciones*, Buenos Aires, Pleamar, 1968, p. 98.
- ³ Sommi: *op. cit.*, pp. 89-90.
- ⁴ Gino Germani: *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1968, p. 299 (subrayado mío).
- ⁵ Sobre este tema ver Hilda Sabato y Elías Palti: "¿Quién votaba en Buenos Aires? Práctica y teoría del sufragio, 1850-1880". Buenos Aires, 1990, mimeo.
- ⁶ En particular, lo distintivo del período 1860-1880 en la ciudad de Buenos Aires fue la conformación de un espacio público ampliado, que funcionó efectivamente como ámbito de mediación entre sociedad civil y poder político. Ver Hilda Sabato: "Participa-

- ción política y espacio público en Buenos Aires, 1860-1880" en *El reformismo en contrapunto*, Montevideo, CLAEH/Ed. de la Banda Oriental, 1989; H. Sabato y E. Cibotti: "Hacer política en Buenos Aires: los italianos en la escena pública porteña, 1860-1880" en *Boletín del I. Ravignani* N° 2, 3ª época, 1990.
- ⁷ Natalio Botana: *El orden conservador*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977, p. 185.
- ⁸ Extractado del discurso de Aristóbulo del Valle pronunciado en el Meeting de la Juventud realizado el 1/9/1889 en el Jardín Florida. Citado en *Unión Cívica. Su origen, organización y tendencias*, Buenos Aires, J. Landenberger y F. Conte editores, 1890, p. 16.
- ⁹ *Ibíd.*, p. 7.
- ¹⁰ Francisco Barroetaveña: "Tu quoque juventud!" en *La Nación*, 20/8/1889.
- ¹¹ Francisco Barroetaveña: "Reseña histórica de la Unión Cívica" en *Unión Cívica... (cit.)*, p. XV (subrayado mío).



NUEVA SOCIEDAD

SEPTIEMBRE-OCTUBRE 1990

N° 109

Director: Alberto Koschützke

Jefe de Redacción: Sergio Chejfec

COYUNTURA: Rolando Araya Monge. Costa Rica ante un nuevo reto. Bruce M. Bagley / Juan G. Tokatlian. Colombia, el dilema de la droga.

ANÁLISIS: Roberto Guimarães. Brasil vuelve al banquillo: la ecopolítica de la destrucción en la Amazonia. Yves Pedrazzini/Magaly Sánchez. Nuevas legitimidades sociales y violencia urbana en Caracas. Jorge Rodríguez Beruff. La cuestión militar en Puerto Rico, ¿sirve el plebiscito? Michael Dauderstädt. 1992 o el abandono europeo del Tercer Mundo.

POSICIONES: Retos y desafíos del sindicalismo para el año 2000. Conclusiones de la Conferencia Internacional CIO/SL/ORIT, CISL, OIT. Comisión Andina de Juristas. Narcotráfico. Realidades y Alternativas.

TEMA CENTRAL: Elvio Gandolfo. Montevideo sexual. Una reflexión a pie. María Ladi Londoño. Sexualidad femenina como práctica de la libertad. Carlos Monsiváis. Control y Condón. La revolución sexual mexicana. Michel Maffesoli. La prostitución como forma de socialidad. Sandra Lidí C. Sida, empuje conservador e indiferencia. Néstor Perlongher. Avatares de los muchachos de la noche. Marlene Sandoval V. Prostitución infantil. Inhalación y miedo. Tamara Carvalho. Hippie de ayer, Yuppie de hoy. Disciplina sexual y canon corporal. Mabel Bellucci. Anarquismo, sexualidad y emancipación femenina. Argentina alrededor del 900. DOSSIER: Rodeos a la sexualidad.

SUSCRIPCIONES

(incluido flete aéreo)

América Latina
Resto del Mundo
Venezuela

ANUAL

(6 núms.)
US\$ 30
US\$ 50
Bs. 500

BIENAL

(12 núms.)
US\$ 50
US\$ 90
Bs. 900

PAGOS: Cheque en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD. Dirección: Apartado 61.712 - Chacao-Caracas 1060-A. Venezuela. Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones.

Traducir a Freud en Buenos Aires



Hugo Vezzetti

Un capítulo notoriamente descuidado en el abordaje de la implantación del discurso freudiano en la Argentina ha sido, hasta hoy, el de las traducciones de sus textos. Ese patente desinterés, al que sólo escaparon sus traductores argentinos en sus reflexiones sobre la labor que llevaban a cabo, tiene que ver, por otra parte, con que los problemas más bien complejos de la *recepción* de Freud han sido constreñidos, en el campo psicoanalítico, a la dimensión de la formación o la "transmisión", es decir, han sido concebidos centralmente en términos de una "iniciación", una cooptación más o menos pautada institucionalmente.

Aunque no puede decirse que se hayan desconocido los límites de las traducciones disponibles, si, más aún, ha habido un trabajo exigente sobre problemas de vocabulario, una lógica de transmisión directa, oficiada muchas veces en presencia por "pequeños maestros", parecía asegurar su destino a una verdad inherente al texto, situada más allá de las vicisitudes de lectura y reescritura. A partir de ello, resultaba superfluo encarar un estudio fundado e integral de las traducciones. Y si hubo —y hay— polémicas enconadas acerca de los fundamentos de aquel contenido de verdad, justamente porque se lo concibe inscripto de una vez y para siempre en el texto o en la propia tradición de "enseñanza", las querellas solo pueden abarcar las diferencias de lectura bajo la figura de la "desviación".

Es fácil ver que el reconocimiento mismo de la dimensión de la *historia* está afectado allí donde domina el choque de las

ortodoxias. Porque precisamente si hay historia del psicoanálisis es porque ha habido una incorporación compleja y diversificada de experiencias de lectura en un horizonte activo de apropiación. Es la dirección señalada, por otra parte, por Elisabeth Roudinesco al enunciar una tesis historiográfica "pluralista", que concibe su indagación del psicoanálisis en Francia como una "historia de lecturas sucesivas" y sostiene que "no se puede escribir la historia si uno se concibe como el lugar de la verdad"¹.

Las traducciones de Freud, tanto en su escritura como en los modos de su edición y circulación, adquieren un relieve propio y exigen ser analizadas como obras en sus efectos sobre el original y sobre el público. Como tales, trasponen en el texto sus marcas de lectura, tienden a alinearse con otras obras, reinscriben a sus destinatarios, en fin, reconstruyen o fundan tradiciones, operaciones que se acentúan por el recurso de los prólogos, comentarios y notas.

Menos reconocidas aún han sido las condiciones "extra-textuales" en la incorporación del discurso freudiano, las que tienen que ver con iniciativas editoriales y mecanismos de inserción en el campo cultural y que finalmente remiten al proceso de constitución y ampliación de un público —"lego" desde las regulaciones propias de la corporación psicoanalítica— que se orienta a leer a Freud como un autor instalado en el horizonte del pensamiento moderno.

Desde la primera posguerra y, sobre todo, desde los treicin-

ta, en la traducción de López Ballesteros² o a través de versiones de divulgación, Freud fue encontrando un público heterogéneo que se mostró capaz de desplegar experiencias de lectura diversas y, a la vez, autónomas respecto del patrón de recepción instalado en los círculos médicos y psiquiátricos. Las primeras iniciativas de traducción integral de Freud en Buenos Aires, en los cuarenta y los cincuenta, no pueden ser entendidas sino a partir de ese movimiento de construcción de un público, en un período de fuerte expansión del mercado editorial.³ En este punto, en lo que se refiere al papel que cumplieron un puñado de editoriales de Buenos Aires en la recepción modernizante de la filosofía, la ciencia y la literatura de Occidente, es de lamentar la ausencia de investigaciones históricas específicas.

La recepción no psiquiátrica del freudismo se inicia por la vía del ensayo y la divulgación. En ese sentido, la inclusión de Freud en el catálogo de la Editorial Tor, una de las principales productoras de "libros baratos", en grandes tiradas,⁴ hace patente el "encuentro" del creador del psicoanálisis con un público nuevo y, en gran medida, diverso y extendido respecto de los círculos ilustrados tradicionales. Tor había publicado, en 1933, la biografía de Freud por Stefan Zweig, reeditada luego varias veces. El retrato que ofrecía del maestro vienés como reformador moral y profeta de los tiempos nuevos era recibida, por otra parte, conjuntamente con las evidencias de la crisis social, política y cultural que recorría Occidente. Más importante aun fue la iniciativa de la misma editorial que puso en circulación una "Enciclopedia" bajo el título *Freud al alcance de todos*, en diez tomos, con títulos de impronta "sexológica" y firmados por el Dr. Gómez Nerea, pseudónimo del poeta peruano Alberto Hidalgo.⁵

En otra iniciativa de traducción dirigida a un público menos extenso, la editorial Losada publicó en 1939, muy poco después de la edición original, la primera versión castellana de *Moisés y la religión monoteísta*, traducida por el penalista e intelectual español Luis Jiménez de Asúa, establecido en Buenos Aires. Si en 1936, al cumplir Freud ochenta años, la revista *Sur* se había sumado al homenaje internacional con un extenso artículo de su secretario de redacción,⁶ era porque el homenaje recibía, en el campo intelectual porteño los ecos del interés y el reconocimiento de los escritores (S. Zweig, Th. Mann, V. Wolff, entre otros) que habían impulsado esa demostración. A ello se agregaba la solidaridad para con una víctima del nazismo, por parte de intelectuales mayormente inclinados a posiciones antifascistas, en un medio que vivió intensamente los alineamientos políticos que convulsionaban a Europa. Como muestra de esa solidaridad Freud había recibido años antes, en 1933, una invitación para radicarse en Buenos Aires.⁷ Un periodista austríaco, en un artículo que tuvo amplia difusión, después de una visita a Freud, lo describió como un anciano desvalido y temeroso ante el ascenso hitleriano. A raíz de ello recibió algunos ofrecimientos para emigrar, entre ellos el del poeta Xavier Bóveda, español residente en Buenos Aires, quien, en nombre de un grupo de escritores, lo invitó a trasladarse a la capital argentina. Freud, que se había enfurecido por el artículo en cuestión, declinó el ofrecimiento, acusando al periodista de haber distorsionado su actitud, y, a la vez que anunciaba su disposición a no abandonar Viena, agrade-

cía cordialmente la expresión de simpatía que la invitación expresaba.

Como queda evidenciado hasta aquí, en esa recepción cultural de Freud en la Argentina cumplieron un papel destacado algunos intelectuales españoles emigrados, como Jiménez de Asúa, Guillermo de Torre o el mencionado Xavier Bóveda, del mismo modo que lo hizo el español Angel Garma en el proceso de fundación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, en 1942.

La primera edición —inconclusa— de las obras completas de Freud en Buenos Aires (Editorial Americana, 1943-1944) es contemporánea a la creación de la APA. Pero el núcleo fundador de la institución no tuvo que ver directamente con la edición ni asumió la responsabilidad de la traducción de los textos vertidos al castellano por primera vez. La decisión provino de un editor que constató que la edición española, incompleta, estaba agotada hacía mucho tiempo y sin perspectiva cercanas de reedición y creyó interpretar las demandas del mercado. El proyecto contemplaba veintidós tomos, de los cuales dieciséis reproducían la versión española de López Ballesteros, incluido el prólogo de Ortega y Gasset. Para los cinco tomos restantes, que agregaban trabajos no publicados hasta entonces en castellano, se recurría a Ludovico Rosenthal como traductor. Finalmente, la edición se interrumpe, por decisión del editor, con la salida del tomo XIX.⁸

Ludovico Rosenthal, que nunca terminó sus estudios de medicina ni fue miembro de la APA, comenzó muy joven una lectura de Freud en alemán; desde entonces, a comienzos de los cuarenta, mantuvo una relación perseverante con los textos freudianos y dedicó muchos años a una labor sistemática de traducción de los que no estaban vertidos al castellano. De cualquier modo, recién va a poder publicar íntegramente su trabajo a partir de 1952, cuando la editorial Santiago Rueda retome la empresa y complete en cuatro años esa proyectada edición en veintidós volúmenes; para entonces la anterior de Americana estaba ya agotada. Santiago Rueda fue el iniciador y responsable del proyecto;⁹ se trataba de uno de los editores más dinámicos y prestigiosos de Buenos Aires, desde los cuarenta, selectivo respecto de su catálogo, cuidadoso de los textos y de la calidad gráfica de sus libros. Publicó numerosas traducciones de autores europeos y norteamericanos, entre otras la primera versión del *Ulises* de Joyce en castellano y obras de Th. Mann, M. Proust, H. Hesse, S. Kierkegaard.

Entretanto, la editorial madrileña había sacado una nueva edición en 1948, en dos gruesos volúmenes, que incluía todos los trabajos ya publicados —ordenados de un modo diferente, con criterio temático— y agregaba catorce más bajo la denominación "Psicoanálisis aplicado", en versión de López Ballesteros; salvo dos de ellos, los textos habían sido ya traducidos por L. Rosenthal y publicados en la edición de Americana. De la comparación de los prólogos escritos por Rosenthal¹⁰ con el que se incluye en la versión española¹¹ surge la distancia en el marco conceptual de lectura y en los criterios con que se resalta la significación científica y cultural de Freud. Esto es particularmente contrastante frente al modo en que el prologuista español había buscado asentar la legitimidad del psicoanálisis en valores externos al texto, sea por la vía de la com-

patibilidad con la moral cristiana, sea por la de una rápida integración en los desarrollos contemporáneos de la psicología.

Rosenthal inaugura una reflexión sobre el texto y la traducción que es el fruto de una notable tarea de exégesis de los términos y de los conceptos. Por otra parte, su dedicación continuada a la traducción de Freud se pone en evidencia cuando vuelve sobre sus propias versiones de 1943 para corregirlas a partir de una cuidadosa revisión terminológica. Un nutrido aparato crítico acompaña la traducción con notas aclaratorias de términos y autores citados, referencias intratextuales y remisiones cruzadas al conjunto de las obras freudianas. Promete, además un volumen adicional —que nunca se publicó— que debía incluir un diccionario de psicoanálisis, reseña de la bibliografía existente e índices temáticos de los veintidós tomos.

Un criterio central de su traducción partió de que Freud había usado términos corrientes para designar conceptos altamente elaborados, que ya no coincidían con la acepción común; una preocupación crítica justifica, entonces, sus innovaciones terminológicas, que si bien reconocen su deuda con las primeras traducciones del inglés James Strachey no dejan de consignar sus diferencias. La posición del primer traductor argentino se distingue por ser una labor identificada con el destino de estos textos que viene a establecer. En ese sentido, se empeñó en la búsqueda de escritos de Freud que no figuraban en las ediciones en alemán y pudo enorgullecerse de que, mediante su trabajo, la edición de Rueda fuera la más completa hasta ese momento en cualquier idioma, incluida las *Gesammelte Werke*, publicadas entre 1940 y 1952 en Londres. De hecho, hasta que se completó la *Standard Edition* en 1964, Buenos Aires ostentó la distinción de poseer la edición más integral de Freud. Y si bien Santiago Rueda realizó un proyecto que había sido plasmado e iniciado diez años antes, el resultado fue que esa edición fue publicada casi totalmente bajo el primer peronismo. A pesar de la reacción confesional y el conservadurismo de las ideas que dominaban los ámbitos académicos y los órganos culturales oficiales, no obstante la acogida poco favorable de las ideas de Freud en ese campo, la actividad continuada de algunas editoriales —entre las cuales habría que señalar, en esta área temática, a Paidós— mantuvo el movimiento de renovación y modernización de los saberes en las ciencias y las humanidades, contribuyendo así decididamente a la construcción de un público que se hará patente en los sesenta.

El rasgo más destacable de esta primera traducción argentina es la posición aislada y más bien marginal de Ludovico Rosenthal respecto del círculo dirigente de la APA, en la que no había sido admitido como psicoanalista.¹² Colaboró habitualmente en la *Revista de Psicoanálisis*, particularmente con sus traducciones, con reseñas y comentarios de bibliografía extranjera y algunos trabajos históricos, pero nunca publicó artículos teóricos, en una publicación en la cual, por otra parte, predominaba el psicoanálisis clínico. Su traducción, entonces, que abarca casi un tercio de la obra freudiana (e incluye trabajos tan importantes como "El malestar en la cultura", "Moisés y la religión monoteísta", "Compendio de psicoanálisis" (*Abriss*), "Proyecto de una psicología para neurólogos", la correspondencia completa con W. Fliess y numerosas obras



breves, notas y prólogos del creador del psicoanálisis) es el resultado de un trabajo autónomo en el que no hubo participación de los psicoanalistas fundadores en la fijación de los términos, la discusión de la traducción o la orientación de las notas.¹³ Se trata de la versión de un estudioso de los textos, un erudito formado por su propio esfuerzo, lector y traductor en varios idiomas y capaz de rastrear cada una de las referencias filosóficas o literarias del original. Sostenido en una verdadera pasión por los escritos freudianos daba muestras de una familiaridad con ellos que excedía en mucho a la que podían exhibir las figuras rectoras del psicoanálisis.

En 1968, Biblioteca Nueva saca un tercer tomo, con obras de Freud no incluidas en las ediciones anteriores, que resulta un plagio integral de la traducción de Rosenthal, del que se hace responsable Ramón Rey Ardid.¹⁴ Como una evidencia confirmatoria, a la vez del aislamiento del traductor argentino y del interés limitado que el órgano científico de la APA mantenía con el destino de Freud en castellano, ese hecho no mereció ninguna reacción en la *Revista de Psicoanálisis*.

Veinte años después otra editorial de Buenos Aires comienza la publicación de una nueva traducción, esta vez de la totalidad de la obra freudiana. Se trata de Amorrotu, que venía editando desde su creación libros en el área de las ciencias sociales, la psicología y el psicoanálisis. La colección dirigida por Jorge Colapinto había traducido a psicoanalistas franceses (O. Mannoni, S. Leclaire, J. Laplanche, P. Aulagnier) en un momento en que otras editoriales mostraban ese giro en la recepción teórica y clínica del psicoanálisis, en la línea de una renovación conectada con la primera enseñanza de Lacan. En el marco de la consigna de un "retorno a Freud", las cuestiones del texto y la lectura encontraban otras condiciones de planteamiento. Por otra parte, desde los sesenta el psicoanálisis se había extendido extraordinariamente en Buenos Aires, en grupos de estudio y nuevos círculos, así como en la universidad.¹⁵

Desde bastante antes existía entre los psicoanalistas la conciencia de que la versión de López Ballesteros, responsable de los textos fundamentales, era inadecuada para un estudio sistemático, además de contener numerosas erratas y omisiones. Desde la publicación de la *Standard Edition*, en la APA se leía a Freud en inglés, como, por otra parte, quedó de hecho establecido en la organización internacional. Esa hegemonía se mantuvo incluso frente a la nueva traducción¹⁶; la versión de J. Strachey había quedado consagrada como el modelo establecido y a ella se atienen los intentos de mejorar la traducción castellana.¹⁷

Nuevamente, no es desde la APA desde donde podía surgir el proyecto de una nueva traducción integral y, como en los cuarenta y en los cincuenta, para dar cuenta de la iniciativa editorial hay que mirar hacia un público muy extendido, que demandaba otra lectura del texto freudiano y que no podía acceder a ella mediante el recurso costoso y limitativo de leerlo en inglés.

Una condición, entonces, del nuevo proyecto es esa creciente "diseminación" del discurso psicoanalítico, que coincide, por otra parte, con la pérdida de la centralidad en la enseñanza que la APA había conservado por espacio de casi tres

décadas. Como sea, en esa impresionante demanda de Freud que impulsaba innumerables grupos de estudio independientes se mezclaban objetivos de formación profesional y legitimación científica con el prestigio de una ilustración "a la page". En medio del clima de radicalización política y contestación ideológica propio de la Argentina de fines de los sesenta, tal proceso "desinstitucionalizador" del estudio y la formación tuvo efectos que alcanzaron a la propia organización oficial del psicoanálisis. Un debate —a la vez teórico, político e institucional— culminó con la ruptura de la APA en 1971. Aunque el cuestionamiento de las modalidades predominantes de formación, establecidas internacionalmente, formó parte de las críticas que acompañaron esa fractura, no se cuestionó el hábito de leerlo en inglés.¹⁸

Hacia 1975 Horacio Amorrotu decidió el proyecto y estableció los arreglos correspondientes. José L. Etcheverry, encargado en la editorial de traducciones y supervisiones del francés y el alemán, comenzó por entonces su labor y en 1976 salieron los primeros títulos.¹⁹ Mientras tanto se había establecido la dictadura militar, de lo que resultó que una empresa iniciada en el clima de ideas inconformista propio de comienzos de la década vio la luz bajo un régimen que buscó suprimir las raíces mismas de ese movimiento de transformación del campo intelectual y cultural. Jorge Colapinto participó desde el principio en el proyecto e intervino en la discusión y fijación de la terminología. También se incorporaron en tareas de asesoramiento Santiago Dubcovsky y Fernando Ulloa, psicoanalistas formados en la APA que habían abandonado esa institución en 1971.

Siendo la *Standard Edition* el modelo establecido y aceptado unánimemente en el ámbito local e internacional, no extraña que la nueva edición se atenga al ordenamiento establecido por Strachey y reproduzca sus comentarios y notas. Al mismo tiempo, el segundo traductor argentino sostiene un principio de autonomía respecto de la versión inglesa. Allí donde Strachey había fijado la consigna "Freud, y nada más que Freud", la nueva traducción se orienta según un mandato algo modificado: "el texto de Freud, y sólo el texto de Freud".²⁰ La nueva traducción se justifica en términos de responder a exigencias de estudio de la obra y en eso denota un cambio en las demandas de lectura que no deja de tener consecuencias en el planteamiento mismo de la traducción. La versión de López Ballesteros, si bien fue fundamental en la difusión amplia del discurso freudiano, presenta una falta de sistematicidad e imprecisiones conceptuales que se muestran de modo más acusado cincuenta años después, cuando se cuenta con una perspectiva crítica elaborada con respecto al conjunto de la obra de Freud. Entre los trabajos en los que se ha "sedimentado" esa sistematización del texto se destaca el *Vocabulaire de la psychanalyse* de J. Laplanche y J. B. Pontalis, traducido al castellano en 1971, instrumento fundamental en esa renovación de la lectura que, además, reforzó el desplazamiento hacia el psicoanálisis en francés.

Los criterios de la traducción han sido ampliamente expuestos por Etcheverry en el tomo introductorio. La sistematicidad fue buscada, ante todo, en un cuidadoso tratamiento de los términos, a partir de la delimitación de "conjuntos terminológicos" pero lo menos que puede decirse es que la extensa

introducción del traductor excede las consideraciones de vocabulario para establecer criterios interpretativos que elaboran núcleos centrales de las teorías freudianas. El ahondamiento conceptual de los problemas de la traducción fija su posición en el sentido de una "literalidad problemática" que reconoce tradiciones. Ante todo la de Ortega y Gasset, por su empeño en promover, a partir de su familiaridad con la cultura alemana, un movimiento de renovación del vocabulario filosófico y científico en idioma castellano. Pero, allí donde la nueva traducción encara sistemáticamente la terminología del psicoanálisis reconoce su deuda con la versión de L. Rosenthal.

Si el primer traductor, en los cincuenta, había hecho de la relación del psicoanálisis con la medicina y la psiquiatría su marco central de referencia, para Etcheverry, en cambio, los

contextos de significación se amplían en la medida en que se trata de "no sólo ser rigurosos en los conceptos capitales del psicoanálisis, sino conceder una atención igualmente estricta al entronque de la obra freudiana con la problemática antropológica y filosófica del pensamiento alemán"²¹.

Finalmente, la más reciente versión castellana recibe la herencia de esa trama de relaciones en la recepción de Freud a lo largo de más de medio siglo. A través de sus diferentes momentos, en las organizaciones de los psicoanalistas y en la constitución cultural del público, apenas empieza a escribirse una historia orientada a dar cuenta de las transformaciones en las demandas de lectura. En todo caso, Freud mismo la colocó, en los comienzos de su relación con la lengua castellana, bajo la figura del Quijote, y desde entonces parece llevar las marcas de una aventura abierta del pensamiento.

¹ "La bataille de cents ans", entretien avec Elisabeth Roudinesco, *Littoral*, 22, abril 1987, p. 115. Para una consideración de las tesis de la recepción; J. Starobinski, "Preface", en H. R. Jauss, *Pour une esthétique de la réception*, Paris, Gallimard, 1978.

² La primera traducción de Freud al castellano, la de Biblioteca Nueva, empezó a publicarse en Madrid en 1922 y sacó diecisiete tomos hasta 1934. En una breve carta al traductor Freud expresó su conformidad con la versión; afirmaba también que era capaz de leer el español porque siendo estudiante lo había aprendido, sin maestros, impulsado por el deseo de leer el Quijote en su idioma original. Véase H. Carpintero y M. V. Mestre, *Freud en España*, Valencia, Promolibro, 1987; Th. F. Glick, "El impacto del psicoanálisis en la psiquiatría española de entreguerras", en J. M. Sánchez Ron (ed.), *Ciencia y sociedad en España*, Madrid, Ed. El Arquero CSIC, 1988.

³ Sobre la expansión editorial en esos años: J. Rivera, "El auge de la industria cultural (1930-1955)", en VVAA, *Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1980, t. 4.

⁴ L. A. Romero, *Libros baratos y cultura de los sectores populares*, Buenos Aires, CISEA, 1986.

⁵ Graciela Musachi, "A propósito de Freud en Buenos Aires (1910-1939)", *Vectores del acontecer analítico*, 7, junio 1990, p. 60. El dato es consignado sin mencionar las fuentes; un librero memorioso, el Sr. Palumbo, me aportó la confirmación. Esos diez volúmenes se reeditan varias veces entre 1935 y 1949 con tiradas de cinco a diez mil ejemplares.

⁶ G. de Torre, "Homenaje a Freud", *Sur*, VI, 21, 1936, pp. 99-110.

⁷ E. Jones *Vida y obra de Sigmund Freud*, Buenos Aires, Nova, 1962, t. 3, pp. 201-202.

⁸ L. Rosenthal traduce el material contenido en el tomo 18 (trabajos de "psicoanálisis aplicado", del tomo X de los *Gesammelte Schriften*, 1924) y el 19, que incluye "El malestar en la cultura", "Agregados y modificaciones de *La interpretación de los sueños*", "Las resistencias contra el psicoanálisis" y otros textos breves. El traductor deslinda responsabilidades respecto de la interrupción de las obras completas en "Prólogo del traductor"; en S. Freud *Obras completas*, Buenos Aires, Rueda, 1954, t. XVIII.

⁹ Testimonio del Sr. Enrique Rueda, hijo del editor de Freud, 20/6/90. La iniciativa fue enteramente debida a su padre, quien estableció el convenio correspondiente con la editorial madrileña para usar la traducción de López Ballesteros.

¹⁰ L. Rosenthal, "Prólogo", en S. Freud, *Obras Completas*, Buenos Aires, Americana, 1943, t. XVII. y los "Prólogos del traductor" incluidos en los siguientes tomos de la edición de Rueda: t. XVIII, 1954; t. XIX, 1955; t. XXI, 1955 y t. XXII, 1956.

¹¹ Editor, "Prólogo", en S. Freud, *Obras Completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948, t. I. Muy probablemente el prólogo ha sido escrito por José Germain, quien figura como responsable del ordenamiento y la revisión de la obra.

¹² Sobre L. Rosenthal, que falleció en Buenos Aires en 1983, no hay más información en la *Revista de Psicoanálisis* que el "Obituario" breve que le dedica R. Bruno, asesor técnico de la publicación y que se acompaña de un listado de las traducciones de Rosenthal incluidas en la revista entre 1946 y 1965: *Rev. de Psicoanálisis*, 39, 6, 1982,

pp. 1115-1117. Arnaldo Rascovsky, que analizó a Rosenthal por un tiempo, me aportó más información (entrevistado el 28/9/90), confirmatoria de la posición atípica del traductor en el círculo inicial de la APA y del carácter independiente de su estudio de Freud, ya que Rosenthal no formaba parte de los primeros grupos de estudio. Confirmó también que Rosenthal se había analizado con H. Hartmann (dato consignado por R. Bruno en 1982); si ese análisis se desarrolló en Viena debió ser antes de 1938, cuando Hartmann emigró a París, para dirigirse luego a Suiza y de allí a EE.UU. en 1941 (R. Eksstein y otros, *Historia del Psicoanálisis*, VI, Buenos Aires, Paidós, 1968, p. 90). Rascovsky no pudo precisar la fecha en que se produjo el intento fracasado de Rosenthal por ingresar a la APA; habría sido entre 1943 y 1946.

¹³ A. Garma había comentado elogiosamente los dos tomos (18 y 19) de Americana traducidos por Rosenthal, pero apuntaba centralmente a exponer el contenido de las obras de Freud y no la traducción misma: *Rev. de Psicoanálisis*, II, 4, abril 1945, pp. 710-713.

¹⁴ El plagio de Rey Ardid, presentado como "catedrático de psiquiatría y psicología médica de la Facultad de Medicina de Zaragoza", es irrefutable. El vol. XIX de Rueda es reproducido exactamente en B. Nueva, 1968, III, pp. 1-180; el vol. XX, salvo tres páginas, está copiado en pp. 181-341; los tomos XXI y XXII se intercalan con un ordenamiento diferente, pp. 361-1008. Sólo "Análisis terminable e interminable" y "Construcciones en análisis" (B. Nueva, 1968, III, pp. 540-583) son traducciones diferentes de las de Rosenthal. El plagio incluye todas las notas, que son muchas, y la copia es tan burda que al menos en dos ocasiones reproduce notas del traductor que remiten a páginas o tomos de la edición argentina: p. 188 y p. 362. A. Harrington, en 1976 (*Freud en Español* 1, Gnosis ediciones), fue el primero en señalar el plagio.

¹⁵ O. Masotta, uno de los enseñantes de esos grupos de estudio cuenta que en 1974 veía 300 alumnos por semana; si se piensa que había varios más, se concluye que los participantes de grupos de estudio de psicoanálisis sumaban miles; O. Masotta, "Comentario para la Ecole Freudienne de París sobre la fundación de la Escuela Freudiana de Buenos Aires", *Ensayos lacanianos*, Barcelona, Anagrama, 1076.

¹⁶ Todavía en 1984 Santiago Dubcovsky ironizaba acerca de un candidato que optaba por adquirir la *Standard Edition*, "que utilizan todos los psicoanalistas de la IPA", en lugar de la nueva edición argentina; lo hace sintiéndose respaldado por las críticas que Bruno Bettelheim había hecho a la traducción de J. Strachey: S. Dubcovsky, "Cuidado con (como) leer a Freud", *Debates*, 1, sept.-oct. 1984, Buenos Aires.

¹⁷ Por ejemplo, la serie de fascículos publicados por el psicoanalista Arnoldo Harrington, *Freud en español*, Buenos Aires, Gnosis ediciones, a partir de 1977, con correcciones y agregados a la versión de López Ballesteros que siguen un cotejo con la de Strachey.

¹⁸ Véase G. Barembit y M. Matrajt, "El estudio de la obra de Freud", en M. Langer (comp.), *Cuestionamos*, Buenos Aires, Gránica, 1971.

¹⁹ J. L. Etcheverry, "Comunicación personal", 25.6.1990.

²⁰ J. L. Etcheverry, *Sobre la versión castellana*, Buenos Aires, Amorrortu, 1978, p. 2.

²¹ J. L. Etcheverry, *idem*, p. 3.

Los *Annales* en la historiografía argentina de la década del 60



Juan Carlos Korol

Desde por lo menos 1930 la escuela de los *Annales* ha significado una ruptura en la forma de abordar los estudios históricos. En qué consistió esa ruptura es más difícil de precisar. Por una parte pueden señalarse las innovaciones metodológicas; por otra parte, el conocimiento concreto que la producción historiográfica ligada a los *Annales* ha producido sobre las sociedades de la Europa moderna y en especial sobre la historia de Francia. Pero no menos importante fue el consciente espíritu de ruptura, que animaba a los principales protagonistas de la nueva escuela, con las tradiciones dominantes en la historiografía de la época.¹

Aquí se intentará resumir brevemente esas diferentes dimensiones de la escuela francesa y sus modificaciones en el tiempo, para tratar luego de indagar cuáles fueron las influencias discernibles que ejercieron en las transformaciones de la historiografía argentina de la década del 60.

En ese momento, en la Argentina, se produjo desde algunos centros universitarios un intento de transformación de las prácticas historiográficas en el que es posible distinguir diversas influencias de la escuela francesa. Resumidamente, pueden registrarse las similitudes en la diferenciación con la tradición predominante, en los contenidos y, en menor medida, en la metodología. Pero, como se verá, los intentos de ruptura fueron aquí mucho menos exitosos: aunque los trabajos provenientes de Francia, recibidos a la vez con fascinación y distancia crítica, estimularon algunos desarrollos originales. La modificación de los contenidos, tal vez la transformación más

importante, obedeció tanto a influencias atribuibles a la renovada historiografía europea en general, como a las de las ciencias sociales y el clima de ideas prevaleciente en ese momento en la Argentina.

I

La historia de los *Annales* es en buena medida la historia de un grupo renovador que lentamente fue imponiendo su perspectiva sobre los problemas historiográficos, al mismo tiempo que fortalecía su presencia institucional. En este sentido, es posible distinguir varias etapas en el desarrollo de la escuela. En primer término, la protohistoria de los *Annales*, la época de la *Revue de synthèse historique*, de Henri Berr. A partir de 1929, la fundación de los *Annales d'histoire économique et sociale* por Lucien Febvre y Marc Bloch. Desde 1946 hasta 1956 la era de Fernand Braudel como líder de la escuela y de la revista. Finalmente, el período de "eclecticismo y consolidación institucional".²

Fue en esa segunda etapa donde aparecieron las características más notorias de los *annalistes*: una actitud abierta hacia las ciencias sociales, la conciencia de formar un grupo intelectual en lucha contra la *histoire événementielle*. Fue a partir de ese momento cuando el grupo comenzó a constituirse como escuela, especialmente a partir de su intento de diferenciación con las tradiciones imperantes, más que por la coherencia de un programa.³

En las diversas etapas que pueden distinguirse en la historia de los *Annales*, fueron varias las innovaciones metodológicas que surgieron. Ellas incluyeron las nociones implícitas en los estudios de Bloch sobre la sociedad feudal y la historia agraria de Francia, los trabajos sobre "historia de mentalidades" de Febvre, los trabajos de Braudel con su insistencia en la "larga duración" y la "historia total". A su vez los *Annales* incorporaron diversas influencias. Estas fueron muy amplias y provinieron tanto de los cambios que se registraban en las prácticas historiográficas en otros ámbitos, como de las distintas corrientes en las ciencias sociales e incluso de las perspectivas ideológicas predominantes en distintos momentos.

Eran visibles, ya en la misma obra de Braudel, las influencias de los estudios más claramente cuantitativos, la historia de las fluctuaciones económicas basada en las series de precios, la historia serial de Simmiand y Labrousse. Posteriormente se incorporarían las influencias de autores como Marczewsky y Kuznets quienes proponían una nueva corriente cuantitativa basada en un sistema retrospectivo de cuentas nacionales.⁴ Luego, fueron los estudios demográficos que se desarrollaban en Francia y Gran Bretaña los que también se encontraron reflejados en los *Annales*.

Pero la escuela también recogió la influencia de las ciencias sociales y de las ideologías. En este sentido, se ha señalado desde la influencia del estructuralismo de Lévi-Strauss hasta la del psicoanálisis. Finalmente, se trataría de reincorporar a la historia política y narrativa, que había sido a la vez el viejo enemigo y la vertiente menos elaborada por la escuela. Especialmente a partir de la consolidación institucional, los *Annales* se transformaron en un grupo que recogía con eclecticismo múltiples influencias, que incluyeron las más variadas formas de aproximación a los hechos históricos y un amplio espectro de ideologías, desde la herencia del flexible marxismo de un Labrousse, hasta las conservadoras posiciones de Chauvin. La consolidación institucional, el carácter flexible y abierto de las innovaciones metodológicas, el eclecticismo, conjuntamente con el carácter centralizado de la investigación histórica en Francia y cierta vocación a la vez expansiva e inclusiva, ha implicado que la escuela de los *Annales* fuera convirtiéndose lentamente en sinónimo de historiografía francesa.⁵

Pero ha sido tal vez en el campo de la historia rural, a partir de cuidados estudios regionales, donde el resultado del trabajo acumulado por varias generaciones de historiadores se hizo más notable. Es allí donde ha ido emergiendo una nueva síntesis de la historia rural francesa durante el Antiguo Régimen, en la que se conjugan elementos de las nuevas corrientes demográficas con el análisis de los lentos ritmos de las transformaciones de las sociedades locales.⁶

Conjuntamente con las obras propiamente históricas, los *annalistes* fueron dejando testimonio de su percepción de lo que debería constituir la tarea historiográfica. Estos trabajos se caracterizaron no tanto por incursionar en problemas teóricos, que sus autores consideraban fuera de las preocupaciones centrales de los historiadores, como por consistir en reflexiones sobre la obra histórica misma y el quehacer del historiador. Pero son también en muchos casos los testimonios de un combate por una transformación historiográfica que servía a la vez como forma de constitución de un movimiento que se quería renovar. En este sentido los mismos títulos de algunos trabajos de Febvre y Braudel son tal vez paradigmáticos. Se trata-

ba de establecer una ruptura con el modelo historiográfico tradicional.⁷

En la Universidad argentina de la década del 60 muchos de estos trabajos se convirtieron en los elementos que hicieron posible una difusión que también aspiraba, de otra manera, a la ruptura.

II

Desde mediados de la década del 50 se produjo en la Argentina el intento de una verdadera renovación en el campo de las ciencias sociales. Se ha señalado que el impulso para esa renovación fue en buena medida el paradójico resultado de una transformación político-social de características restauradoras que al mismo tiempo que llevó al derrumbe y derrocamiento del peronismo, inauguró un breve período de apertura ideológica y cultural en el que también se advirtieron los efectos que en toda América Latina produjo la Revolución cubana, a lo que se sumaron los impulsos provenientes de una década de expansión económica que benefició de un modo muy directo a las ciencias sociales y que, aunque de manera más efímera, también tocó a la Argentina.⁸

Esta renovación implicó la conformación de una comunidad académica en las ciencias sociales que paulatinamente fue construyendo sus reglas de validación y reconocimiento y sus propios espacios. Esta renovación en los términos de la investigación y el debate académico encontró su núcleo en las Universidades, donde el desarrollo de nuevas disciplinas como la sociología y la economía actuaban como centros dinámicos, pero también fuera de los ámbitos oficiales. En ese sentido, la creación del Instituto Di Tella, la revista *Desarrollo Económico* y el Instituto de Desarrollo Económico y Social fueron signos característicos de la época.⁹ Justamente a partir de estos espacios no oficiales es posible rastrear alguna continuidad luego de 1966 dado que los esfuerzos renovadores desplegados en la Universidad no lograron sobrevivir los efectos del régimen militar impuesto por Onganía. De todas formas, a fines de la década la misma legitimidad de la existencia de una comunidad académica era ya puesta en duda desde adentro y desde fuera de la misma, al mismo tiempo que el campo intelectual se volvía más heterogéneo. Desde mediados de la década del setenta, y en especial luego de la instauración del gobierno militar, la apertura cultural se transformó en un recuerdo nostálgico del pasado. A partir de allí es más fácil rastrear las rupturas que las continuidades.

Los historiadores no fueron ajenos a la renovación que implicó la década del 60 en el campo intelectual. En este caso la renovación también tuvo su centro en las universidades, especialmente en las de Rosario, Córdoba y Buenos Aires. Figuras como Ceferino Garzón Maceda en Córdoba y José Luis Romero en Buenos Aires se convirtieron de diferentes maneras en los principales impulsores de una demorada renovación de los estudios históricos en la Argentina.

Es más difícil precisar en que consistió la transformación que se impulsaba. En principio es posible señalar que uno de sus principales signos fue la existencia de un grupo que se veía a sí mismo como renovador. Lo era en efecto frente a los enfoques predominantes. Estos eran fundamentalmente los que provenían de la "Nueva Escuela" y, en menor medida, los del revisionismo histórico. En ambos casos, sin embargo, se trataba de enfoques predominantemente apegados a una concep-

ción metodológica tradicional. En el caso de la Nueva Escuela, se trataba de una historiografía muy cercana a la *histoire événementielle* y que si continuaba la interpretación liberal-nacionalista de Mitre era porque ese marco le servía tanto como cualquier otro para el despliegue de los métodos que presuponían que la historia podía encontrarse ya desplegada en los hechos y los documentos. El revisionismo, por su parte, se diferenciaba de la Nueva Escuela más por su marco interpretativo que por su metodología, que en este caso no parecía preocupar a todos sus cultores.¹⁰

Frente a este marco no es raro que los *Annales* funcionaran como modelo. Y podían serlo de múltiples maneras. En principio como ejemplo militante de ruptura con una tradición que se consideraba tanto o más insatisfactoria que la que habían enfrentado los historiadores franceses y que, además, aparecía como una versión aún más decadente que aquella contra los que éstos habían luchado. En segundo lugar, como un modelo de renovación metodológica que proponía la historia de mentalidades, la historia serial, o la "larga duración" como herramientas útiles de la buscada transformación. Finalmente, como un ejemplo de renovación temática que permitiría abandonar los estériles caminos de una historia política difícilmente diferenciable de la mera crónica. Pero también las mismas ambigüedades que se encontraban en la escuela francesa, entre las que se incluían las ideológicas, la convertían en un modelo especialmente adecuado para un grupo renovador cuyo programa era también necesariamente ambiguo en la medida en que se definía más por contraposición con las prácticas imperantes que por la ambición de constituir un proyecto sistemático, dentro del cual convivían, además, adhesiones a ideologías contrapuestas.

Pero en la comunidad académica que se conformó también se recibieron influencias de la sociología, de la de la economía y del marxismo. Aunque estas influencias implicaban un renovado contacto con las ciencias sociales preconizado por los *Annales*, también implicaba la preocupación por temas que no resultaban los centrales para una historiografía preocupada por el Antiguo Régimen. Sin embargo "la heterogeneidad profunda de esos influjos no impedía que fuesen inesperadamente coincidentes en sus efectos: la sociología aportaba la problemática de la modernización, la economía la del desarrollo, ese difuso marxismo la del surgimiento del orden capitalista: eran tres modos de abordar un único proceso, que había atraído muy escasamente la atención de la escuela de los *Annales*, concentrada en cambio en la problemática no sólo económica de la Europa preindustrial".¹¹

Es posible distinguir varios efectos de la difusión de los *Annales* en la universidad argentina. En principio la utilización en las cátedras de la *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien* de Bloch, los *Combats pour l'histoire* de Febvre y *Histoire et Sciences Sociales* de Braudel mostraba la intención de algunos historiadores de diferenciarse de las tradiciones que consideraban agotadas. Se trataba de la utilización de la obra de los *annalistes* con un sentido militante y si bien servía para la delimitación del campo y el reconocimiento de los iniciados, no implicaba necesariamente su vinculación directa con la tarea historiográfica. Pero su impacto en la formación de una concepción de la historia, que a su vez era parte esencial de la formación del campo intelectual, no puede negarse.

Si en cierta forma esa difusión era a la vez la propagación

de un mensaje que se quería innovador y una forma de auto-definición, hacia el interior de ese nuevo grupo, la recepción de las influencias europeas era también una forma de diferenciación. Esa búsqueda de diferenciación interna se relacionaba con un conflicto aún más vasto que el historiográfico. Se trataba de discutir las propuestas para la salida de lo que aparecía como interminable crisis que vivía el país. No obstante, también llevó al examen minucioso de algunas de las propuestas de la historiografía europea. Entre otras, al examen de lo que podían tener de rescatable la historia de mentalidades o la "larga duración".

En este sentido los artículos que sobre estos temas publicaron Ernesto Laclau y Tulio Halperin al comienzo de la década resultan paradigmáticos.¹² Desde perspectivas diferentes ambos artículos presentan una preocupación común, la de reconstituir la legitimidad de una renovada historia genética atenta a los procesos de cambio. Así, Laclau impugna desde el marxismo una historia de mentalidades que, ejemplificada por Lucien Febvre, es un útil instrumento para conocer las estructuras mentales que se plantean como un límite a la acción humana, aunque "este tipo de reconstrucción histórica capta la presencia de infinidad de hechos y estructuras nuevas, pero es incapaz de transmitirnos lo que es más específico del acontecer histórico: el sentido, la dirección, el significado del cambio. Lo esencial no es conocer descriptivamente el conjunto de estructuras que limitan la acción humana en un momento del tiempo: lo esencial es ver cómo se articula realmente el desarrollo de un proceso, cómo esos distintos elementos de la realidad histórica se conectan y vinculan los unos con los otros; vale decir, que lo esencial es reconquistar, por detrás de los paisajes humanos que nos muestran los cortes transversales del pasado, la dinámica específica del cambio histórico".

Ya en el trabajo de Halperin se encontraba esta preocupación por la necesidad de comprensión de los procesos históricos, la afirmación de la peculiaridad creativa de esos procesos, la necesidad de volver a una historia genética que pudiera ver en las estructuras no sólo los límites a la acción humana, sino también el resultado mismo de esa acción. Halperin introduce, además, otros temas que apuntan en la misma dirección. Las dificultades que plantean las relaciones entre las distintas duraciones y las complejas relaciones entre la historia y las ciencias humanas son algunos de ellos. Aquí la distancia que se propone tomar de unas ciencias sociales cuyos avances son evidentes, proviene de lo que es visto como la necesidad de integrar la historia vivida por los hombres en los marcos menos fácilmente cambiantes de las estructuras y el tiempo largo. Ello implica nuevamente rescatar la *peculiaridad* de los desarrollos históricos, frente a las generalizaciones impulsadas desde las ciencias sociales. Implica, también, rescatar el modelo de una historia que permita darle un sentido al aparentemente "caótico sucederse de hechos, de acontecimientos, que es lo que cada hombre vive en su experiencia inmediata como historia".

En el campo de las realizaciones historiográficas concretas, la influencia de los *Annales* fue, como era de esperar, a la vez más evidente y más elusiva. En principio porque esa influencia estaba mediada por el período que el grupo renovador había elegido para realizar sus investigaciones: los procesos de cambio de la sociedad argentina en el siglo XIX y especialmente las profundas transformaciones por las que el país ha-

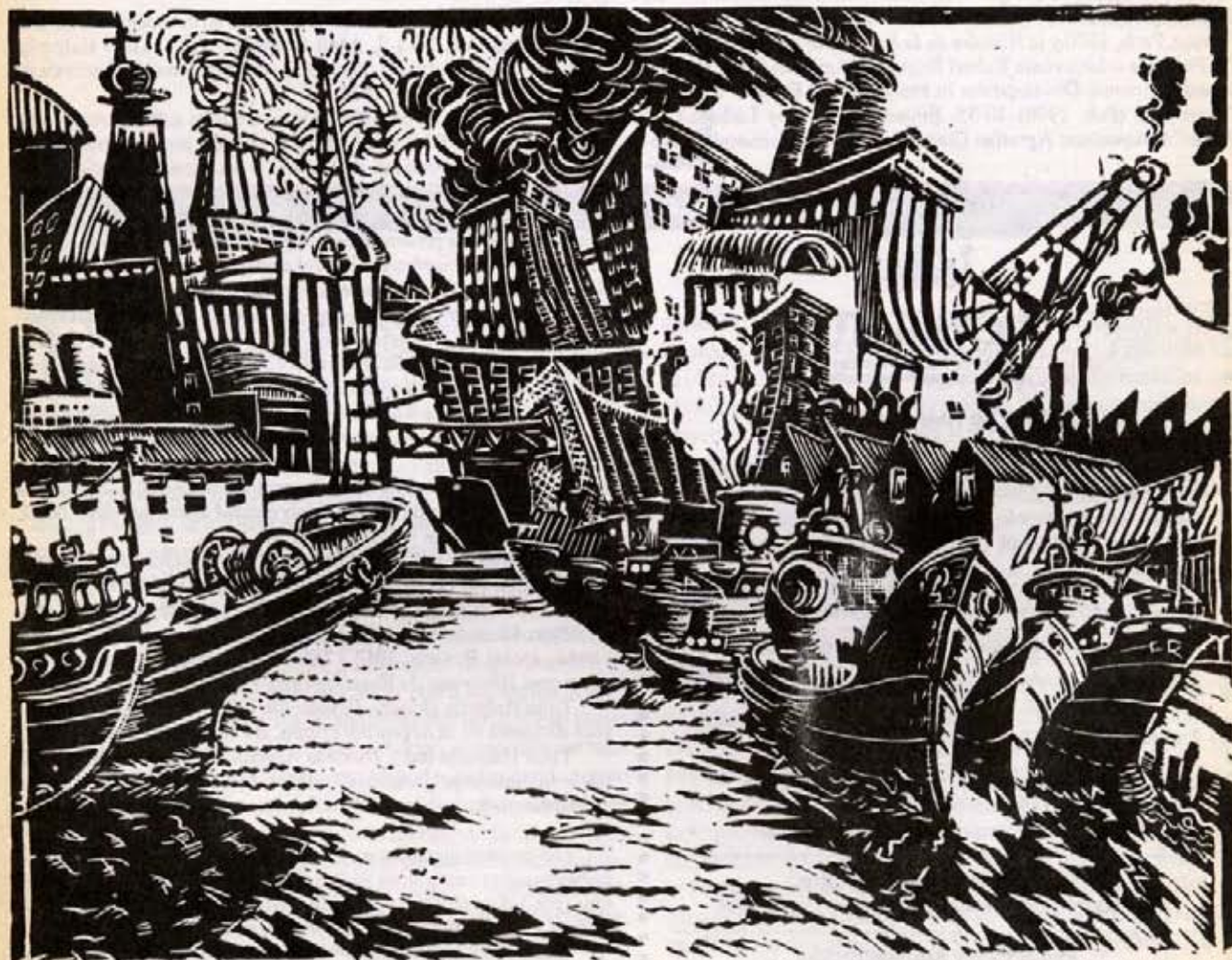
bía comenzado a atravesar a partir de la segunda mitad de ese siglo.¹³

Los ejemplos más concretos tuvieron que ver en todo caso con los intentos de realizar una historia que se aproximara a los modelos provistos por la historia serial, o la historia demográfica.¹⁴ Pero, curiosamente, la que puede considerarse como la obra más destacada del período, *Revolución y Guerra* de Tulio Halperin, si bien se abre con un panorama de la economía y la sociedad del Río de la Plata previo a la Revolución de Mayo es como el mismo autor los sostiene "ante todo un libro de historia política"¹⁵. Era este el campo menos apreciado por la escuela francesa, y donde los esfuerzos renovadores fueron más tardíos. El objetivo del trabajo es "seguir las vicisitudes de una élite política creada, destruída y vuelta a crear por la guerra y la revolución". Según el autor, aunque planteado en otros términos el tema no es muy diferente de los que estudiaron Mitre y López. El trabajo es entonces, en cierta medida, resultado de las preocupaciones que su autor había enunciado diez años antes. Prefiere apoyarse en el pasado de la propia disciplina para innovar a partir de un replanteo de las preguntas que el mismo tema sugiere, a la vez que avanzar en el campo

menos desarrollado en la historiografía contemporánea.

Aun en lo que ha podido verse como resultado directo del influjo de los *Annales*, el planteo de los rasgos de la economía y la sociedad en cada período, característico de los volúmenes de la *Historia Argentina* dirigida por el mismo Halperin, es difícilmente atribuible a esa sola influencia.¹⁶ Parece, en todo caso, corresponderse mejor con la problemática de la modernización, del desarrollo económico y del capitalismo. Con todo, tal vez la renovación temática ejemplifica mejor las nuevas tendencias, y aunque esta innovación temática no pareciera responder a los ejemplos propuestos por la historiografía francesa, ella muestra su influjo.¹⁷

Al parecer las influencias que recogió la historiografía argentina del período analizado fueron múltiples, y si uno de los objetivos del grupo renovador era volver a encontrar en la historiografía europea las fórmulas para rehacer la propia, además de mostrar que se consideraba ese contacto como parte necesaria de una cultura que quería ser parte de las transformaciones que abarcaban a una comunidad académica más amplia, mostraba también que no se reducían al modelo propuesto por los historiadores franceses.¹⁸



En todo caso el ejemplo de los *Annales*, además de la indudable fascinación que su obra generaba, permitía vislumbrar las transformaciones que podía lograr en varios ámbitos un grupo renovador exitoso. Las vicisitudes de la vida institucional argentina hicieron que ese logro, que en este caso distaba mucho de ser seguro, se volviera imposible. Pero tal vez

hayamos sido más las características de los renovadores como grupo lo que alguna vez ha llevado a algunos críticos locales a extremar sus argumentos contra una influencia de los *Annales* en la historiografía argentina que resulta más elusiva que lo que la misma historia de la década del 60 hubiera permitido esperar.

¹ La bibliografía sobre los *Annales* es extensa, véase entre otros, Georg G. Iggers, *New Directions in European Historiography*, Middletown, 1984; Josep Fontana, *Historia, Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, 1982; *Annales*, noviembre-diciembre 1989.

² Traian Stoianovich, *French Historical Method. The Annales Paradigm*, with a Foreword by Fernand Braudel, Ithaca y Londres, 1976.

³ Juan Carlos Korol, "Duraciones y Paradigmas en la escuela de los *Annales*" *Punto de Vista*, N° 23, abril 1985, pp. 18-25.

⁴ Véase Braudel, *La Méditerranée et le Monde méditerranéen l'époque de Philippe II*, París, 1966, I, pp. 383-421.

⁵ Esta no es, obviamente, la única manera de percibirla, véase Josep Fontana, *Historia*, para una crítica de lo que el autor considera apropiaciones de los *Annales* de tradiciones que le son extrañas.

⁶ Algunos ejemplos en ese sentido son Pierre Goubert, *Beauvais et le Beauvaisis de 1600 a 1730*, París, 1960; Emmanuel Le Roy Ladurie, *Les Paysans du Languedoc*, París, 1966. Las primeras síntesis de principios de los 70, véase la *Histoire économique et sociale de la France*, París, 1970 y la *Histoire de la France rurale*, París, 6.1975-76. Para una crítica véase Robert Brenner, "Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-industrial Europe" *Past and Present*, 70 (Feb. 1976) 30-35. Emmanuel Le Roy Ladurie-Guy Blois: "Symposium: Agrarian Class Structure and Economic Deve-

lopment in Pre-industrial Europe", *Past and Present*, 79 (mayo 1978) 55-69.

⁷ Lucien Febvre, *Combats pour l'histoire*, París, 1953; Fernand Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, 1968; véase también Marc Bloch, *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*, París, 1967.

⁸ Tulio Halperin, "Un cuarto de siglo de historiografía argentina (1960-1985)" *Desarrollo Económico*, N° 100, enero-marzo 1986, pp. 487-520.

⁹ Sobre los aspectos culturales de la década del 60 véase entre otros John King, *El Di Tella y el desarrollo cultural argentino en la década del sesenta*. Bs. As., 1985; Oscar Terán, "Intelectuales y política en la Argentina 1956-1966". *Punto de Vista*, N° 37, julio 1990, pp. 18-22.

¹⁰ Tulio Halperin, "Un cuarto de siglo de historiografía argentina", p. 489.

¹¹ Tulio Halperin, "Un cuarto de siglo de historiografía argentina", p. 497.

¹² Ernesto Laclau, "Nota sobre la historia de mentalidades" *Desarrollo Económico*, N° 1-2, Abril-Setiembre 1963. Tulio Halperin, "Historia y larga duración: examen de un problema", *Cuestiones de Filosofía*, Año 1, N° 2-3, 1962.

¹³ La renovación no sólo abarcó a los trabajos sobre la Argentina, también se extendió a otros campos. Véase, por ejemplo, Marta Bonardo "La Universidad de Rosario y los estudios medievales", Rosario, 1987 (mimeo) sobre las transformaciones en ese área. En historia colonial se produjo también una notable transformación, a la que no fue ajena la presencia de Ruggiero Romano en el país, y de la que los mejores ejemplos son los trabajos de Carlos Sempat Assadourian. Esos desarrollos no son examinados en este trabajo.

¹⁴ Para el primer caso véase especialmente A. Fracchia, H. Gorostegui de Torres y R. Cortés Conde, "Producto bruto en el período 1869-1914: identificación de fuentes y sugerencias sobre métodos de estimación posibles", Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional de Rosario e IDES, *Jornadas de Historia y Economía Argentina en los siglos XVIII y XIX*, Rosario-Buenos Aires, 1964.

Haydée Gorostegui de Torres, "Los precios del trigo en Buenos Aires durante el gobierno de Rosas" Universidad Nacional del Litoral, Facultad de Filosofía y Letras, 1962-63.

Roberto Cortés Conde, Tulio Halperin, Haydée Gorostegui de Torres, "Evolución del comercio exterior argentino. Exportaciones, 1864 - 1930", Buenos Aires (mimeo, s/f). Para el segundo caso véase Albert Meister, Susana Peruzzi y Elida Sonzogni, *Tradición y cambio social*, Rosario, 1963 y los Anuarios del Instituto de Investigaciones Históricas de Rosario (1963 - 1965).

¹⁵ Tulio Halperin Donghi, *Revolución y guerra, formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, Bs. As., 1972.

¹⁶ Tulio Halperin (ed.), *Historia Argentina*, Buenos Aires, 1972 (siete volúmenes publicados) Entre los autores se encuentran muchos de los historiadores del período que mejor representan al grupo renovador.

¹⁷ Los mejores ejemplos en este sentido son las recopilaciones de trabajos que se encuentran en T.S. Di Tella, G. Germani, J. Graciarena (eds.), *Argentina, sociedad de masas*, Bs. As., 1965 y en T. S. Di Tella y T. Halperin Donghi, *Los fragmentos del poder*, 1969.

¹⁸ Basta, en este sentido, con revisar las publicaciones que para uso de la Cátedra de Historia Social, realizaba la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Allí se hace evidente que las lecturas incluían trabajos de distintas procedencias y perspectivas.



NUMERO 39 (Primavera 1990)

Enrique Barón, Max Gallo, Enrique Curiel, Elena Flores: El futuro de Europa.

André Gunder Frank: La revolución en Europa de Este.

Celestino del Arrenal: La política española en América Latina.

Juan Barranco: Grandes ciudades: reto y esperanza.

Francisco Cánovas: Cultura, economía y mecenazgo.

Giancarlo Boselli: Entrevista con Norberto Bobbio.

Luis Solana, Javier Nadal, Miguel Angel Quintanilla: Progreso y nuevas tecnologías.

Enrique Múgica: Socialismo democrático: tradición y alternativas.

Antonio Santesmases: El mosquito y el elefante.

Michel Rocard: El fin del mesianismo.

Miguel Porta: Tesis para una izquierda posible.

Suscripción anual: 1.400 ptas.
Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración:
Monte Esquina, 30. 38010 Madrid

La historia cultural redefinida: prácticas, representaciones, apropiaciones



Roger Chartier

Este texto¹ intenta situar algunos de los debates esenciales que hoy atraviesan la historia cultural, y hacerlo a partir de dos direcciones, que fueron las seguidas por mí en estos últimos años. La primera consistió en un trabajo de investigación organizado alrededor de tres polos, habitualmente separados en las tradiciones académicas: el estudio crítico de los textos, ordinarios o literarios, canónicos u olvidados; la historia de los libros y, más aún, de todos los objetos impresos que comunican por medio de la escritura o de la imagen; finalmente, el análisis de las prácticas que, de manera diversa, se apoderan de los bienes simbólicos produciendo así usos y significaciones diferenciadas. Esta perspectiva tuvo una cuestión central como presupuesto: comprender de qué manera, en las sociedades del Antiguo Régimen entre los siglos XVI y XVIII, la circulación multiplicada de lo escrito impreso transformó las formas de sociabilidad, autorizó pensamientos nuevos y modificó las relaciones con el poder tanto en el mundo social como en el sagrado.² Paralelamente a estos estudios de casos, centrados sobre el análisis de un corpus de textos (o de imágenes) particular, me comprometí en una reflexión que sometiera a examen crítico los modos de pensar y practicar la historia cultural en la tradición historiográfica a la que pertenezco y que por comodidad, aunque no siempre con exactitud, se identifica con los *Annales*. En esta empresa, el azar de los encuentros intelectuales jugó su rol y condujo a cruces inesperados (por ejemplo, la utilización histórica de la antropología

simbólica o el discurso filosófico sobre la historia), fortaleciendo a través de lecturas más precisas —por ejemplo la de la obra de Norbert Elias— algunas hipótesis formuladas en un texto de 1982.³ Retrospectivamente, me parece que estas dos trayectorias tuvieron en común la consideración operatoria de algunas nociones que hasta el momento habían sido casi extrañas a la historia cultural francesa. Ellas estarán en el centro de esta reflexión.

Es necesario decir, en primer lugar, que tal empresa fue construida progresivamente en respuesta a la insatisfacción que despertaba la historia cultural francesa de los años sesenta y setenta, presa en la doble definición de historia de las mentalidades y de historia serial y, en consecuencia, cuantitativa. Los rasgos que la caracterizan no pueden comprenderse sino en relación con la situación de la historia como disciplina en estas décadas. En síntesis, puede decirse que la historia en Francia es dominante institucionalmente pero intelectualmente amenazada.⁴ Su posición dominante en el campo universitario proviene de su peso numérico (en 1967, alcanza la segunda posición entre las letras y las ciencias humanas, después de la literatura francesa, pero mucho antes que la lingüística, la psicología o la sociología) y de su importante capital escolar, en términos de curriculum y de títulos de los profesores: nueve sobre diez son *agregés*, dos sobre diez son ex alumnos de las escuelas normales superiores. En la escala de la legitimidad institucional, la historia pertenece al grupo de las discipli-

nas dominantes, aun cuando la preceda el francés, las lenguas muertas o la filosofía, y presenta propiedades muy diferentes de las de las nuevas disciplinas, menos numerosas y cuyos profesores (sobre todo los más jóvenes, que no son en realidad profesores sino asistentes) carecen de los títulos académicos más prestigiosos.

Ahora bien, justamente esta posición, apoyada sobre la primacía reconocida al estudio de las coyunturas económicas y demográficas o las estructuras sociales, es la que amenazan las ciencias sociales recientemente institucionalizadas desde los años sesenta. Para hacerlo, cuentan con una fuerte tasa de crecimiento de sus efectivos (que varía entre 200 y 300% entre 1963 y 1967 para la lingüística, la sociología y la psicología) y con el reclutamiento de nuevos profesores, con diplomas menos prestigiosos que en las disciplinas canónicas pero que disponen, en su mayoría, de fuerte capital social. El desafío que lanzaron a la historia tomó formas diversas, algunas de ellas estructuralistas, pero todas pusieron en cuestión la disciplina en sus objetos —por la atención desplazada de las jerarquías a las relaciones, de las posiciones a las representaciones— y en sus certezas metodológicas —consideradas débiles frente a las nuevas exigencias teóricas—. Al aplicar sobre territorios hasta entonces extraños a los intereses de la historia socio-económica las normas de cientificidad y los modelos de trabajo instalados en las ciencias exactas (la formalización y la modelización, la explicitación de hipótesis, la investigación en equipo), las ciencias sociales conquistadoras minaban el predominio de la historia en los campos universitario e intelectual. Importaron del dominio de las disciplinas literarias los nuevos principios de legitimidad, que descalificaban a la historia como empírica, e intentaron convertir su fragilidad institucional en hegemonía intelectual.

La respuesta de los historiadores franceses fue doble. Pusieron en marcha una estrategia de captación dirigida a los frentes abiertos por los otros. De allí, la emergencia de objetos nuevos en el cuestionario histórico: las actitudes frente a la vida y la muerte, los rituales y las creencias, los sistemas de parentesco, las formas de sociabilidad, los funcionamientos escolares, etc., lo que equivalía a constituir nuevos territorios para el historiador por anexión de territorios ajenos (etnológicos, sociológicos, demográficos). Como corolario, la vuelta a una de las inspiraciones fundamentales de los primeros *Annales*, los de los años treinta, con el estudio del utilitarismo que la dominación de una historia con vocación sobre todo social había relegado a un segundo plano. Con el término *historia de mentalidades o psicología histórica* se trazaba un campo de investigación, distinto tanto de la vieja historia de las ideas como de la ahora hegemónica de las coyunturas y las estructuras. Sobre estos objetos nuevos o recontrados, podían ponerse a prueba enfoques inéditos, tomados de disciplinas vecinas: las técnicas del análisis lingüístico y semántico, las estadísticas de la sociología y ciertos modelos de la antropología.

Pero esta estrategia de captación (de territorio, de técnicas, de índices de cientificidad) sólo podía tener éxito si no se olvidaba nada de lo que había constituido la fuerza de la disciplina, impulsada por las innovaciones audaces del tratamiento cuantitativo de fuentes extensas y seriales (registros parroquiales, de precios, archivos portuarios, actas notariales). En sus formas más difundidas, la historia francesa de mentalidades se construyó aplicando a nuevos objetos los principios de

inteligibilidad antes experimentados en la historia de la economía y la sociedad. De allí sus características específicas: la preferencia dada al gran número, y por tanto a la investigación de la cultura considerada popular; la confianza en las cifras y la cuantificación; el gusto por la larga duración; la primacía de una clasificación social previa que organice imperativamente los hechos de mentalidad. Los rasgos de la historia cultural así definida, que articula nuevos espacios de investigación pero se mantiene fiel a los postulados de la historia social, traducen la estrategia de la disciplina que obtenía una legitimidad científica renovada —y mantenía su centralidad institucional— recuperando en su provecho las proposiciones que hubieran podido destronarla. La operación fue coronada por el éxito y se estableció una alianza duradera y estrecha entre la historia y las disciplinas que, en un momento, habían parecido ser sus competidoras más peligrosas.

Al inscribir de este modo las características de la historia de mentalidades en la configuración de un campo científico donde ellas fueron modeladas, quisiéramos señalar que toda reflexión sobre los desplazamientos o enfrentamientos propios a una disciplina supone necesariamente la identificación de su lugar en el campo universitario y la de las herencias interiorizadas y las posiciones compartidas que fundan su especificidad. Durante demasiado tiempo, los historiadores escribieron la historia de su disciplina valiéndose de categorías de pensamiento cuyo uso hubieran rechazado para el análisis de cualquier otro objeto. Durante demasiado tiempo, la historia de la historia se hizo a través de "esos engendramientos de conceptos surgidos de inteligencias desencarnadas", tal como juzga Lucien Febvre lo peor de la vieja historia de las ideas.⁵ Decir esto no significa reducir los debates intelectuales a fachadas de enfrentamiento de poder (entre escuelas, entre disciplinas, entre tradiciones nacionales), ni pensar que tal análisis permite a quien lo realiza escapar a las determinaciones que regulan el campo donde está ubicado. Se trata de algo diferente: el deber de pensar tanto las divergencias surgidas en el mundo académico como las evoluciones específicas de las disciplinas, situándolas en el espacio al que pertenecen.

Hoy, el principal objeto de la historia cultural es, en mi opinión, el de indicar cómo, de manera diferente según los lugares y los tiempos, las "realidades" se construyen, se presentan a la lectura o a la vista y son captadas. Tal trabajo implica varios supuestos. El primero considera a las clasificaciones, divisiones y cortes que articulan la aprensión del mundo social como categorías fundamentales de percepción y apreciación de lo real. Variables según las clases y los medios intelectuales, son producto de las disposiciones estables y compartidas de un grupo. Se trata de esquemas intelectuales incorporados, que engendran las figuras gracias a las cuales el presente puede tomar sentido, el otro ser inteligible, el espacio recibir su desciframiento. Las representaciones del mundo social construidas de este modo, aun cuando pretendan la universalidad de un diagnóstico fundado en la razón, se sustentan siempre en los intereses del grupo que las forja. De allí la necesaria puesta en relación de los discursos con la posición de quien los emite. De allí la comprensión de las luchas entre las clases (pero también entre los sexos, las razas, las confesiones, etc.) como luchas de representación, que ponen en conflicto las imágenes que los grupos o los poderes creen dar de sí mismos, y las que, contra su voluntad, les son impuestas por sus competidores.

Las percepciones de lo social, en efecto, no son discursos neutros: ellas engendran estrategias y prácticas (sociales, escolares, políticas) que tienden a imponer una autoridad a los otros, a quienes descalifican; a legitimar una dominación y a justificar, frente a los mismos individuos, sus elecciones y sus conductas. En esto, las luchas de representaciones importan tanto como las luchas económicas para comprender los mecanismos por los cuales un grupo impone, o intenta imponer, su concepción del mundo social, sus valores y su hegemonía. Remitirse a las clasificaciones y los cortes no implica alejarse de lo social, como lo creyó mucho tiempo una historia de vuelo bajo, sino, por el contrario, localizar los lugares de enfrentamiento tanto más decisivos cuanto menos inmediatamente materiales.⁶

Por este camino, es posible superar los falsos debates sobre la diferencia, considerada irreductible, entre la objetividad de las estructuras (que sería el territorio de la historia más segura, la que, manejando masas documentales cuantificables, reconstruye las sociedades tal como fueron verdaderamente) y la subjetividad de las representaciones (con la que se relaciona otra historia, con vocación por el discurso y lejos de lo real). Tal clivaje atravesó profundamente la historia, pero también otras ciencias sociales como la sociología o la etnología, oponiendo las perspectivas estructuralistas a las empresas fenomenológicas, en la medida en que las primeras trabajan a gran escala sobre posiciones y jerarquías de diferentes grupos, a menudo identificados como clases, y las segundas privilegian el estudio de los valores y los comportamientos de comunidades más restringidas, consideradas, muchas veces, homogéneas.

El proyecto de superar esta oposición exige, en primer lugar, sostener que los esquemas generadores de los sistemas de clasificación y de percepción son verdaderas "instituciones sociales", que incorporan, bajo la forma de categorías mentales y representaciones colectivas, los cortes de la organización social ("Las primeras categorías lógicas fueron categorías sociales; las primeras clases de cosas fueron clases de hombres

en las cuales se integraron las cosas")⁷ y también sostener, como corolario, que estas representaciones colectivas son matrices de las prácticas que construyen el mundo social ("Incluso las representaciones colectivas más elevadas no existen, ni son verdaderamente tales, sino en la medida en que ellas gobiernen actos")⁸.

La vuelta a Mauss y Durkheim autoriza, quizás, a pensar aquello que los instrumentos conceptuales de la historia de mentalidades no ha captado. La noción de "representación colectiva", entendida en el sentido que Mauss y Durkheim le daban, permite, en efecto, articular las imágenes mentales claras —que Lucien Febvre llamaba los "materiales de las ideas"— con los esquemas interiorizados, las categorías incorporadas, que las engendran y estructuran. Obliga también a relacionar la construcción de esos esquemas y categorías no con procesos psicológicos, individuales o colectivos, sino con las divisiones mismas del mundo social. En este punto, la noción puede fortalecer una historia cultural de lo social que se dé por objeto la comprensión de las figuras y los motivos que, en los actores sociales, traducen sus posiciones e intereses objetivamente y que, al mismo tiempo, describen la sociedad tal como ellos piensan que es o tal como desearían que fuera.

Al señalar estos motivos se abre un primer debate: ¿es necesario identificarlos como símbolos y considerar "simbólicos" todos los signos, actos u objetos, todas las figuras intelectuales o las representaciones colectivas gracias a las cuales los grupos organizan conceptualmente el mundo social o natural y construyen su realidad percibida y comunicada? La referencia fundacional a Ernst Cassirer, reivindicada por la antropología simbólica norteamericana después de que lo fuera por Erwin Panofsky, podría incitarnos a hacerlo en la medida en que define la función simbólica (llamada de simbolización o de representación) como una función mediadora que informa las diferentes modalidades de aprehensión de lo real y opera mediante los signos lingüísticos, las figuras del mito y de la religión o los conceptos del conocimiento científico.⁹ La tradición del idealismo crítico considera "forma simbólica" todas las



categorías y todos los procesos que construyen "el mundo como representación"¹⁰. De allí que se asigne a una función universal del espíritu el conjunto de producciones, cualesquiera que sean, que pertenecen al orden de la representación o de la figuración; de allí, por corolario, la extensión máxima dada al concepto de símbolo que subsume toda forma o todo signo merced a los cuales la conciencia constituye la "realidad".

Nuestra preferencia se inclina por una definición del concepto de representación a la vez más restringida y más determinada históricamente. Para el historiador de las culturas del Antiguo Régimen, su pertinencia operatoria resulta de dos órdenes de razones. En primer lugar, es claro que la noción tiene un lugar central en el instrumental de nociones gracias al que los contemporáneos tendían a hacer que su propia sociedad fuera menos opaca. En este punto es necesario hacer varias aclaraciones. Las viejas definiciones del término (por ejemplo, las del diccionario de Furetière)¹¹ ponen de manifiesto la tensión entre dos familias de sentido: por un lado, la representación como mostración de una ausencia, lo que supone una distinción radical entre lo representado y el representante; por el otro, la representación como exhibición de una presencia, como presentación pública de una cosa o persona. En la primera acepción, la representación es instrumento de un conocimiento mediato que deja ver un objeto ausente sustituyéndolo por una "imagen" capaz de traerlo a la memoria y "pintarlo" tal como es. Algunas de estas imágenes son totalmente materiales y sustituyen al cuerpo ausente mediante un objeto que se les parece o no según el caso: los manequés de cera, de madera o de cuero, llamados precisamente "representaciones", que se colocaban sobre el féretro real durante los funerales de los soberanos de Francia o Inglaterra; o, más antiguamente, la litera fúnebre vacía, recubierta de un paño mortuorio que "representaba" al difunto. Otras imágenes juegan en un registro diferente: el de la relación simbólica que, para Furetière, consiste en la "representación de algo moral por imágenes o propiedades naturales (...) El león es el símbolo del valor; el pelícano, del amor paternal". Se postula así una relación descifrable entre el signo visible y el referente significado, lo que no quiere decir que esta relación sea siempre descifrada como debería serlo.

La relación de representación —entendida como relación entre una imagen presente y un objeto ausente, en la que la primera vale por el segundo porque es su homólogo— funda la teoría del signo en el pensamiento clásico, elaborado en su mayor complejidad por los lógicos de Port-Royal.¹² Por un lado están las modalidades variables que permiten discriminar diferentes categorías de signos (seguros o probables, naturales o instituidos, adheridos o separados de lo que representan, etc.) y caracterizar el símbolo (en sentido estrecho) en sus diferencias respecto de los otros signos.¹³ Por otro lado, al identificar las dos condiciones necesarias para que tal relación sea inteligible —el conocimiento del signo como signo en su separación respecto de la cosa significada, y la existencia de convenciones que regulan la relación del signo con la cosa—, la *Lógica* de Port-Royal plantea los términos de una cuestión fundamental: la de las posibles incomprendiones de la representación, sea por fallas en la "preparación" del lector (lo que remite a las formas y los modos de inculcar convenciones), sea por la "extravagancia" de una relación arbitraria entre el signo y el significado (que plantea una pregunta sobre las condi-

ciones mismas de producción de equivalencias admitidas y compartidas).¹⁴

Justamente esta distinción fundamental entre representación y representado, entre signo y significado, se pervierte en las formas de teatralización de la vida social en la sociedad del Antiguo Régimen. Todas apuntan, en efecto, a que la cosa no tenga otra existencia que en la imagen que la exhibe, que la representación enmascare en lugar de "pintar" adecuadamente a su referente. Pascal puso al desnudo este mecanismo de la "mostración" que manipula los signos para que éstos no den a conocer las cosas tales como son: "Nuestros magistrados conocen bien ese misterio. Sus togas rojas, sus armifios, con los que se cubren como gatos, los palacios donde juzgan, las flores de lis, todo ese aparato augusto les es muy necesario; y si los médicos no tuvieran sotanas y mulas, y los abogados birretes y vestimentas amplias, nunca engañarían al mundo que es incapaz de resistir a esta mostración tan auténtica. Si los jueces poseyeran verdadera justicia y los médicos dominaran el arte de curar, no necesitarían adoptar los birretes; la majestad de estas ciencias sería suficientemente venerable en sí misma. Pero cuando las ciencias son imaginarias, necesitan adoptar vanos instrumentos que apelan a la imaginación y mediante los cuales logran ser respetadas". La imaginación confunde la relación de representación, presenta al engaño como verdad y considera a los signos visibles como índices seguros de una realidad que no lo es. Así desviada, la representación se transforma en máquina para fabricar respeto y sumisión, en instrumento que produce una obligatoriedad interiorizada, necesaria allí donde no existe la posibilidad de recurrir a una violencia inmediata: "Sólo los guerreros no se disfrazan de este modo, porque su papel es más esencial y lo establecen por la fuerza en los casos en que los otros recurren al gesto".¹⁵

Toda reflexión sobre las sociedades del Antiguo Régimen debe inscribirse en esta perspectiva doblemente pertinente, porque considera la posición "objetiva" de cada individuo en relación de dependencia con el crédito que le acuerda la representación de sí mismo ante aquellos de quienes espera reconocimiento; y también porque comprende las formas de dominación simbólica, a través del "aparato" como escribía La Bruyère,¹⁶ como corolario de la ausencia o del borramiento de la violencia bruta. Por lo tanto, en el proceso de larga duración de la erradicación de la violencia hasta que se convierte en monopolio del Estado absolutista,¹⁷ es necesario inscribir la importancia creciente de las luchas de representación, que ponen en juego el ordenamiento, y por lo tanto la jerarquización, de la estructura social misma.

La noción de representación puede construirse a partir de acepciones antiguas. Allí encontramos una primera y buena razón para convertirla en clave de bóveda de la empresa de la historia cultural. Pero hay otra. Más que el concepto de mentalidad, autoriza la articulación de tres modalidades de la relación con el mundo social: en primer lugar, el trabajo de clasificación y de corte que produce las configuraciones intelectuales múltiples mediante las cuales la realidad es construida contradictoriamente por los diferentes grupos que componen una sociedad; también, las prácticas que apuntan al reconocimiento de una identidad social, a la exhibición de un modo propio de ser en el mundo, a la designación simbólica de un rango o estatuto; finalmente, las formas institucionalizadas y objetivadas por las cuales los "representantes" (instancias co-

lectivas o individuos) marcan de manera visible la existencia del grupo, de la comunidad o de la clase.¹⁸

Esta problemática del "mundo como representación" conduce necesariamente a una reflexión sobre el modo en que los lectores de textos (o de imágenes), que presentan lo real a la vista y al pensamiento, captan las figuraciones que organizan la construcción de lo social. De allí en este trabajo y en otros más puntualmente consagrados a las prácticas de lectura, el interés que despierta el proceso por el cual un sentido es producido históricamente y una significación construida diferencialmente. Tal perspectiva se cruza con la de la hermenéutica cuando ésta se esfuerza en comprender cómo un texto puede "aplicarse" a la situación del lector, y cómo una configuración narrativa puede implicar una refiguración de la experiencia individual. En el punto de articulación entre el mundo del texto y el mundo del sujeto encuentra su lugar una teoría de la lectura capaz de comprender la apropiación de discursos, es decir, la manera según la cual éstos afectan al lector y lo conducen hacia una nueva forma de comprensión de sí y del mundo. Paul Ricoeur se propuso construir esta teoría de la lectura apoyándose, por un lado, en la fenomenología del acto de leer, y por el otro, en la estética de la recepción.¹⁹ Su objetivo es doble: pensar la realización del texto en su lectura como condición para que se actualicen las posibilidades semánticas y se opere el trabajo de refiguración de la experiencia singular; comprender la apropiación del texto como mediación necesaria para la constitución y la comprensión de sí.²⁰ Todo trabajo que se proponga definir el modo en que las configuraciones inscriptas en los textos construyen representaciones aceptadas o impuestas del mundo social, no puede sino compartir este proyecto.

Pero en la respuesta, a no dudarlo, es necesario marcar una diferencia respecto de la perspectiva hermenéutica. Comprender en su historicidad las apropiaciones de las configuraciones textuales exige romper con el concepto de sujeto universal y abstracto tal como lo sostiene la fenomenología y, pese a las apariencias, la estética de la recepción. Ambas lo construyen a partir de una invariancia transhistórica de la individualidad

que se supone idéntica a través del tiempo, o a través de la proyección como universal de una singularidad que es la del "yo" o el "nosotros" contemporáneo. Allí se sitúa el punto de desacuerdo con una manera de pensar que, con Norbert Elias, plantea la discontinuidad fundamental de las formaciones sociales y culturales, a partir de categorías filosóficas, de economías psíquicas, de formas de la experiencia. Las modalidades de la acción deben siempre remitirse a los lazos de interdependencia que regulan las relaciones entre los individuos, lazos que difieren según las situaciones ya que reciben forma desde las estructuras de poder. Pensar la individualidad de este modo, en sus variaciones históricas, implica romper con el concepto de sujeto universal, e inscribir en un proceso de larga duración, caracterizado por la transformación del Estado y de las relaciones entre los hombres, los cambios de estructuras de la personalidad. Por este camino, la intuición de Lucien Febvre y de la historia de mentalidades sobre la disparidad de los utillajes mentales, puede hundirse en la historia de larga duración de las sociedades europeas.

Aplicada a la teoría de la lectura, tal perspectiva conduce a juzgar insatisfactorias las aproximaciones que consideran la lectura como relación transparente entre el "texto" —tomado como abstracción, reducido a su contenido semántico como si existiera fuera de los objetos escritos que lo proponen al desciframiento— y el "lector" —también él visto de manera abstracta, como si las prácticas por las cuales se apropia del texto no fueran variables históricas y sociales—. Los textos no están depositados en los objetos, manuscritos o impresos, que los contendrían como receptáculos, y no se inscriben en el lector como sobre una blanda cera. Considerar la lectura como un acto concreto requiere focalizar un proceso de construcción de sentido, por tanto de interpretación, situado en el cruce entre lectores dotados de competencias específicas, identificados por sus posiciones y disposiciones, caracterizados por su práctica de lectura, y textos cuya significación depende siempre de dispositivos discursivos y formales —llamémoslos "tipográficos" en el caso de textos impresos—. La comprobación permite trazar un espacio de trabajo que considera la producción de sentido, la "aplicación" del texto al lector, como relación dinámica, diferenciada, dependiente de variaciones, simultáneas o separadas, del texto mismo, de las puestas en impresión que lo ofrecen a la lectura y de la modalidad de la lectura (silenciosa u oral, sacralizada o laica, comunitaria o solitaria, pública o privada, elemental o virtuosa, popular o letrada, etc.).

La noción de apropiación puede, entonces, formularse y situarse en el centro de un enfoque de historia cultural que tenga como objetivo prácticas diferenciadas y usos contrastantes. Esta reformulación, que acentúa la pluralidad de los usos y de las comprensiones y la libertad creadora —aunque responda a reglas— de los agentes a quienes no fuerzan ni los textos ni las normas, se separa, en primer lugar, del sentido que Michel Foucault daba al concepto, cuando consideraba "la apropiación social de los discursos" como uno de los procedimientos mayores por los que los discursos son confiscados y sometidos por los individuos y las instituciones que se atribuyen su control exclusivo.²¹ Se aleja también del sentido que atribuye la hermenéutica a la apropiación, concebida como momento donde la "aplicación" de una configuración narrativa particular a la situación del lector, modifica una experiencia fenome-

LETRA INTERNACIONAL

NUMERO 17 (Primavera 1990)

José Andrés Rojo: Manotazos y burbujas.
La década de los ochenta.

Ingo Kolboom: Ser alemán.
Karl Schlegel: Condiciones berlinesas.
Stefan Heym: Mi prima la bruja.
Friedrich Dieckmann: Fiesta de paz.

Juan Carlos Vidal: Invierno en Varsovia.
Leonardo Sciascia: El sicario y la señora.

Vincent Canby: Vivir sin enemigos.
Antonio Cisneros: El fin de la inocencia.
Percy Kemp: Los nuevos traidores de John
Le Carré.

Eugenio Triás: La dialéctica del límite
como doctrina de la verdad y el error.

Ursula K. Le Guin: La hija de la pescadora.

Dorothy Parker: El costo de la vida.
Lourdes Ortiz: Yo a las cabañas bajé.
Annie Dillard: La vida de la que escribe.
María Kodama: Lector.
Ana Rossetti: Los atributos de la poesía.
Aliza Erza: Poemas de agenda.

Eduardo Subirats: Antiarquitecturas.
Francisco F. Longoria: La reinversión de la ciudad.

Vicente Verdú: Arquitectura y barbarie.
Jean Pierre Estrampes: La Exposición
Internacional como utopía contemporánea.

Antonio Fernández-Alba: El espacio
urbano como mediación simbólica.

Suscripción anual: 1.600 ptas.
Forma de pago: Talón bancario o giro postal

Redacción y Administración:
Monte Esquinza, 30. 28010 Madrid

nológica considerara universal y sustraída a toda variación histórica.²²

La apropiación, en el sentido en que la entendemos, apunta a una historia social de los usos y las interpretaciones, remitidas a sus determinaciones fundamentales (sociales, institucionales, culturales) e inscriptas en las prácticas específicas que las producen. Prestar atención a las condiciones y procesos que, muy concretamente, implican las operaciones de construcción de sentido (en la relación de lectura y en muchas otras) supone reconocer, en contra de la vieja historia intelectual, que las inteligencias no son entidades desencarnadas y, en contra del pensamiento sobre lo universal, que las categorías consideradas invariantes (filosóficas o existenciales) se construyen en la discontinuidad de las trayectorias históricas.

Representación, práctica, apropiación: a partir de estas tres nociones puede reformularse la definición de historia cultural. Por un lado, es necesario pensarla como análisis del trabajo de la representación, es decir de las clasificaciones y exclusiones que constituyen, en competencia y alianza, las configuraciones sociales y conceptuales de una época o una región. Las estructuras del mundo social no son un objeto dado, como tampoco lo son las categorías intelectuales y psicológicas: son productos históricos de las prácticas articuladas (po-

líticas, sociales, discursivas) que construyen sus figuras. Los cortes y los esquemas que las modelan son objeto de una historia cultural destinada a repensar por completo la relación tradicional entre lo social, identificado como real muy real y existente por sí mismo, y las representaciones, que lo reflejarían o lo invertirían.

Por otra parte, esta historia debe ser comprendida como estudio del proceso por el cual se construye un sentido. Rompiendo con la vieja idea que dotaba a los textos y las obras de un sentido intrínseco, absoluto, único, que la crítica debía identificar, la historia se vincula con las prácticas que, de manera plural y contradictoria, dan significación al mundo. De allí la caracterización de las prácticas discursivas como productoras de un orden, de una distancia, de clasificaciones; de allí, el reconocimiento de las prácticas de apropiación cultural como formas diferenciadas de interpretación. Unas y otras tienen sus determinaciones sociales, pero éstas no se reducen a la sociografía demasiado simple que, durante mucho tiempo, la historia de la sociedad dictó a la historia de las culturas. Comprender estas raíces y vínculos exige, más bien, tomar en cuenta la manera específica según la cual las obras, las representaciones y las prácticas se aproximan a las divisiones del mundo social que, al mismo tiempo, significan y construyen.

¹ Publicado en *Ichiko intercultural; an annual journal for transdisciplinary studies of practices*, 2 (1990), Tokyo. Traducción de E. L. Garphius.

² R. Chartier, *Lectures et lecteurs dans la France d'Ancien Régime*, París, Seuil, 1987 y A. Boureau, R. Chartier, M. E. Ducreux, C. Jouhaud, P. Saenger y C. Velay-Vallantin, *Les usages de l'imprimé (XV-XIX Siècle)*, dirigido por R. Chartier, París, Fayard, 1987.

³ R. Chartier, "Intellectual History of Sociocultural History? The French Trajectories", *Modern European Intellectual History. Reappraisals and New Perspectives*, comp. D. LaCapra y S. L. Kaplan, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1982, p. 13-46.

⁴ Los datos sobre las transformaciones morfológicas de las disciplinas universitarias durante la década del sesenta en Francia fueron reunidos por P. Bourdieu, L. Boltanski y P. Maldivier, "La défense du corps", *Information sur les sciences sociales*, X, 4, 1971, p. 45-86. Constituyen el pedestal estadístico de P. Bourdieu, *Homo academicus*, París, Minuit, 1984.

⁵ L. Febvre, "Leur histoire et la nôtre", *Annales d'Histoire Économique et Sociale*, 8 (1938), reeditado en *Combats pour l'histoire*, París, A. Colin, 1953, p. 276-283.

⁶ En la formulación de estas elecciones metodológicas nos apoyamos en el trabajo de P. Bourdieu, en particular *La distinction. Critique sociale du jugement*, París, Minuit, 1979, "Conclusion: classes et classements", p. 543-564.

⁷ E. Durkheim y M. Mauss, "De quelques formes primitives de classification. Contribution à l'étude des représentations collectives", *Année sociologique*, 6 (1903), reeditado en M. Mauss, *Oeuvres*, t. 2, Représentations collectives et diversité des civilisations, París, Minuit, 1969, p. 13-89 (la cita pertenece a p. 83).

⁸ M. Mauss, "Divisions et proportions de la sociologie", *Année sociologique*, Nouvelle Série, 2 (1927), reeditado en M. Mauss, *Oeuvres*, t. 3, Cohésion sociale et divisions de la sociologie, París, Minuit, 1969, p. 178-245 (la cita pertenece a la p. 210).

⁹ E. Cassirer, *La philosophie des formes symboliques*, 3 volúmenes, París, Minuit, 1972. Véase, en particular, la "Introduction et exposition du problème", t. 3, La langage, p. 13-58.

¹⁰ E. Cassirer, op. cit., t. 3, La phénoménologie de la connaissance, p. 310.

¹¹ Furetière, *Dictionnaire Universel*, La Haya, 1727, artículos "Représentation" y "Symbole".

¹² A. Arnauld y P. Nicole, *La logique ou l'art de penser*, París, PUF, 1965. Sobre la teoría del signo de Port-Royal, véase el estudio fundamental de L. Marin, *La critique du discours. Etude sur la Logique de Port-Royal et les Pensées de Pascal*, París, Minuit, 1975.

¹³ A. Arnauld y P. Nicole, op. cit., Libro I, capítulo IV, p. 52-54. Para una discusión sobre la definición de lo simbólico, véase la serie de artículos publicados en el *Journal of Modern History* cuando apareció el libro de R. Darnton, *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History*, Nueva York, Basic Books, 1984; R. Chartier, "Texts, Symbols and Frenchness", *J. M. H.*, 57, 1985; R. Darnton, "The Symbolic Element in History", *J. M. H.*, 58, 1986; D. LaCapra, "Chartier, Darnton and the Great Cat Massacre", *J. M. H.*, 60, 1988 y J. Fernández, "Historians Tell Tales: Of Cartesian Cats and Gallic Cockfights", *J. M. H.*, 60, 1988.

¹⁴ A. Arnauld y P. Nicole, op. cit., Libro II, capítulo XIV, p. 156-160.

¹⁵ Pascal, *Pensées*, 104, en *Oeuvres complètes*, París, Bibliothèque de la Pléiade, 1954, p. 1118.

¹⁶ La Bruyère, *Caractères*, París, Garnier-Flammarion, 1965, Du mérite personnel, 17, p. 107-108.

¹⁷ N. Elias, *Über den Prozess der Zivilisation. Soziogenetische und psychogenetische Untersuchungen* (1939), Berna, Verlag Francke AG, 1969, y Frankfurt del Meno, Suhrkamp, 1979 (traducción francesa, *La dynamique de l'Occident*, París, Calmann-Lévy, 1975, "Esquisse d'une théorie de la civilisation", p. 187-324).

¹⁸ Como ejemplo de la utilización plural de la noción de representación, véase L. Boltanski, *Les cadres. La formation d'un groupe social*, París, Minuit, 1982.

¹⁹ P. Ricoeur, *Temps et récit*, tomo II, Le temps raconté, París, Seuil, 1985, p. 243-259.

²⁰ P. Ricoeur, "La fonction herméneutique de la distanciation", *Du texte à l'action. Essais d'herméneutique*, II, París, Seuil, 1986, p. 101-117.

²¹ M. Foucault, *L'ordre du discours*, París, Gallimard, 1971, p. 45-47.

²² P. Ricoeur, *Temps et récit*, tomo III, op. cit., p. 229.

Revista de crítica literaria latinoamericana

Dirección: Antonio Cornejo Polar
Av. Benavides 3074, Urbanización La Castellana, Tel.
456353 - Lima - 18 Perú.

AMERICA

SAUL SOSNOWSKI

5 Pueblo Court Gaithersburgh
MD 20878 USA

Tarifas de Suscripción

Bibliotecas o Instituciones U\$S 21
Suscripciones individuales U\$S 30
Patrocinadores U\$S 30
(Excepción Año 1 N°s 1, 2 y 3 U\$S 25)

La Ciudad Futura

REVISTA DE CULTURA SOCIALISTA

Directores:
JOSE ARICO,
JUAN CARLOS PORTANTIERO
y JORGE TULA

Bartolomé Mitre 2094 - 1º piso - Buenos Aires

Buenos Aires • Montevideo • Rosario **LABORATORIO IDEAS** Primavera de 1992 • a \$ 30.000.-

16
Información
y acción
cultural

POESÍA

Periódico
trimestral.



"Para Charles d'Orléans la dama debía ser concebida a distancia, desde el poema. Para Villon, en el otoño de la Edad Media, el único homenaje que merece la dama inventa el sexual. Su Rose es una prostituta: sus virtudes concierne a su cuerpo, y es lo que esconde entre sus muslos lo que hace sabio y dichoso al hombre." (Pág. 7)

SCIASCIA



JUDITH LA HERMANA DE SHAKESPEARE



Marina Tsvietáieva
**EL POETA
Y EL TIEMPO**

LA ARGENTINA



DOSSIER PONGE



**SUSCRIPCIONES: (4 números, 1 año)
U\$S 25**

**CHEQUES A LA ORDEN DE DANIEL SAMOIOVICH
Bartolomé Mitre 2094, 1º (1039) Buenos Aires**

REVISTA DE CRÍTICA CULTURAL

DIRECTORA:
NELLY RICHARD

**SUSCRIPCIONES INTERNACIONALES
1 año, 3 números, vía aérea**

Nombre _____

Dirección _____

Ciudad _____ País _____ Teléfono _____

Personal U\$S 20 / Instituciones U\$S 30
Adjuntar cheque a nombre de Nelly Richard, Revista de Crítica
Cultural, Cailla 50736, Correo Central, Santiago de Chile

Menem, por Beatriz Sarlo	1
Genealogía de lo nuevo, por María Teresa Gramuglio	5
El aire (fragmento de novela), por Sergio Cheffec	11
Réquiem para el puerto; el pensamiento urbano y las transformaciones de la ciudad, por G. Silvestri y A. Gorelik	17
La Revolución del 90: ¿prólogo o epílogo?, por Hilda Sabato	27
Traducir a Freud en Buenos Aires, por Hugo Vezzetti	33
Los "Annales" en la historiografía argentina de la década del 60, por Juan Carlos Korol	38
La historia cultural redefinida: práctica, representaciones, apropiaciones, por Roger Chartier	43

